

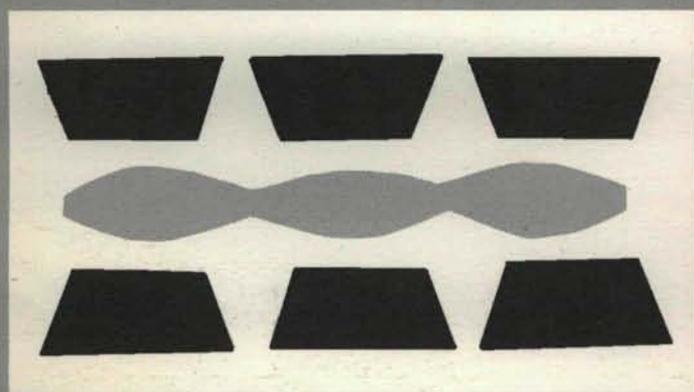
VIENTO

SUR

POR UNA IZQUIERDA ALTERNATIVA

● **El malestar democrático.** Luis Enrique Alonso, Etienne Balibar, Alain Brossat, Toni Negri, Jaime Pastor, Jean-Marie Vincent ● **¿Sa-**

nidad pública o mercado? Carmen San José



● **Pactos por el empleo: una doble ex-**
poliación de los trabaja-
dores. Alain Bihir ● **Dossier**

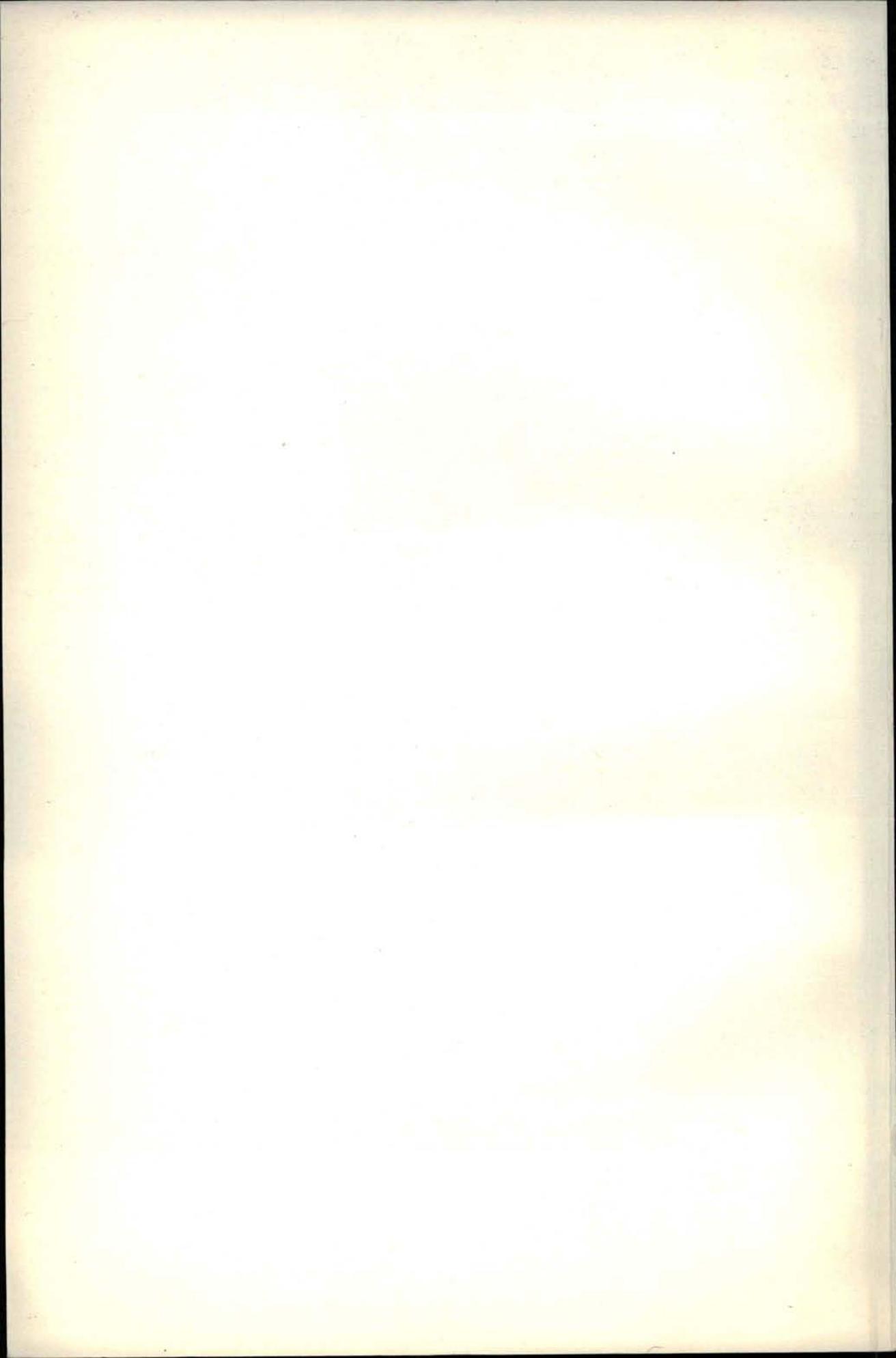
OLP/ Israel. Abraham Serfaty, M. Warshawski,

Musa Budeiri, D. Bizri ● **Comunidad Euro-**

pea. No lloraremos por Maastricht.

Ernest Mandel ● **Debates del Foro de Sao**

Paulo en La Habana. Priscila Pacheco.



1
agenda
agenda

Notas sobre la actualidad política en el Estado español. *Julio Rodríguez, Iñaki Uribarri, Miren Llona, Joaquín Nieto, Xesús Vega* **5**

2
el
desorden
internacional

Dossier OLP/Israel

Hacia una revolución copernicana en Oriente Medio. *Abraham Serfaty* **19**

Un acuerdo problemático. *Michel Warshawski* **24**

El diálogo palestino-israelí: una visión crítica. *Musa Budeiri* **28**

Los nuevos hábitos de los Hermanos Musulmanes. *Dalal Bizri* **35**

Comunidad Europea

No lloraremos por Maastricht. *Ernest Mandel* **41**

América Latina

Debates del Foro de Sao Paulo en La Habana. *Priscila Pacheco* **49**

Recortes

Bosnia-Herzegovina. ¿Un plan de paz? [*Catherine Samary*] **55**

Italia. El primer pacto social del "pos-neoliberalismo" **56**

OLP/Israel. Después de la firma del Acuerdo. [*Entrevista a Michel Warshawski*] **58**

3
miradas
Voces

Fotos de *Carmen Briz* **61**

4
plural

El malestar democrático

Reinventando el Estado del Bienestar. *Luis Enrique Alonso* **67**

¿Ciudadanía europea o transnacional? *Etienne Balibar* **75**

Las fiestas salvajes de las democracias modernas. *Alain Brossat* **81**

Por un nuevo modelo de representación política. *Toni Negri y Jean-Marie Vincent* **92**

Neoliberalismo, democracia y alternativas. *Jaime Pastor* **99**

Debate sobre el tiempo de trabajo

Pactos por el empleo: una doble expoliación de los trabajadores. *Alain Bihl* **107**

Contrarreformas sanitarias en Europa

¿Sanidad pública o mercado? *Carmen San José* **113**

5
Voces
miradas

Poemas de *Tomás Rivero* **119**

6
subrayados
subrayados

In memoriam E. P. Thompson. *E. J. Hobsbawn* **123**

Propuesta gráfica de *Hugo O'Donnell*

Consejo Editorial:

Jesús Albarracín
Ignasi Álvarez Dorronsoro
María Antonia Caro
José Galante
Manolo Garí
María Gascón
Rafael Gisbert
José Haro
Carmen Heredero
Jon Kepa Iradi
José Iriarte "Bikila"
Justa Montero
Pedro Montes
Antonio Navarro
Joaquín Nieto
Montse Oliván
Jaime Pastor
Empar Pineda
Cristina Piris
Javier Pulido
Eugenio del Río
José Luis Rodríguez
Fina Rubio
Milagros Rubio
Andreu Tobarra
Paloma Uría
Xesús Vega
José Antonio Velasco
Ignasi Vila
Javier Villanueva

Redacción:

Javier Álvarez Dorronsoro
G. Buster
Antonio Flórez
Miguel Romero (Director)

Maqueta:

Jerôme Oudin & Susanna Shannon

Edición y montaje:

Vicente Baixauli
Carmen Briz
Domingo Martínez
María Luisa Salvador
Correspondencia:
Hileras 8, 2º Izqda. 28013-Madrid.
(91) 542.67.00. Fax: 542.61.99

Imprime:

J.P. Arts Gràfiques.
DL: B-7852-92

Luis Enrique Alonso

Profesor de Sociología en la Universidad Autónoma de Madrid

Etienne Balibar

Profesor de Filosofía en la Universidad de París-I. Publicó a mediados de los años sesenta *Leer el Capital*, en colaboración con Louis Althusser. Su libro más reciente en castellano es *Raza, nación, clase* (Iepala Textos, 1988).

Alain Bihr

Enseñante y doctor en filosofía. Ha publicado varios libros de sociología política, de considerable impacto en la izquierda francesa, pero no disponibles en castellano. Publicamos otra colaboración suya en el nº1 de *Viento Sur*.

Carmen Briz

Nació en Mérida (Badajoz) hace 28 años y es periodista. Ha participado en algunas exposiciones colectivas e individuales y ha publicado pop folios de fotografías en diversos medios.

Alain Brossat

Profesor de Filosofía en la Universidad de París-VIII. Ha publicado numerosos libros y artículos de investigación, en gran parte dedicados a las relaciones entre memoria e historia, en algunos de los capítulos más oscuros de nuestra época: los agentes de Stalin en la Europa de entreguerras, el Gulag, la persecución de los judíos...

Miren Llona

Feminista, es miembro de la Asamblea de Mujeres de Bizkaia

Toni Negri

Profesor en el departamento de Ciencias Políticas de la Universidad de París-VIII. Su último libro publicado en castellano es *La anomalía salvaje*, Madrid, Anthropos, 1993.

Hugo O'Donnell

Nació en Madrid en 1953. Ha realizado numerosas exposiciones; entre las más recientes: Galería Yguanzo de Madrid (1990), la Galería Hierro y Azul de Oviedo (1990) y la exposición colectiva «Libros/libros» en la Escuela de Artes Aplicadas de Oviedo (1992).

Priscila Pacheco

Militante del PRT mexicano, en el que se ocupa especialmente de la solidaridad internacional

Tomás Rivero

Ha escrito una veintena de libros de poesía, pero (como suele ocurrir en estos casos) sólo ha publicado algunos poemas. Especialmente en revistas de su pueblo, Móstoles (Madrid).

Julio Rodríguez

Profesor agregado de Historia. Militante de los movimientos antimilitarista y pacifista.

Carmen San José

Es médica. Perteneció a la Asociación para la Defensa de la Sanidad Pública y a la Ejecutiva de la Federación Estatal de Sanidad de CC OO.

Iñaki Uribarri

Economista y asesor de sindicatos. Es miembro de la dirección de Zutik!

Jean Marie Vincent

Director del departamento de Ciencias Políticas de la Universidad de París-VIII. Director de la revista *Futur Antérieur*.

al vuelo

Ya es un lugar común afirmar que los sistemas políticos de los países desarrollados, las “democracias realmente existentes”, están enfermos. El diagnóstico no tiene, ni de lejos, el mismo sentido, ni tendrá los mismos efectos que en la primera mitad del siglo: las crisis revolucionarias de entonces, son hoy solamente “crisis de gobernabilidad”. Pero la realidad es que estos enfermos opulentos sufren males sociales y políticos considerables. Este es el marco común de la reflexión de los colaboradores de *Plural*.

Luis Enrique Alonso se centra en el más extendido tema de debate en este terreno: la crisis del Estado del Bienestar. Desde un punto de vista democrático radical, critica las propuestas y alternativas tradicionales de la derecha y de la socialdemocracia y propone una “reforma fuerte” en la que ocupa un lugar fundamental la participación y autoorganización de los interesados.

Etienne Balibar continúa sus trabajos sobre la crisis del concepto y la práctica de la ciudadanía en Europa occidental y la búsqueda de una alternativa que se enfrente a la exclusión social.

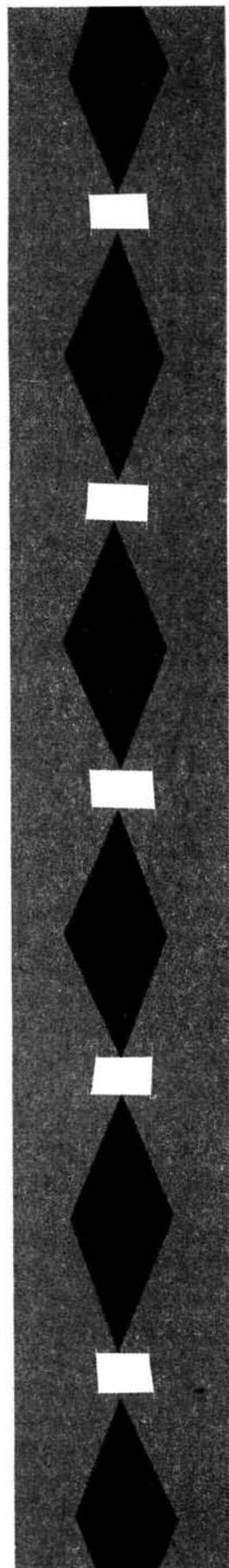
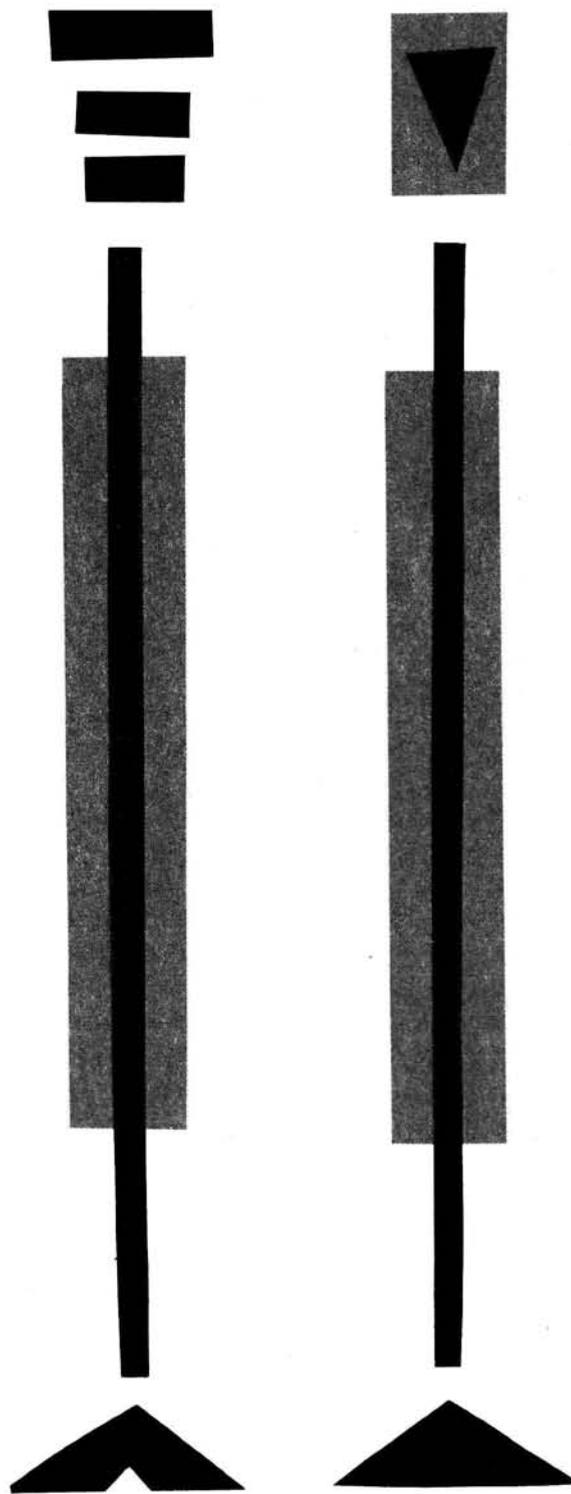
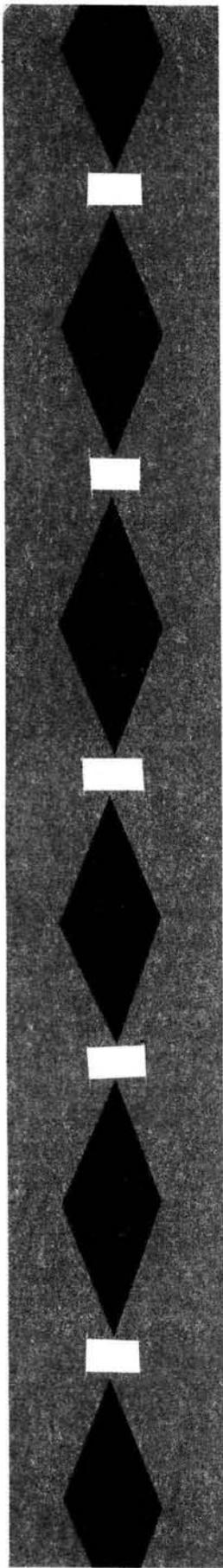
Alain Brossat ha escrito un artículo subversivo en el pleno sentido de la palabra: no sólo por la radicalidad de su crítica a los sistemas democráticos, sino también porque revela, a partir de una combinación original de propuestas de Foucault y Benjamin, las manifestaciones de barbarie, no ya de los sistemas, sino de los individuos, y no cómo una pesadilla pasajera sino como un movimiento cíclico, incluso terapéutico, de nuestro “modo de vida”.

Negri y Vincent parten también, como Alonso, de la crisis del Estado del Bienestar, pero la estudian desde las formas de representación política. Sus sugerencias para la búsqueda de nuevas formas de representación, y sobre el papel que debería corresponder a los movimientos sociales en ella, amplían unos temas de debate que aparecen también en otros artículos de la sección.

En fin, *Jaime Pastor* analiza las relaciones entre liberalismo y democracia, desde sus orígenes hasta los debates actuales. Dedicó la última parte de su artículo a las propuestas de alternativas a las crisis de representación y participación, y se atreve a relacionar estos problemas con la gran tarea de la refundación de la izquierda.

Hemos creído interesante complementar estos textos generales con estudios de manifestaciones concretas del “malestar democrático”. Alain Bihl se ocupa de los problemas de estrategia que plantea a la izquierda la lucha por la reducción del tiempo de trabajo. Ofrece una alternativa tan original como polémica, a medio camino entre las propuestas que ligan reducción de jornada y reducción de salario y las que defienden las izquierdas sindicales europeas rechazando toda forma de reducción salarial. Por su parte, Carmen San José se ocupa de las contrarreformas sanitarias en curso, posiblemente el aspecto de la crisis del Estado del Bienestar que más preocupa a la gente y ante el que se siente más indefensa.

Esta vez disponemos de muy poco espacio en esta presentación. Nos limitaremos por ello a destacar el material que hemos reunido sobre los Acuerdos OLP/Israel. Hemos procurado llegar en el seguimiento de la situación, tan lejos como nos lo ha permitido el cierre. En la página 58, Michel Warshawski nos da su valoración de la situación a 14 de septiembre, “el día después”.



1 agenda

2 de agosto. Parte para Sarajevo el grupo del Estado español que participa en la Caravana *Mir Sada*.

Entre el 2 y el 15 de Agosto, 192 personas del Estado Español participamos en la iniciativa "*Mir Sada*. Caravana por la Paz a Sarajevo" que reunió a cerca de 2000 pacifistas procedentes de Europa, Asia y América en Croacia y Bosnia-Herzegovina. *Mir Sada* (Paz Ahora en serbo-croata), se había definido en la reunión internacional celebrada en Padua a principios del verano como una iniciativa no-violenta de ingerencia humanitaria que se marcaba los siguientes objetivos: -Parar la guerra, aunque fuera simbólicamente, consiguiendo un alto el fuego durante los días que permaneciéramos en Sarajevo. Contábamos con el precedente de la I Caravana por la Paz a Sarajevo que consiguió un alto el fuego *de facto* (aunque no *de iure*; nadie lo firmó) durante los días que permanecieron en la capital Bosnia las y los pacifistas; -Hacer llegar nuestra solidaridad a todas las víctimas de la guerra, independientemente de su sexo, religión u origen étnico; -Exigir el respeto de los derechos humanos; -Denunciar la limpieza étnica; -Apoyar decididamente la convivencia multicultural y multiétnica.

Objetivos modestos. Nuestros objetivos políticos, como se ve, eran extremadamente modestos. No podía ser de otro modo dada la desorientación y consiguiente parálisis del movimiento pacifista desde el inicio de los distintos conflictos que se han ido sucediendo en el territorio de lo que fue Yugoslavia. La redacción de nuestro programa arrastraba otro handicap: por razones evidentes de seguridad no podíamos manifestar públicamente nuestro apoyo a ninguno de los bandos en guerra. Esto oca-

sionó cierto malestar entre parte de las y los marchistas, que hubieran preferido una declaración de apoyo explícito al Gobierno de Izetbegovic, aunque, a juicio del que esto escribe, la relativa indefinición programática permitió una participación mas plural en la Caravana. Las motivaciones de las y los integrantes de *Mir Sada* no fueron universales, desde luego, y gracias al común denominador del programa expuesto mas arriba, encontrábamos todo el espectro de posiciones del movimiento pacifista y antimilitarista.

Nos unía, eso sí, el deseo de hacer llegar un grito de paz y solidaridad a los serbios, croatas y musulmanes que defienden juntos Sarajevo, y con el fin de mostrar claramente nuestro mensaje a favor de la convivencia entre las distintas comunidades bosnias, una parte de la caravana pensaba llegar a Kiseljak e Ilidza bajo control, respectivamente, de las milicias croata y serbia.

Por último, a las y los participantes del Estado español nos unía la certeza de que sólo iniciativas que partan de la sociedad civil pueden ser efectivas ante la inoperancia demostrada por los Gobiernos y los organismos internacionales. No íbamos a proponer soluciones a los diplomáticos y negociadores sino a gritar bien alto que la paz no es sólo la ausencia de guerra y que no puede haber paz sin justicia, sin respeto a los derechos humanos mas fundamentales, sin poner fin a la limpieza étnica...algo muy distinto de lo que está sobre la mesa de negociaciones de Ginebra.

"Pero, ¿qué váis a hacer en Sarajevo?" No resultaba extraña esta pregunta en boca de gentes que simplemente demandaban información sobre la Caravana. Evidentemente, la iniciativa de movilizarnos en una zona en guerra sorprendía no sólo por los riesgos que suponía para la integridad física de quien se decidiera a participar en tamaña empresa, sino ante todo por su originalidad.

En efecto, si exceptuamos la I Caravana a Sarajevo organizada por *Beati i costruttori di pace* las pasadas Navidades, capaz de conseguir que cerca de 500 pacifistas llegaran hasta la capital de Bosnia-Herzegovina, no tenemos constancia de movilización de tal envergadura en ningún conflicto pasado ni presente. En aquella ocasión, la Caravana no sólo consiguió entrar en Sarajevo, sino un alto el fuego como mencionábamos mas arriba. La intensidad de los combates tras el inicio de las hostilidades entre la Armija (Ejército bosnio) y el HVO (milicia croata) que antes eran aliados y ahora luchaban a lo largo de nuestro recorrido, influyeron decisivamente en el ánimo de los *Beati*. Si a esto unimos las continuas presiones del Gobierno italiano hacia la organización mayoritaria dentro de *Mir Sada*, podemos comprender porque se nos impuso retroceder hasta el puerto croata de Split, a pesar de que la Asamblea mayoritariamente había decidido continuar en un primer momento. El que las razones fueran comprensibles no significa que fueran compartidas por las y los caravanistas del Estado Español (y de otras nacionalidades) que considerábamos que debíamos avanzar hasta que los combates o los combatientes nos lo impidieran. El que uno de los autobuses, por decisión autónoma de su conductor, consiguiera entrar en Sarajevo nos demostró que los riesgos, pese a ser grandes, podrían haberse superado si se hubiera intentado.

Escepticismo. Pero la pregunta en cuestión no siempre correspondía a un interés informativo por parte del interrogador o la interrogadora. Así, personas que no hubie-

ran dudado en asistir a una manifestación pro libertad de los insumisos presos, por ejemplo, “a pesar” de tener la certeza de que ni uno solo saldría de la cárcel al día siguiente (valdría cualquier otra “causa perdida”: el bloqueo yanki a Cuba, la política económica del Gobierno o el repudio a Julio Iglesias como embajador del Xacobeo '93), manifestaban con la preguntita de marras su escepticismo respecto a la “utilidad” de nuestra acción.

En el fondo, una gran parte de quienes manifestaban tales dudas venían a expresar que no acudirían a manifestarse ni en Sarajevo ni en la Gran Vía madrileña, dada la confusión existente en torno a este conflicto. Esta actitud, compartida por una gran parte de las gentes pacifistas y de izquierda explicaría la escasísima participación en las movilizaciones convocadas en toda Europa desde el inicio de la crisis en la ex-Yugoslavia. La confusión quedaba expresada mas claramente cuando eramos interrogados sobre el bando al que supuestamente íbamos a apoyar con nuestro viaje a Bosnia, o mas zafiamente, quiénes considerábamos que eran los “buenos” y los “malos” en esta guerra.

Indescriptibles eran las expresiones de asombro en los rostros de buena parte de nuestros interlocutores al explicarles los objetivos programáticos de nuestro viaje. Podría pensarse que lo que sorprendía era nuestra atrevida pretensión de frenar los combates. Pero no, mucho mas que eso causaba desasosiego el que no viajáramos con un “programa político claro” en nuestra mochilas. Y, no nos engañemos, para los amantes de los manifiestos contundentes y las consignas precisas, un programa claro pasa por establecer con rotundidad quién es el enemigo a combatir.

Mención aparte merecen las dudas que despierta entre un gran número de gente la ayuda humanitaria a las víctimas de la guerra. Nosotros/as hemos querido aportar un pequeño granito de arena al transportar 27 toneladas de medicinas y alimentos, una parte de las cuales repartimos en campos de refugiados bosnios en Split y el resto en Sarajevo mediante los aviones con los que ACNUR rompe el bloqueo de la ciudad sitiada. Además en el comunicado que hacía balance de *Mir Sada* del Estado Español denunciarnos la política de los Gobiernos occidentales hacia los refugiados, exigiendo que aumenten los cupos y que, en el caso concreto de nuestro Gobierno, se renueven los permisos para todas aquellas personas a quienes les caduque este otoño. Pues bien, merced a un razonamiento difícil de digerir hemos encontrado quien opina que recoger leche en polvo para los niños cubanos es un acto político de primera magnitud, mientras que hacer lo mismo con los niños bosnios es un acto propio de Cáritas, expresando además un desprecio importante hacia la labor de ésta y otras organizaciones humanitarias. Desprecio que, dicho sea de paso, parte del desconocimiento de la labor que Cáritas y otras organizaciones cristianas están realizando en todo el Mundo, en muchas ocasiones en abierta confrontación con la jerarquía vaticana. Por otra parte, la presidencia de Cáritas-Italia apoyó pública y decididamente a la iniciativa *Mir Sada*. ¿Deberíamos por ello no haber participado en la misma desde un planteamiento “claramente de izquierdas”?

Nuevas condiciones. Junto a un cierto sentimiento de frustración ante la incapacidad del movimiento pacifista por dar respuesta adecuada a las masacres que los medios de comunicación nos muestran a diario, aparece también un desentendimiento generalizado hacia unas confrontaciones armadas de difícil comprensión en las que

no hay un enemigo claro, ni se percibe cual es el papel del imperialismo americano. Probablemente muchas de las voces que en la actualidad se alzan reclamando la intervención de la "comunidad internacional" en la antigua Yugoslavia, criticarían abiertamente esta intervención si se desarrollara con parámetros similares a los de la operación "Devolver la esperanza" de Somalia.

Frente a la parálisis. Vamos a encontrarnos a partir de ahora con una serie de conflictos heredados del "viejo orden" (Sudáfrica, Sahara Occidental, Palestina, Guatemala...) en los que tendremos que revisar muchos de nuestros esquemas, aunque quizás podremos seguir con los análisis de antaño (el tiempo lo dirá). Pero en lo que concierne a los nuevos, tendremos que olvidarnos durante mucho tiempo de lo que fueron las "guerras justas". ¿Significa ésto que el movimiento por la paz debe permanecer impasible? ¿La denuncia del racismo y de los planes de partición de Bosnia-Herzegovina en territorios étnicamente puros o la exigencia del fin de la guerra no constituyen ejes de movilización que pertenecen al patrimonio político de la izquierda?

En definitiva, no viajamos a Bosnia para resolver las dudas de la izquierda, aunque en muchos y muchas primara la necesidad de dar una respuesta frente a la parálisis a la que estábamos sometidos desde el comienzo de la guerra. Debemos "repensar la izquierda", ciertamente, pero si la reflexión no la acompañamos de algo de acción es muy probable que cuando nos queramos dar cuenta no haya izquierda que piense ni que actúe. **Julio Rodríguez Bueno**



15 de agosto. A partir de las Fiestas de Donostia, se generaliza la "guerra de los lazos", en torno al secuestro del industrial Julio Iglesias Zamora.

En Euskadi existe la mala costumbre de meter la palabra *guerra* en cualquier expresión: guerra de las banderas, guerra lingüística, guerra de los lazos... No sé a quién se debe la paternidad, pero socialmente está todavía muy aceptada. El nacionalismo radical ha tirado de ella para elevar el rango del enfrentamiento con el centralismo. La lucha armada de ETA, manifestación máxima de ese enfrentamiento, es, según esta versión, la plasmación de esa guerra.

No sólo estamos en guerra por estas tierras, sino que usar esa terminología confunde los fenómenos que tienen lugar entre nosotros. Y, tal como están los tiempos, no precisamente en beneficio de los sectores radicales.

Me referiré a la última guerra, la de los lazos. El lazo azul ha sido una iniciativa de la Coordinadora Gesto por la Paz de Euskal Herria. Con esta iniciativa, consistente en ofrecer un lazo azul a la gente para que lo luzca en sus vestimentas, ha querido que la manifestación de rechazo a ETA y la exigencia de libertad del secuestrado Iglesias adquiriera carácter masivo.

En las fiestas de Donostia apareció, como iniciativa de jóvenes nacionalistas radicales, el lazo verde y una pegatina que decía *Julio ordaindu (Julio paga)*, contrapuestos

al lazo azul. Ambos lazos, mucho más el verde, han sido minoritariamente llevados por los ciudadanos. Los medios de comunicación y algunos personajes notables que lo han colocado en sus solapas (entre ellos el ex-presidente de EE UU, Georges Bush) han exagerado la difusión del lazo azul.

Crece la marea antiETA. Es mucha la parte de la población que, aún no llevándolo, se ha identificado con el lazo azul. Este no es un dato de ahora. Las acciones de ETA hace mucho que vienen levantando una considerable contestación social. La Coordinadora Gesto por la Paz, por ejemplo, nació hace siete años. Sus primeras respuestas a las acciones de ETA sólo eran seguidas por muy pocas personas que se concentraban silenciosamente en las capitales vascas. Hoy reúnen grupos en más de 160 poblaciones, y éstos se han hecho mucho más nutridos. A su vez, otros grupos han nacido como escisiones de Gesto por la Paz (*Bakea Orain*, La Paz Ahora) o al margen. El mercado del pacifismo ciudadano indudablemente está en alza en Euskadi y crecen los oferentes.

El secuestro de Julio Iglesias ha brindado la ocasión para comprobar el ascenso imparable de la marea anti-ETA y la capacidad de maniobra que están consiguiendo quienes la impulsan. Algunos personajes con pocos pelos en la lengua, como el concejal del PP en el Ayuntamiento de Donostia, Ordóñez, no se han recatado en decir que ese secuestro ha sido un negocio para las "fuerzas democráticas". Ha permitido una expresión de todo tipo de sectores sociales a través de variadas iniciativas, algunas de las cuales han tenido por protagonistas a los trabajadores de la empresa del secuestrado, Ikusi.

¿Quiénes son los provocadores? Tengo la intuición de que en bastantes cabezas de dirigentes del PSOE-EE y del PNV funciona la teoría de la provocación. Consiste en crear las condiciones para que los sectores nacionalistas radicales respondan, pasando posteriormente a reprimirles, haciéndoles aparecer como los iniciadores del proceso, buscando así echarles a la opinión pública encima. De este modo ha funcionado la presencia masiva de *ertzainas* de paisano deteniendo abundantes personas en los actos de la Salve (fiesta de Donostia) o en el Arenal bilbaíno (fiestas de Bilbao de finales de agosto). Así se ha diseñado, también, el levantamiento de las *txoznas* (bares populares portátiles) en las fiestas de Donostia y la clausura, por orden del alcalde socialista, de una *herriko taberna* (bar-sede de HB) de esta ciudad que venía funcionando desde hace años. El objetivo para esta línea de actuación no es integrar los espacios radicales (permitiéndoles una expresión "normalizada" pero autónoma), sino sencillamente borrarlos del mapa.

Es normal la respuesta que se está produciendo ante estas provocaciones. Y también que la misma tenga componentes violentos. En Euskadi, una parte de la juventud se sigue identificando con la violencia.

Paz, violencia y otras cosas. Al poder le interesa que las equivalencias maniqueas del tipo ETA = violencia, luego violentos = etarras y paz = democracia, luego pacifistas = sostenedores del sistema democrático, sean asumidas de forma incuestionable por el conjunto de la población.

En Euskal Herria se está produciendo un cambio importante en torno a los concep-

tos de paz, violencia, diálogo, acuerdo... Es un cambio diríamos que cultural, del cual ya hay bastantes referencias sociales y que no discurre, menos mal, sólo a través de las igualdades arriba señaladas.

En primer lugar, la lucha armada de ETA es cada vez más cuestionada. Antes mucha gente la consideraba legítima aunque no le convenciera políticamente. Ahora ha cambiado el juicio moral. Se puede pensar que acciones crueles como los coches-bomba han llevado a este cambio. Pero hay más ingredientes y menos puros éticamente hablando. Por ejemplo, la falta de credibilidad en que con la lucha armada se vaya a conquistar más soberanía para nuestro pueblo.

En segundo lugar, un sector juvenil, sobre todo de la mano de la contestación masiva al servicio militar obligatorio y más reducida al Ejército, ha introducido, con la insumisión como identidad, una forma distinta de ser rebelde al Estado. No basa sus actitudes y acciones en la violencia, pero es bastante radical en la denuncia de aspectos de este sistema, del cual, en cualquier caso, no se considera apologista, por más que se reivindique pacifista.

Un tercer ingrediente es la subida de la marea del diálogo, del consenso, del acuerdo social. Dentro del campo del nacionalismo radical, movimientos como Elkarri (reconversión de lo que fue la Coordinadora contra la Autovía del Leizorán) son sus abanderados. Predican el diálogo y el acuerdo como vía de resolución de todos los conflictos y, sobre todo, del conflicto armado.

Uno entiende que se trata de movimientos defensivos, que una salida negociada a la lucha armada, en la tesitura en que se encuentra, parece bastante razonable, pero sobre la bondad de sus frutos habrá que guardar prudencia. Sin embargo, es la exageración de convertir algo que es sólo un medio, la negociación y el acuerdo, en un fin y extenderlo a cualquier actividad de los movimientos sociales lo que peor me parece. Porque debilita la resistencia en estos tiempos ya de por sí difíciles, al dejar en segundo plano el contenido de las demandas y desvalorizar la vía del enfrentamiento, que ha sido útil para conseguir algunas conquistas y, sobre todo, para modelar una identidad colectiva de un buen puñado de grupos.

Enfrentamiento entre vascos. Éste ha sido otro argumento manipulado hasta la saciedad a lo largo del verano. Se lo han arrojado unos a otros como gran afrenta del daño que se está provocando en el pueblo vasco. Para los PNV, PSOE-EE, PP, UA (Unidad Alavesa), son ETA y sus seguidores quienes introducen el enfrentamiento con sus métodos violentos y no democráticos. Para HB es sobre todo el PNV el principal culpable, porque juega el papel de virrey españolista en esta tierra, lo que impide que se destaque con claridad el enemigo exterior, el Estado español opresor.

Euskadi siempre ha estado cruzada de conflictos internos. Ha sido una falsificación interesada y simplista del nacionalismo interpretar nuestra historia como la de un pueblo homogéneo y unido contra el dominio español. Pero es verdad que con el Estatuto de Autonomía este "mini-Estado" que es la Comunidad Autónoma del País Vasco ha creado un marco bastante propio para que sean los conflictos interiores entre los propios vascos (es más ajustado referirse a los vascongados porque en Navarra no se vive este conflicto igual) los que predominen sobre las agresiones centralistas. La razón es bastante evidente. La mayoría de las fuerzas políticas representativas (la excepción son HB y EA-EUE) se sienten más cómodas que incómodas en ese

marco. Y, por tanto, lo defienden con todas sus consecuencias, también policialmente. No se puede hablar de que los seguidores del PNV, por ejemplo, estén dominados por ninguna "falsa conciencia", superada la cual se volverán vascos auténticos antiespañoles. Sin embargo, sí hay quienes dicen (no sólo en las filas del partido de Garaikoetxea) que es la lucha armada el obstáculo para que haya más unidad entre los vascos y se pueda manifestar un frente anti-Estado español consistente y susceptible de alcanzar mayores cotas de autogobierno, incluida la autodeterminación. **Iñaki Uribarri**

20 de agosto. Ricardo Soriano de 21 años mató ayer a su novia Eva, de 20, y a su padre, porque éste ponía trabas al matrimonio entre ambos jóvenes. Una serie de crímenes contra mujeres coincidirá en unos pocos días.

«El destino de la mujer y su única gloria es hacer latir el corazón de un hombre». Honoré de Balzac.

Recibí el encargo de escribir este artículo allá por el final del sopor de las vacaciones de verano. Había seguido los periódicos y había leído el caso de Eva Donet que, estando embarazada, había sido asesinada junto con su padre por su novio; y el caso de Julia Vercher, asesinada por el ex marido de la amiga con la que vivía junto con los hijos de ambas.

Pero había más: María del Mar, adolescente que había sido violada por un joven, y María José Zapico, de 19 años, que había aparecido estrangulada en el capó de un coche al que luego habían dado fuego. Todo en la segunda quincena de agosto.

Acepté a regañadientes opinar sobre estos últimos asesinatos de mujeres porque pensé: «Mas de lo mismo, otra vez a explicar que no están locos, ni arrebatados temporalmente; que no han sido víctimas de las altas temperaturas del verano, ni mucho menos, de las fases de la luna que, en el momento de producirse la oleada de asesinatos, se encontraba en cuarto creciente».

Sentí pereza, para que lo vamos a negar, de explicar lo que, por otra parte, era patrimonio informativo común: aparecía en todos los periódicos la sangre fría con la que el novio de Eva había robado la pistola Star del cuartel de la Guardia Civil y premeditadamente había decidido matarla si contravenía sus deseos (que eran casarse en agosto y no posponer la boda hasta que él acabara la mili y encontrara trabajo); lo mismo en el caso de Abel Cortés que, tras reiteradas amenazas de muerte del tipo: «si no dejas a mi mujer te mato», un buen día decidió hacer realidad su amenaza, cogió la escopeta de su casa, fue a la de su ex-mujer y, sin mediar palabra, le pegó dos tiros a Julia.

Los periódicos destacan en sus crónicas la premeditación y la racionalización previa del crimen por parte de los asesinos. Sin embargo, una vez más, a la hora de explicar el comportamiento violento de estos hombres se acude a la socorrida enajenación, anormalidad o crisis momentáneas de irracionalidad.

Lo cierto es que cuando examiné el tratamiento en prensa de estos asesinatos lo que más me llamó la atención no fueron la banalización y el sensacionalismo que carac-

teriza a este tipo de información, sino su propia aparición en la prensa estatal y nacional.

Nadie se entera. Se producen más de un centenar de asesinatos de mujeres a manos de sus maridos, ex-amantes, novios, etc., en el Estado español a lo largo del año. Esto significa, con las matemáticas más elementales, que ocurren alrededor de 8 homicidios al mes. Normalmente estos casos no son dignos de ser noticia y nadie se entera. Rápidamente pensé: «aburrida tiene que estar la prensa, escasos de chascarrillos en agosto». Estaba claro, la tragedia de Bosnia, el bombardeo del sur del Líbano, las bombas de ETA, el trajinado y tedioso pacto social, el chapuzón del Rey, etc., no eran suficientes para llenar los ya escuálidos y sosos periódicos en el rigor del verano.

A lo largo de todas las vacaciones, por razones inconscientes, supongo, había intentado evitar una película que rodaba por las carteleras de cine: *Tango, la maté porque era mía*, de Patrice Leconte, la comedia del verano, según rezaba su propia propaganda. Decidí que era un buen momento para verla.

Toda la conspiración de los hombres de la película para matar a mujeres no me hizo soltar ni media carcajada, a lo sumo una mueca por sonrisa, como cuando te cuentan un chiste malo y como te han dicho que es un chiste te tienes que reír. Como fui a una sesión de tarde estuve sola en el cine. Por esta razón, no tuve la oportunidad de comprobar en medio de una audiencia multitudinaria qué tipo de risa sorda y socarrona provoca a estas alturas de siglo la misoginia. Lo que sí me gustó fue la verdad como un puño que el director puso en boca del juez que, como tantos de su extirpe, se dedica a exculpar asesinos de mujeres porque tiene la convicción de que «los hombres que matan a sus mujeres no son asesinos».

Ana María Fernández ha desarrollado una idea interesante sobre la mujer y la violencia invisible: «...Si el matrimonio es significado socialmente como una alianza de amor (lo visible), queda denegada, al mismo tiempo, la relación necesaria y no contingente con su violencia». Esto quiere decir que, entendido el matrimonio como un acuerdo entre dos personas de diferente sexo que libre y recíprocamente se eligen en un pacto de amor, todo lo que tiene que ver con la violencia que genera tal institución sólo puede ser entendido en clave de excepcionalidad, de grave patología, situaciones límites, etc. La realidad nos muestra sistemáticamente que se ofrecen siempre formas de exculpar, de explicar, de justificar, de comprender y en última instancia de curar al hombre violento desde esta posición de invisibilidad.

Inherente a la desigualdad. Sin embargo, la frecuencia, naturalidad, aquiescencia social en muchos casos, con la que se genera violencia conyugal, y por extensión, violencia en las relaciones emocionales y amorosas entre hombres y mujeres nos hace pensar que es más una expresión inherente a la desigualdad existente entre los sexos que arrebatos aislados de enajenación.

El terreno de la intimidad y de lo afectivo, tanto como los espacios públicos, son escenarios de las maniobras de poder entre los sexos. Yo diría que, en muchos casos, son territorios privilegiados en la producción de la inferiorización y subordinación de las mujeres y, por lo tanto, lugares fundamentales para el despliegue de diversas formas de resistencia, de enfrentamientos entre hombres y mujeres.

Si nos remitimos al puro dato sociológico, muchos dirán que ese centenar de muje-

res muertas anualmente no es significativo de la existencia de un conflicto entre los géneros puesto que también existen parricidios, mujeres que matan a sus maridos, niños maltratados, etc. En definitiva, que de la sociedad en que vivimos brota violencia, y ésta inunda las relaciones humanas.

Es cierto que nunca existe una única explicación para fenómenos sociales tan complejos como éste. Pero la diferencia entre que sean los hombres los asesinos o las mujeres no radica en la cantidad de veces que ocurre lo uno o lo otro, sino en las condiciones de desigualdad en el orden de lo real y de lo simbólico que dan cobertura a la violencia masculina y de las que surge un tipo de individuo formado en un sistema de creencias y valores que asocian la posesión de un pene —“tener pelotas, tener cojones”— con la posesión de un poder privilegiado, la hombría.

Reconocer la especificidad. La investigadora Graciela B. Ferreira afirma que «en la medida en que vivimos en una sociedad que funciona con tales pautas, los hombres violentos no se distinguen de la “normalidad masculina” general. Puede ser simpático, seductor, atractivo, “caballeresco”, con actitudes de ciudadano modelo». El hecho de que la vida social esté cargada de violencia constituye un gran caldo de cultivo para que, cuando se combinen ciertas variables de la vida personal de este tipo de individuos, su conducta termine derivando hacia formas agresivas y violentas. Por cierto, P. Leconte sabe de qué estamos hablando.

Para terminar, me gustaría decir que, desde mi punto de vista, la primera condición para luchar eficazmente contra la violencia sexista es el reconocimiento de su especificidad, de su rango particular de violencia ejercida desde el poder que la sociedad patriarcal y machista les ofrece a los hombres.

Esta afirmación aparecerá a los ojos de los discípulos posmodernos vacía de la complejidad necesaria para analizar los conflictos haciendo análisis concretos que atiendan todas las particularidades y todas las diferencias. Atenderemos sus consejos para evitar simplismos. Sin embargo, creo que, en este caso, como en tantos otros, cuando la búsqueda de la complejidad y la relativización se convierten en fines en sí mismos se puede llegar al absurdo y a la incapacidad para reconocer las más francas evidencias. **Miren Llona**



10 de septiembre. Se reanudan las negociaciones del pacto social que son el punto de referencia principal de los debates en los sindicatos.

La reciente historia del movimiento obrero puede enmarcarse en dos etapas con notables diferencias entre sí. Una, la de los pactos sociales, que predominaron durante casi una década, desde 1977 hasta 1985-86. Otra, desde entonces hasta hoy, en la que las relaciones laborales se han desenvuelto sin pacto social. La Huelga General del 20-J de 1985 y la del 28-M de 1992 son jalones que enmarcan esta segunda etapa. Desde la huelga de mayo del 92 estamos asistiendo a un posible cambio de tendencia: desde entonces se han ido tejiendo las condiciones para intentar de nuevo emprender la senda del pacto social.

Una experiencia amarga. Hace un par de años se ensayó un "Pacto de competitividad" que resultó malogrado por diversas razones, entre ellas la voracidad del Gobierno en sus pretensiones y la falta de disposición de una buena parte del movimiento sindical a tragar los consiguientes sacrificios. Hoy, con el agravamiento de la crisis económica y el elevado índice de desempleo, que colocan al movimiento obrero en una actitud más defensiva, las tesis favorables al pacto encuentran de nuevo un mayor eco social, máxime cuando, desde todos los foros con relevancia pública, se viene presentando interesadamente al pacto como la solución cuasi milagrosa a la crisis y el paro.

La experiencia de los pactos sociales del pasado fue amarga. Ayer como hoy, el argumento que los justificaba era muy simple: los sacrificios salariales de hoy, serán los beneficios de mañana que, invertidos, generarán el empleo de pasado mañana. Pero de esta secuencia sólo funcionaba la primera parte. Los grandes sacrificios generaron enormes beneficios, pero éstos no fueron a generar empleo, sino que se dedicaron principalmente a costear nuevos despidos, a inversiones en tecnologías sustitutorias de empleo y a la especulación financiera. Ni siquiera mejoraron el tejido productivo. La incorporación a la Comunidad Europea y al Sistema Monetario Europeo acabaron por empeorar las cosas. La tasa de desempleo, incluso en las mejores coyunturas, nunca bajó del 16% y creció la desigualdad social y la precariedad laboral. Sólo una lucha sostenida en la negociación colectiva permitió recuperar en los últimos años parte del poder adquisitivo perdido en la etapa anterior y los acuerdos posteriores al 14-D permitieron mejorar la protección social, aliviando la penosa situación de algunos colectivos de parados y pensionistas.

Un modelo diferente. Hasta aquellos acuerdos toda la experiencia de concertación social había consistido en una negociación de sacrificios y concesiones. En las negociaciones del 89-90, arropadas por una reciente y exitosa Huelga General, su carácter cambió cualitativamente: no se trataba de negociar concesiones, sino las reivindicaciones obreras más urgentes. Su resultado fue una serie de conquistas, modestas pero tangibles, que apuntaban a un modelo diferente de enfocar los procesos de negociación global entre el movimiento sindical y los poderes públicos. Pero consolidar ese modelo requería mantener la correlación de fuerzas lograda en la movilización. Eso no se hizo. Agotado el crédito del 14-D, el Gobierno encontraría pronto la oportunidad de desembarazarse de ese tipo de concertación y volver a la clásica idea del pacto social, es decir la negociación de concesiones. El "Pacto de competitividad" supuso una inflexión importante. Aunque Solchaga no consiguió encauzar al movimiento sindical en la firma de un pacto, sí logró que el "pacto de rentas", es decir, los sacrificios salariales, entraran de nuevo en la agenda de la concertación.

Algunas novedades. El pacto que ahora se está fraguando presenta algunas novedades. Tradicionalmente los pactos sociales han tenido, para Gobierno y patronal, dos objetivos esenciales: lograr a la vez una transferencia de rentas salariales al capital y un clima de paz social. Esta vez se mantienen ambos objetivos, a los que se les añade un tercero propio de los tiempos que vivimos: una profunda contrarreforma de los sistemas de protección social, o sea, el desmantelamiento del llamado Estado del Bienestar que además, en nuestro caso, nunca ha pasado de una pobre aproximación del *Welfare State* que han conocido en los demás países de Europa occidental. Esto

hace que el pacto sea hoy tan peligroso como difícil de lograr.

Efectivamente, la envergadura de los ataques que el Gobierno ha puesto encima de la mesa de negociaciones ha sido tal que, antes de iniciarse las negociaciones propiamente dichas, el pacto ha estado a punto de saltar por los aires. No es para menos si repasamos las propuestas gubernamentales: –Una nueva contra-reforma del sistema de pensiones que comprende medidas tales como aumentar los años de cotización necesarios para acceder a la pensión contributiva o alargar el número de años sobre los que se calcula la cuantía de la pensión, en la línea de la reforma de 1985 que provocó la Huelga General del 20-J, convocada por CC OO, y el inicio de la ruptura de UGT con el Gobierno socialista; –Un nuevo ataque a la prestación por desempleo, más dura que el “decretazo” que motivó la media jornada de Huelga General del 28-M en 1992, que pretende dejar sin protección a unos (como los provenientes de despidos procedentes o de ceses voluntarios, aun en caso de movilidad geográfica) y disminuir la prestación a los demás (detrayéndoles el IRPF y las cotizaciones a la Seguridad Social, descontándoles la indemnización por despido o reduciendo los topes mínimos); –Un nuevo intento de introducir la discriminación para los jóvenes que entran en el mundo laboral, a través de un contrato de aprendizaje para las pequeñas y medianas empresas, que entre otras cuestiones legalizaría que los aprendices pudieran ser contratados sin darles de alta en la Seguridad Social. Tal vez no sea necesario recordar que fue un intento parecido el principal detonante de la histórica Huelga General del 14-D de 1988; –Una pérdida de poder adquisitivo de los salarios de 5 puntos en los próximos tres años; –Un tajo a las pensiones, cambiando el actual sistema de revalorización automática según la inflación pasada, conquistado tras el 14-D, por el índice previsto, que supondría, en 1994, 57.800 millones de pesetas por cada punto de diferencia; –Una modificación de la negociación colectiva tendente a facilitar la movilidad laboral y a cambiar para mal cuestiones como la estructura del salario y su nivelación, fomentando una mayor desigualdad. Las víctimas de tales agresiones no son otras que la gran mayoría de la sociedad y especialmente, los sectores más desfavorecidos: ocho millones de asalariadas y asalariados, siete millones de pensionistas y tres millones y medio de parados.

Puestas ya las piezas en el tablero, la credibilidad del pacto social como la solución a la crisis, que durante estos meses ha gozado de un gran consenso, ha quedado en entredicho. «El pacto no era tan bonito», «Más de nueve millones de víctimas» y otros titulares igual de ilustrativos se podían leer en la prensa al conocerse las propuestas del Ejecutivo. Tales medidas, como no podía ser de otra forma, contaron con el inmediato rechazo sindical. Finalmente el Gobierno decide sacar momentáneamente algunas de ellas de la mesa de negociación, pero dejando claro que (Solbes *dixit*) «ni retira ni aparca» sus propuestas.

Escenarios posibles. En estas condiciones, las perspectivas están abiertas. Varios escenarios son posibles. El primero, que se llegue a la firma de un pacto social de rentas por tres años que contemple la pérdida de poder adquisitivo de los salarios y algunas de las otras medidas coyunturales, entre ellas el cambio de indicación para la revalorización de las pensiones, y aparque las reformas estructurales. Tal acuerdo sería tremendamente negativo ya que implicaría la aceptación voluntaria de sacrificios, generaría más paro y una profunda demovilización social que allanaría el camino a la imposición de la contrareforma de la protección social, con acuerdo o sin él, para más adelante.

La segunda posibilidad es que no haya pacto. Pero no se trata de un escenario neutro en el que las cosas quedarían como están, sino que el gobierno inmediatamente, ya en los propios Presupuestos Generales del Estado, comenzaría a intentar llevar a cabo una tras otras sus agresiones: nuevo recorte salarial a funcionarios, mordida a las pensiones, reducción de las prestaciones por desempleo,... Lo peor que podría pasar en este caso es que tales agresiones siguieran encontrando el mismo clima de parálisis en la movilización social que estamos viviendo en los últimos meses. Hay un tercer escenario por el que trabajar: la recuperación de un clima de movilización social que impida que, a través del pacto o de la pura imposición, la crisis paguen los colectivos de siempre y fuerce a un cambio de rumbo en la política económica.

No bastan las denuncias. Desde una posición radicalmente crítica con el pacto social, no basta con desvelar las perversidades de la línea de aceptación de sacrificios, ni siquiera con trabajar por evitar la firma de un mal pacto, es necesario además empujar para que las agresiones que, con pacto o sin él, se nos vienen encima encuentren la apropiada respuesta.

Desde ese mismo punto de vista, el de un sindicalismo de izquierdas, es necesaria una reorientación profunda que contemple:

1) El cuestionamiento del pacto social como solución a la crisis y el paro, por injusto e ineficaz al mismo tiempo, y la crítica rigurosa y pormenorizada de las propuestas gubernamentales y patronales, desvelando qué es lo que realmente persiguen con el pacto y alertando de la necesidad de oponerse a sus pretensiones.

2) La popularización y la firme defensa de las reivindicaciones sindicales, contempladas tanto en la resolución del Consejo Confederal de CC.OO. como en las "Bases para una política de empleo" presentadas unitariamente por UGT y CC OO en la mesa de negociaciones, cuya consecución obligaría a replantear el carácter de "negociación de concesiones" que tienen las negociaciones en curso.

3) La más amplia información y debate entre las bases sindicales, corrigiendo el creciente alejamiento entre representantes y representados, y preparando las condiciones para una movilización contundente, en los centros de trabajo y en la calle, que permita, por una parte, detener agresiones como las anunciadas (otras similares motivaron tres huelgas generales), de otra, ganar correlación de fuerzas para hacer avanzar las propuestas sindicales. Negociación y movilización no tienen por qué tener tiempos distintos, sino simultáneos y complementarios, salvo cuando lo que se quiere negociar son concesiones en vez de reivindicaciones. ¿Acaso el sólo anuncio de tales agresiones no habría merecido la con convocatoria inmediata de grandes manifestaciones a lo largo y ancho del territorio contra las medidas gubernamentales y en favor de las reivindicaciones sindicales?. **Joaquín Nieto**

17 de octubre. Elecciones autonómicas en Galicia, con expectativas de cambios considerables en el actual mapa político.

El presente año ha servido para proyectar la cara más aseada, publicitariamente hablando, de las que componen el retrato de la Galicia actual. El cercano fin de los fastos del Xacobeo permite fijar la atención, siquiera fugazmente, en otros ángulos de la realidad.

Precisamente en estos días se han publicado unos datos del Ministerio de Trabajo

según los cuales Galiza ha sido una de las zonas del Estado que ha registrado un mayor número de huelgas durante los cuatro primeros meses de 1993.

El azar ha querido que este indicador se haya conocido a mitad del camino que une las dos convocatorias electorales que este singular año les ha deparado al electorado gallego. El resultado del pasado 6-J dejó constancia de tres detalles importantes: un sorprendente —por lo elevado— índice de participación; el mantenimiento de la hegemonía electoral del PP y del PSOE (reforzándose, eso sí, el mayor peso relativo del primero sobre el segundo) y la confirmación del BNG como tercera fuerza en discordia mediante un incremento muy significativo de su renta electoral.

Factores de crisis. El dato sobre la conflictividad laboral evoca un panorama social en el que se superponen elementos de crisis semejantes a los que se desarrollan en el conjunto del Estado con otros específicos derivados de las dinámicas de integración en la CE. A la drástica reconversión operada durante la década de los 80 en el ya de por sí débil tejido industrial gallego (construcción naval y siderurgia) se ha unido el lento, pero efectivo, desmantelamiento operado en los últimos años en los sectores agrícola (traducido, fundamentalmente, en una progresiva destrucción de explotaciones lecheras) y pesquero. La gravedad de la situación apuntada ha alimentado diversos movimientos de respuesta, entre ellos la huelga general celebrada el 2 de abril de 1992.

A pesar de las potencialidades conflictivas que pudiera encerrar un cuerpo social aquejado de una crisis tan seria como la apuntada, la nueva cita electoral del 17 de octubre no suscita incógnitas de relieve entre el peculiar cuerpo de especialistas en pronósticos electorales. La que se ha planteado de forma más recurrente ha girado alrededor de la viabilidad de una nueva mayoría absoluta favorable a las huestes fraguistas. En un segundo nivel de intensidad también se han formulado otras interrogantes: ¿logrará obtener presencia parlamentaria la nueva coalición formada por Esquerda Unida y Unidade Galega, superando el límite del 5% de votantes de cada circunscripción previsto en la reciente modificación legislativa impuesta por el PP? Y también: ¿se confirmarán las expectativas de crecimiento electoral del BNG en detrimento de los resultados del PSOE?

Una situación muy diferente a la de 1989. Hay otros aspectos del mapa político gallego sobre los que no pesan las incertidumbres que se han manejado en anteriores ocasiones. Si en el otoño de 1989 se discutía sobre el mayor o menor éxito de una fuerza política —Coalición Galega (CG)— que se autodefinía como “nacionalista” moderada, hoy nadie discute la verosimilitud de los pronósticos que anuncian la desaparición de esa sigla del Parlamento gallego. En los ocho años transcurridos desde 1985 se ha modificado una tendencia que parecía apuntar hacia la consolidación de una derecha nacionalista que había carecido de cualquier protagonismo significativo en la transición y en los primeros años de la década de los 80. A pesar de compartir el Gobierno autónomo —en coalición con el PSOE— durante el bienio 87-89 y de contar con la presencia de algunos miembros destacados del PP que abandonaron el partido por esas fechas (entre ellos el que fue vicepresidente de la Xunta, Xosé Luis Barreiro), Coalición Galega no fue capaz de resistir el efecto provocado por la entrada en el juego político galaico.

La caída en picado de CG coincidió con otro cambio no menos relevante: el predomi-

nio electoral del BNG dentro de lo que suele denominarse izquierda nacionalista, sustituyendo en esa condición al PSG-EG. Lo sucedido durante los tres últimos años ha venido a confirmar la vigencia de un cuadro político en el que se combina la evidencia de un bipartidismo preponderante con la contrastada consistencia de un nacionalismo de izquierdas hegemonizado por el BNG y la ausencia de una fuerza homologable a lo que representan en sus respectivas latitudes opciones como CiU y PNV.

Nominalismo autonomista. Uno de los hechos más llamativos producidos a lo largo de la estancia de Fraga en la presidencia de la Xunta ha sido la abundante dosis de nominalismo autonomista que ha destilado a través de su bien pertrechado aparato de propaganda. Preocupado por demostrar sus cualidades miméticas en relación a la política pujolista, puso en circulación la reivindicación de una "Administración única", desconcertando al propio Aznar y colocando en una situación incómoda a la familia felipista. Esta ofensiva nominalista ha creado una situación no apta para espíritus poco receptivos a las dosis de esquizofrenia y simulación que han inundado la vida política gallega. Fraga, el que proclamó que "España" era "lo único importante", se ha descolgado con el apoyo a la supresión de los gobernadores civiles y ha pasado a reclamar más poder para la Xunta. Mientras tanto, el PSOE galaico defendía como podía al Gobierno central y recordaba el pasado franquista de un político al que, por cierto, nunca pretendió llevar ante un Nuremberg que depurase esas responsabilidades históricas.

Fraga ha podido officiar esta ceremonia del verbalismo galleguista con relativa comodidad gracias a una doble circunstancia: la práctica ausencia de una fuerza nacionalista de orientación conservadora y el estatus de "correvediles" del Palacio de la Moncloa adoptado por los dirigentes locales del PSOE. Por lo demás, la experiencia del Gobierno presidido por el felipista González Laxe entre los años 1987 y 1989 contribuyó a ensanchar el margen de maniobra del nuevo titular de la Xunta. Carente de personalidad diferenciada respecto al Gobierno central, practicante de los hábitos clientelares que había denunciado en las anteriores administraciones del PP, el llamado Gobierno tripartito transmitió la sensación de mediocridad que Fraga necesitaba para revalorizar su imagen de político gallego con experiencia y con ciertas influencias en el Madrid oficial.

Instalados en la conocida tendencia a la ritualización de las propuestas programáticas —ejercidas a través de fórmulas cada vez más uniformizadas—, las novedades hay que buscarlas, sobre todo, en el número de páginas que ocupan los textos confeccionados y en la calidad del papel empleado. Lo más diferente de lo que se presenta en esta ocasión es, sin duda, la declaración contraria al Tratado de Maastricht formulada por el BNG. Sirva de muestra este pequeño extracto que puede leerse en su particular tarjeta de visita electoral: «La Europa de Maastricht es la de los grandes capitalistas y ejecutivos correspondientes a cada uno de los Estados miembros de la Comunidad Europea. Ni los pueblos, ni los individuos, ni los Parlamentos pintan nada. La política salarial y laboral, la fiscal, la de rentas, no serán convergentes. Los privilegiados obtienen provecho de las disparidades interestatales en estas materias. Proletarios, campesinos, comerciantes, pequeña y mediana empresa van a sufrir los costes sociales de Maastricht, especialmente en las economías periféricas como la gallega. Es una política antisocial». **Xesús Vega**

2 el desorden internacional

Dossier OLP/Israel

Hacia una revolución copernicana en Oriente Medio

Abraham Serfaty

[El Acuerdo firmado el 13 de septiembre entre la OLP y el Gobierno de Israel es un acontecimiento de alcance histórico y de gran complejidad. Hemos preparado un dossier sobre él que incluye análisis generales y valoraciones desde diferentes enfoques. No hemos conseguido antes del cierre de la revista ningún texto de las organizaciones palestinas opuestas al Acuerdo; esperamos lograrlo en el próximo número.

El dossier se abre con dos valoraciones: la primera, favorable, de Abraham Serfaty, dirigente de la organización marroquí Il Alaman, él mismo "judío-árabe"; la segunda, muy crítica, de Michel Warshawski, militante de la IV Internacional en Israel y uno de los animadores del Centro de Información Alternativa de Jerusalén.

A continuación publicamos dos textos de carácter general: el profesor Musa Budeiri, catedrático de Filosofía de la Universidad de Birzeit en el Líbano, que fue, hace veinte años, uno de los primeros palestinos que participaron en conversaciones con israelíes, hace un balance crítico de la historia de estas relaciones. Y, en fin, hemos extractado un amplio estudio de la investigadora libanesa Dalal Bizri sobre el integrismo en Palestina, una cuestión cuya importancia crecerá, sin duda, en esta nueva etapa].

Lo imposible irrumpió con tal fuerza que, los primeros días, todas las traiciones fueron evocadas: los palestinos abandonaban Cisjordania a cambio de la pequeña y tranquila ciudad de Jericó; renunciaban a los recursos acuíferos de Cisjordania; renunciaban a Jerusalén; renunciaban al Estado palestino; renunciaban al derecho al retorno de los refugiados de 1948.

Pero llegó el texto del proyecto de Acuerdo publicado el día 1 de septiembre. Lec-

tura, relectura, verificación: los palestinos no han retrocedido respecto al Consejo Nacional Palestino de noviembre de 1988 ^{1/}, aunque quede aún mucho por conquistar; por su parte, los israelíes han abandonado lo que parecía imposible, aunque todavía es sólo un comienzo que podría ponerlo todo en cuestión. Mas adelante, volveré sobre el texto del Acuerdo y sobre sus consecuencias potenciales, pero primero hay que intentar comprender qué ha podido generar, en el campo israelí, este inicio de ruptura con algunos de los presupestos fundadores del Estado de Israel.

La Intifada

Desde hace seis años, la Intifada mina a la sociedad israelí e incluso a su Ejército. Los dirigentes sionistas lo han hecho todo para aplastarla: no lo han conseguido. La decisión de Rabin de deportar a cuatrocientos quince militantes palestinos próximos a Hamas en diciembre pasado ha provocado en los Territorios Ocupados el efecto contrario al que se esperaba y un nuevo aliento, no sólo de la "revuelta de las piedras", sino también de la lucha armada, pese al control militar de los Territorios y al reforzamiento del terror. El bloqueo de los Territorios, aunque hacía mucho más difícil la vida a su población, es también un obstáculo importante para la economía israelí, acentuando así las contradicciones internas de esta sociedad, que aparecen en distintos niveles: reforzamiento de la aspiración a la paz en los israelíes, tal como indicaron las últimas elecciones; fracaso de la inmigración de judíos rusos y nuevas tensiones resultantes de ello en la sociedad israelí; mantenimiento de los problemas originados por la situación social de la gran mayoría de los judíos orientales y a las dificultades de su integración cultural.

Los problemas planteados por el entorno regional no son menos alarmantes para el porvenir del Estado de Israel. El mazazo de la Guerra del Golfo, aunque pudo parecer por un momento que apagaba la lucha de los pueblos árabes, llevó a una extensión del islamismo en Egipto y el Líbano. Irak no pudo ser domado. La *Pax Americana* es cada vez más incierta. Y no entraremos en la situación en el Mogreb.

Estos días, Rabin se ha referido para explicar el Acuerdo al «peligro jomeinista» (sic). Y Peres ha recordado estas palabras de Churchill: «Cuando se está ante un abismo es mejor superarlo de un sólo salto, que de dos». Pero si Rabin, ante todos los

^{1/} Nota de la Redacción: La reunión del Consejo Nacional Palestino que tuvo lugar en Argel entre los días 12 y 15 de noviembre de 1988 tuvo como contenido fundamental: .la aceptación de la resolución 242 del Consejo General de Naciones Unidas; .la declaración leída por el propio Arafat de rechazo «a la utilización de la fuerza, de la violencia o del terrorismo contra su propia integridad territorial...o la de cualquier otro Estado»; .la proclamación del «Estado de Palestina» en Cisjordania y Gaza. La aceptación de la resolución 242, cuyo rechazo radical había sido una de las señas de identidad básicas del movimiento nacional palestino desde 1967, contó con un 15% de votos en contra de los miembros del FPLP y algunos independientes.

La resolución 242 fue adoptada el 22 de noviembre de 1967 por el Consejo de Seguridad de la ONU. Establece que, a cambio de la retirada de Israel de los Territorios Ocupados en 1967, cesarán «todas las reivindicaciones y estados de beligerancia» y se reconocerá a cada Estado de la región y su «derecho a vivir en paz, dentro de fronteras seguras y reconocidas, al abrigo de amenazas o actos de fuerza», incluso por medio del «establecimiento de zonas desmilitarizadas». El pueblo palestino ni siquiera es mencionado. La resolución se contenta con preconizar «una justa resolución del problema de los refugiados».

fracasos de su política, se ha resignado a este Acuerdo, si Peres, mas abierto sobre el porvenir, ha sabido impulsarlo, es también porque, en la sociedad israelí, hay fuerzas poderosas que empujan hacia este vuelco político.

El proyecto de Acuerdo

Para comprenderlo hay que volver al proyecto de Acuerdo.

Sobre los principios inmediatamente adquiridos: se consigue la retirada del Ejército israelí de la Banda de Gaza y Jericó además de la autonomía (¡autogobierno!) obtenido por el conjunto de los palestinos de Cisjordania y de Gaza; se transferirán al Consejo elegido **2** (incluso por los palestinos que viven en Jerusalén) los poderes en educación y cultura, sanidad, asuntos sociales, impuestos directos y turismo. Se podrán crear un cierto número de instituciones económicas, por ejemplo una Agencia para cuestiones agrarias y una Autoridad para el agua. Nada se dice sobre la finalización de la instalación de colonias, pero aunque no se desmantelan, su expansión es incompatible con el Acuerdo. Y en fin, respecto al núcleo del sistema de ocupación que pesa sobre los palestinos de Cisjordania, el acuerdo estipula: «Tras la inauguración del Consejo, la administración civil será disuelta y el Gobierno militar israelí se retirará» **3**; «Las dos partes revisarán en conjunto las leyes y ordenanzas militares actualmente en vigor en otros ámbitos (que los que hayan sido transferidos)». Además los refugiados de 1967 podrán regresar a Cisjordania y Gaza.

En cuanto a las cuestiones que no se mencionan en el Acuerdo, forman parte de las batallas futuras. Evidentemente, la primera de todas es conseguir la liberación de todos los presos políticos palestinos muy deprisa, desde este mismo otoño.

En cuanto al porvenir: la retirada del Ejército israelí de Gaza y Jericó, que deberá realizarse en los cuatro meses posteriores a la firma del Acuerdo, abrirá un periodo transitorio de cinco años que cubrirá las disposiciones precedentes pero deberá concluir en un estatuto definitivo en el marco de las resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Las negociaciones sobre este estatuto, que deberán comenzar antes del comienzo del tercer año del periodo interino, se referirán particularmente a «Jerusalén, los refugiados, los asentamientos, los acuerdos de seguridad, las fronteras, las relaciones y la cooperación con el resto de los vecinos y otros asuntos de interés común». Pienso que nada esencial queda marginado, entendiendo que lo fundamental de esas negociaciones sobre el estatuto definitivo es la evacuación del conjunto de los Territorios Ocupados de 1967 y la creación de un Estado palestino soberano e independiente que tenga como capital a Jerusalén Este.

2/ N. de la R.: En la versión publicada por *El País* el 1 de septiembre, el texto dice: «El objetivo de las negociaciones israelo-palestinas, en el marco del actual proceso de paz de Oriente Próximo es, entre otros, el establecimiento de una autoridad interina palestina de autonomía, el Consejo elegido (el "Consejo") por los palestinos de Cisjordania y de la franja de Gaza por un periodo transitorio no superior a cinco años y que conduzca a un arreglo permanente basado en las resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas».

La resolución 338, adoptada el 22 de octubre de 1973 para intentar detener la guerra árabe-israelí, iniciada dieciséis días antes, ratifica la resolución 242 y decide que «se realicen negociaciones entre las partes interesadas bajo los auspicios apropiados y con el fin de establecer una paz justa y duradera».

3/ N. de la R.: En la versión de *El País* esa cláusula parece referirse solamente a Gaza y Jericó.

Tanto este contenido fundamental como los puntos claves que le acompañan no están ya conquistados. Todo depende de la dinámica de la lucha política que abre este Acuerdo. Por supuesto, las tres batallas esenciales del futuro son por el Estado palestino, por Jerusalén, por el derecho al retorno, que se completan con la necesidad de acabar, exclusivamente por medio de la lucha política, con los provocadores asentamientos de los colonos.

La dinámica de la paz

Pero la dinámica de paz que ha abierto este Acuerdo ha podido verse ya en la manifestación del 4 de septiembre en Tel Aviv, simultánea a unas declaraciones de Arafat a la televisión israelí: reside en la lucha común de las masas israelíes y palestinas para transformar conjuntamente este Acuerdo de paz real en amistad, en fraternidad reconquistada. Así llegamos a lo esencial, a la revolución copernicana contenida en germen en este Acuerdo.

Para que se desarrolle es necesario, en primer lugar, que las masas israelíes descubran con la ayuda de los valerosos militantes que no han cesado de luchar por ello, que la paz es incompatible con la estructura teocrática y militar del Estado de Israel. Yendo más lejos descubrirán que esta estructura es una consecuencia lógica del fundamento sionista de este Estado y de su proclamación como "Estado judío", basado en la Ley del Retorno. La lucha por un Estado de Israel laico y no sionista deberá convertirse muy deprisa en el eje central de la acción del movimiento laico y progresista israelí. Conjuntamente con la lucha del pueblo palestino por la consolidación y el reforzamiento de la autonomía de Cisjordania y Gaza, este combate de las masas israelíes convergerá con la lucha de todo el pueblo palestino y de las fuerzas de paz en el mundo por los tres objetivos esenciales planteados anteriormente.

Para ello es necesario también que en el seno mismo del pueblo palestino pueda ser superada lo que persiste de concepción chovinista y racista del nacionalismo árabe. La batalla política inmediata dentro del pueblo palestino por la aceptación de los

Población (en miles y en %) y PIB (en millones de dólares y en %)

	Población		PIB	
	1950	1989	1950	1989
Israel	1.258 (4,5%)	4.525 (6%)	1.313,9 (25%)	45.944,3 (48%)
Egipto	20.461 (74%)	51.390 (68,5%)	2.672,1 (50%)	33.344,3 (35%)
Siria	3.495 (12,5%)	12.082 (16%)	833,3 (15,7%)	10.089,7 (10,5%)
Líbano	1.250 (4,5%)	3.000 (4%)	347,3 (6,6%)	2.000 (2%)
Jordania	1.237 (4,5%)	4.041 (5,5%)	143,7 (2,7%)	4.430 (4,5%)

Fuente: *Le Monde Diplomatique*. Septiembre de 1993

Acuerdos de paz, sobre las bases de lucha evocadas anteriormente, contiene en el fondo esa superación, felizmente asumida en este pueblo desde hace decenios.

Pero cuando he dicho "revolución copernicana" me refiero a que lo que se inicia en estos Acuerdos va aún mas lejos. Los anexos III y IV **/4** establecen las premisas. Porque ya no se trata para la ribera occidental y Gaza, así como para el futuro Estado palestino, de un proyecto de "bantustán" al margen del Estado de Israel que habría ratificado y consolidado la relación económica establecida desde la ocupación. Se trata de algo muy diferente: de las bases de un proyecto de desarrollo conjunto palestino-israelí para todo el territorio histórico de Palestina, aunque la parte occidental sea llamada "Israel".

Así el artículo 3 del anexo III sobre el petróleo y el gas establece su campo de aplicación «en particular en la franja de Gaza y en el Néguev **/5**». Y el anexo IV extiende este proyecto a todo el desarrollo regional.

Un hogar de progreso

Cuando se conoce el desarrollo cultural, científico y técnico alcanzado por el pueblo palestino y su nivel político e ideológico cristalizado por la OLP, mas allá de todos sus problemas internos, y afirmado por la Carta constitutiva del Estado palestino, proclamado el 15 de noviembre de 1988 en Argel, cuando se sabe todo eso, no se tiene la certeza, porque se trata de un combate, pero se puede tener confianza en la posibilidad para la Tierra Santa de Palestina de llegar a ser un hogar de progreso y de modernidad para toda esta región, aún enmarañada en sus estructuras medievales.

Ciertamente, del lado israelí, las firmas capitalistas que están detrás de Peres deben ya proyectar la extensión de su dominación a toda la región. Pero ahí es donde el combate clave en Israel debe centrarse en la acción contra la estructura sionista del Estado. Esta estructura es la que liga Israel al imperialismo norteamericano, hoy principalmente en el plano militar, pero también en el económico. Es también el fundamento de su estructura racista, incluso hacia los judíos orientales o rusos.

Hay que soñar

«Hay que soñar», decía Lenin. Un Estado de Israel laico junto a un Estado palestino soberano basado en la Carta de Argel, ambos habiendo superado decenios de odio y de chovinismo, y el conjunto plenamente integrado en un Oriente Medio en plena mutación. ¿Éste no es un objetivo posible? En adelante podemos decir: sí lo es, a condición de luchar todos juntos por él.

4/ N. de la R.: Estos anexos no figuran en la versión de *El País*. En la que publicó el diario francés *Liberation* se incluyen numerosos proyectos generales de cooperación económica palestino-israelí y otros de carácter regional basados en la ayuda que se solicitará a los países del G-7 y de la OCDE, los Estados árabes de la región y el sector privado.

5/ N. de la R.: El Néguev es la región desértica al sur de Israel, una cuña entre Egipto y Jordania. Tiene yacimiento muy ricos de petróleo, fosfatos y manganeso. Jordania reivindica la soberanía de este territorio.

Soñad vosotros los jóvenes que quizás veréis su realización, vosotros que deberéis trabajar por ella. Allí y mas allá, un día del próximo siglo, un día de gloria, ¿no véis cómo se realiza la utopía del Estado democrático palestino en toda la Tierra Santa, no véis sobre la explanada santa de Jerusalén a sus ciudadanos y ciudadanas portadores de un mensaje de paz, cantando juntos y con una misma voz el Himno a la Alegría?

En lo inmediato y en lo que me concierne, yo apoyo el proyecto de Acuerdo palestino-israelí, sin por ello admitir la legitimidad del nacimiento sangriento del Estado de Israel. Pero todo es, vuelve a ser, posible a partir de este texto. Simplemente por eso, ¿de qué sirve añadirle una Declaración de reconocimiento mutuo?

París, 6 de septiembre de 1993

Un acuerdo problemático

Michel Warshawski

En el Secretariado Nacional del Bloque de la Paz israelí —que agrupa a la corriente de izquierdas del movimiento Paz Ahora— se han expresado dos puntos de vista extremos sobre el Acuerdo israelo-palestino: por una parte, los que querían saludarlo como la instauración del Estado palestino por el cual algunos han luchado desde hace veinte años; por otra parte, los que piensan que el reconocimiento de la OLP por Israel no es más que un reconocimiento póstumo, una vez que la organización ha conseguido vaciar al movimiento nacional palestino de su sustancia y enviar al horizonte histórico la realización del derecho a la autodeterminación del pueblo palestino.

En ambos campos se encuentran militantes que pertenecen a las mismas formaciones políticas y han conocido las mismas trayectorias, lo cual es buena prueba de hasta qué punto la lectura de este Acuerdo y de su contexto es difícil. Mientras que el periodista Uri Avneri no oculta su euforia y afirma: «En Oslo acaba de fundarse el Estado palestino; en adelante nadie puede detener la ruta de la historia», su amigo y compañero desde hace mas de quince años Mati Peled es escéptico: «Las garantías que ha dado Israel son muy limitadas y es completamente legítimo preguntarse si este Acuerdo es solamente un medio para impedir de una vez por todas la formación de un Estado palestino».

Una legítima emoción

A primera vista, la izquierda israelí debería echar las campanas al vuelo ya que durante dos décadas ha combatido por el reconocimiento de la OLP por Israel y la afirmación de los derechos nacionales del pueblo palestino. Dentro como mucho de tres meses la bandera palestina ondeará en los edificios públicos de Gaza y Jericó; los funcionarios de la OLP empiezan a poner en marcha las primeras estructuras administrativas de su poder. En estos territorios no se verán mas soldados israelíes; serán reemplazados por una policía palestina que desde ahora se prepara para entrar en funciones a partir de la marcha de las fuerzas armadas israelíes.

Habría que ser especialmente insensible para no llorar de alegría el día en que el Ejército israelí se retire de Gaza cubierta de banderas palestinas y algunos de nosotros han llorado ya oyendo el sábado día 4 a decenas de miles de israelíes aclamar a Arafat durante la manifestación convocada en Jerusalén por Paz Ahora y el Partido Laborista y apoyada por todas las organizaciones pacifistas. No hace todavía mucho tiempo, durante la guerra del Golfo, los dirigentes de Paz Ahora nos consideraban traidores o anticuados porque nos negábamos a decir como ellos: «Bye, bye OLP».

En esa manifestación, encontré a Yocha, un anciano que no esperó a la Intifada para combatir junto a los palestinos, pero que con el tiempo ha reducido mucho sus actividades militantes. Le pregunté qué sentía y me respondió: «Es como una vieja historia de amor que, después de veinticinco años, se realiza. Pero a la novia se le han caído los dientes, le queda poco pelo y tiene artritis. Todos hemos venido esta noche a la boda, pero nuestra alegría está mezclada con tristeza...». Las palabras pronunciadas en la tribuna de oradores por el general en la reserva y actual ministro de la Construcción Ben Eliezer no sirven para atenuar nuestras reservas: «¡Por fin nos hemos desembarazado de Gaza! Ahora les toca a los palestinos imponer allí el orden. Que les vaya bien», dijo en resumen. En la misma onda, el jefe del Gobierno había afirmado dos días antes, con esa zafiedad que constituye en él una segunda naturaleza: «Ellos (los palestinos) no tendrán que preocuparse por el Tribunal Supremo, ni serán molestados por Betsalem (organización de derechos humanos) y todas esas almas piadosas...».

Desembarazarse de Gaza, acabar con lo que queda de la Intifada: esto es lo que quería y ha obtenido el Gobierno israelí. A cambio, ha puesto fin a su rechazo a hablar con la OLP y, para que la cosa no quede demasiado grosera, ha añadido la ciudad de Jericó al proyecto "Gaza primero". Estamos muy lejos del gran compromiso histórico entre los dos pueblos.

Las relaciones de fuerzas

Por consiguiente, son comprensibles las reticencias que se expresan dentro de la población palestina y entre las corrientes que forman la OLP. La gente se pregunta en Ramallah o en Hebrón ¿cuáles son las garantías de que los israelíes, una vez "desembarazados" de Gaza y sin la Intifada, concedan una real autonomía a los habitantes de Cisjordania? Y ¿qué permite afirmar a Arafat que la autonomía conducirá necesariamente a un Estado palestino independiente con su capital en Jerusalén Este? ¿Quizás la "dinámica del proceso" con afirman algunos elementos de la izquierda israelí? Esta es una explicación un poco fácil. «Las dinámicas irresistibles sólo existen en la cabeza de los deterministas mas vulgares. Lo que es real son las relaciones de fuerzas», replica Azmi Bishara que, en un brillante artículo publicado por el diario *Hadashot*, dos días después de la difusión del texto de los Acuerdos, advierte contra los que ven desde hoy en ellos la instauración del Estado palestino por el que tanta sangre ha sido vertida. Y la dinámica de las relaciones de fuerzas no juega en el sentido descrito por Arafat. La OLP está asfixiada y la Intifada se ha reducido a operaciones armadas valerosas y a menudo eficaces, pero sin gran significación política una vez que Israel salga del atolladero que representa la ocupación de la franja de Gaza.

No sólo el Gobierno Rabin, sino también el conjunto de la clase dirigente israelí, los medios y los expertos consideran con razón el Acuerdo como un gran éxito diplomático y político. Sólo Arafat podía permitirse garantizar un Acuerdo así que permite una normalización israelo-palestina cuando la ocupación continuará al menos durante cinco años, si bien con formas diferentes. El reconocimiento de una OLP debilitada por su propia estrategia, pero sobre todo por la represión israelí y las presiones conjuntas de los Estados árabes, aparece, desde el punto de vista de Tel Aviv, como un precio modesto, teniendo en cuenta que las ganancias serán con toda probabilidad colosales: un reparto de tareas en la represión de lo que quede del movimiento nacional palestino con Jordania y la propia OLP, relaciones diplomáticas y económicas con toda una serie de Estados árabes, inversiones importantes de la CE, Japón y los EE UU, una mejora sustancial de su imagen de marca en la escena internacional...y todo esto sin comprometerse a desmantelar una sola de las centenas de colonias judías establecidas en los últimos veinticinco años o a retirar sus fuerzas armadas del territorio palestino.

La vulnerabilidad de Israel

¿Habrá que concluir que, al menos la generación actual, debe abandonar toda esperanza? Esta idea no tiene en cuenta la especificidad del sionismo y la vulnerabilidad de la sociedad israelí. Mas allá de los términos draconianos que contiene el Acuerdo, representa un giro político que, utilizado inteligentemente, puede trastornar el discurso dominante en Israel y crear una esperanza que desborde sus límites y sus ritmos: por primera vez el Gobierno de Israel reconoce la existencia de dos entidades nacionales sobre la tierra histórica de Palestina. Por primera vez, llama a una coexistencia entre dos pueblos a través de un diálogo con la dirección que se han dado los palestinos. Por primera vez, Israel reconoce el derecho al retorno (por el momento sólo para los refugiados de 1967) y no se niega a negociar, en una etapa posterior, el futuro de Jerusalén. El esperado encuentro entre Rabin y el "terrorista" Arafat no puede ser reducida a una peripecia en la diplomacia de marcha atrás de la OLP; es

Ayuda e inversiones exteriores 1970-1990

	Por habitante (en dólares y %)	Volumen total (en miles de millones de dólares y en %)
Israel	19.437 (71,2%)	73.808 (47%)
Egipto	1.027 (3,8%)	50.257 (32%)
Siria	2.236 (8,2%)	19.774 (12,5%)
Jordania	4.595 (16,8%)	13.778 (8,5%)

Fuente. *Le Monde Diplomatique*. Septiembre de 1993

también la expresión de otro tipo de relaciones, de otro lenguaje. Ciertamente, no es el Gran Compromiso Histórico prometido en 1988 por Arafat, pero puede ser el primer paso, después de medio siglo, en el reconocimiento por Israel del pueblo palestino sobre la tierra de Palestina y de sus derechos nacionales. Para el sionismo es el fin de un período, para el pueblo palestino el eventual comienzo de una nueva relación con su entorno humano.

Todo esto tiene una condición: servirse de este Acuerdo como instrumento para la construcción de un futuro de paz y de coexistencia. Si no hay nada automático, como creen ingenuamente algunos dirigentes de la izquierda sionista, tampoco hay nada fatal, como afirman ciertos portavoces de la izquierda palestina. Los palestinos pueden y deben continuar siendo los sujetos de su historia, como lo han sido desde que Arafat, Abu Mazen y otros fundaron en 1965 Al Fatah. Pueden imponer sobre el terreno, y sobre todo en los Territorios Ocupados, las condiciones de una superación de los acuerdos-*diktat* de Oslo.

Las bazas de los palestinos

Para hacerlo podrán servirse, en primer lugar, de los embriones de poder que este Acuerdo les otorga y de la nueva legitimidad internacional de su movimiento nacional, pero también del aliado potencial que representa la mayoría del pueblo israelí. Los dos pueblos tienen un común un gran cansancio por la guerra y por tanto una voluntad, mas o menos consciente, de pagar el precio necesario para que una paz se establezca sobre esta tierra.

Legitimando la realidad nacional palestina, poniendo fin a la demonización del combatiente palestino, el Gobierno israelí crea un marco favorable a un cambio de mentalidad y de actitud en el seno del pueblo israelí, para el cual la paz es mas importante que las colonias y la coexistencia preferible a unos cuantos territorios suplementarios.

En este aspecto, las fuerzas pacifistas israelíes tienen una tarea de dimensión histórica ante sí: no contentarse, como ocurre actualmente, con aplaudir las iniciativas gubernamentales, sino construir la esperanza y propugnar la paz y la coexistencia como valores positivos y no solamente como medios técnicos para desembarazarse de un vecino molesto. El respeto al otro debe reemplazar al discurso del tipo: «que se maten entre ellos, no es nuestro problema». Un proyecto de convivencia debe reemplazar al llamamiento obsesivo a la separación étnica. La defensa enérgica de los derechos del otro debe comenzar desde ahora, con independencia de que esté o no inscrito en el Acuerdo: liberación de los presos políticos, libertades políticas, retirada de las fuerzas militares de las localidades palestinas, desmantelamiento de los “batallones de la muerte”, regreso de los dirigentes desterrados, desarme de los colonos...: en torno a estos ejes hay que hacer progresar la realidad que rodea los Acuerdos para garantizar que sean efectivamente un primer paso hacia la autodeterminación y la paz. Ésta es, en primer lugar la tarea de los palestinos, pero es también el deber de los verdaderos pacifistas israelíes.

Digámoslo claramente: si la dirección de la OLP utiliza sus nuevas fuerzas de policía para impedir una movilización popular orientada a desbordar el marco limitado

del Acuerdo de Oslo y si la izquierda palestina continúa mascullando su oposición a esos Acuerdos en lugar de intentar imponer por la movilización popular una mejora de las condiciones de vida en los Territorios Ocupados, entonces el acuerdo de Oslo quedará en la historia como el entierro de tres décadas de lucha por la liberación nacional del pueblo palestino y una "kurdización" de la cuestión palestina.

Si por el contrario las masas palestinas se empeñan en servirse de las limitadas ganancias que se encuentran en los Acuerdos para profundizar su lucha y, paralelamente, el movimiento pacifista israelí se muestra a la altura de las tareas históricas que le aguardan, entonces Jericó será la antecámara del Estado palestino independiente y Oslo la apertura de una era de paz y de coexistencia entre los dos pueblos de Palestina.

Ni aplaudir, ni lamentar: reemprender el camino de la lucha, en condiciones mas favorables que en el pasado.

Tel Aviv. 8 de septiembre de 1993.

El diálogo palestino-israelí: una visión crítica

Musa Budeiri

En enero de 1991, se celebró una reunión en el Hotel Notre-Dame de Jerusalén —que se ha acabado convirtiendo en una especie de territorio neutral entre el Jerusalén árabe y judío— en la que tomó parte Shulamit Aloni, dirigente de la organización Ratz y defensor del establecimiento de un Estado palestino, que había participado en el diálogo con la OLP. En la pequeña audiencia, predominantemente palestina, había varias personas que durante años habían estado implicadas en el diálogo con los israelíes. Existía un consenso no explícito, que se podía resumir en la consigna «dos pueblos, dos Estados», que parecía encerrar la promesa de un futuro mejor. La fragilidad de esta esperanza se puso de manifiesto por la nota discordante que introdujo en la reunión el resultado final de la crisis del Golfo y el tono herido de los miembros israelíes de la audiencia, incluyendo al propio orador, que recriminó a sus contrapartes palestinas por «el apoyo de los palestinos a Irak».

El sueño de la revolución palestina

Esta reunión me hizo recordar una que había tenido hace 23 años con un joven académico israelí en su casa de la calle Chernychofsky, en Jerusalén occidental. Se trataba de uno de los pocos israelíes que, con todo coraje y frente a un aplastante consenso sionista, defendía el fin de la ocupación y apoyaba el derecho de los palestinos a la lucha armada. Pasamos un par de horas discutiendo los asuntos del día y lo que entonces parecía un mundo árabe preñado con la promesa de cambios políticos y sociales. Che Guevara acababa de ser asesinado por fuerzas americanas en Bolivia, pero su

llamamiento a crear muchos "Vietnam" todavía resonaba alrededor del mundo, conquistando la imaginación de la gente, tanto en el Este como en el Oeste.

A lo largo de nuestra discusión, ni una sola vez imaginamos la posibilidad de que el conflicto árabe-israelí se pudiera resolver dentro de los estrechos confines geográficos de Palestina. Parecía obvio que la lucha entre árabes e israelíes era parte del intento de las masas árabes de romper la hegemonía del imperialismo occidental y de los círculos gobernantes pequeño burgueses que se habían apropiado de la riqueza del mundo árabe, como socios de segundo rango en un orden capitalista mundial decadente y condenado.

La solución a los problemas del atraso, la pobreza, la dependencia, etc., sólo podían venir como resultado de la transformación social de toda la región y necesariamente afectarían a Israel, haciendo a este país y a su pueblo parte de un Oriente Medio socialista, en vez de un puesto avanzado extranjero y alienado en el corazón de la región. La revolución palestina, llena de promesas, y renaciendo después de la derrota de 1967, era el catalizador que inflamaría al mundo árabe.

Pero finalmente hemos terminado en un diálogo israelí-palestino cuyo objetivo es normalizar la existencia de Israel en la región, bajo sus propias condiciones.

La prehistoria

Unos días antes de que estallara la guerra en junio de 1967, dos pequeños grupos, el Frente Democrático Palestino y la Organización Socialista Israelí hicieron público un comunicado conjunto sobre lo que entonces se llamaba «la crisis de Oriente Medio» ¹. Refiriéndose a las raíces del conflicto, la declaración afirmaba que «el conflicto árabe-israelí es la continuación, en una nueva forma, del problema palestino», añadiendo que «en el contexto histórico de Oriente Medio es Israel quien debe tomar la iniciativa a la hora de hacer concesiones a los palestinos, y no al revés». Se distanciaba así tanto del campo oficial árabe como del israelí y proponía lo que llamaba una solución «no nacionalista», que debería adoptar la siguiente forma: «El problema palestino tiene dos aspectos políticos fundamentales: el restablecimiento de los derechos de los palestinos y la integración de los israelíes en el Oriente Medio árabe. Los dirigentes árabes nacionalistas pretenden tener una solución para lo primero (la liberación de Palestina) pero ni siquiera se plantean una solución para el segundo. Los dirigentes sionistas de Israel pretenden tener una solución para lo segundo (preservar el statu quo) pero ni siquiera se plantean una para lo primero. Sin embargo, sólo una solución que resuelva simultáneamente ambos aspectos del problema permitirá una salida estable y viable (...)».

Ésta fue probablemente la primera vez que se reunieron juntos un grupo de palestinos e israelíes con mentalidad parecida, y el primer intento de forjar una alianza revolucionaria cuyo objetivo era transformar la naturaleza del conflicto, que entonces ya había asumido las características de una confrontación entre Estados, reflejando la política bipolar de la Guerra Fría.

¹El comunicado tenía fecha del 3-6-67 y fue publicado en *The Times*, de Londres, por la Fundación Bertrand Russell para la Paz.

A finales de los años 60 y principios de los 70 fue posible reunir a título individual personas israelíes, palestinas, iraquíes, sirias, libanesas, y a varios pequeños grupos políticos que compartían una orientación común, en un esfuerzo para llegar a construir una estrategia conjunta, cuyo corazón era el rechazo tanto de los regímenes pequeño burgueses nacionalistas árabes como de las estructuras sionistas del Estado de Israel. El diálogo que se produjo no era percibido como un paso hacia las negociaciones entre Estados, ni como un intento de imponer posiciones propias a "la otra parte". De hecho, no se trataba de un diálogo entre enemigos, sino más bien de una discusión entre camaradas con el objetivo de impulsar la actividad política por la base. En el centro de este proyecto de actividad conjunta, la lucha por la autodeterminación palestina servía como marco para una lucha general antiimperialista y emancipatoria que conduciría a la transformación política y social de todo el Oriente Medio árabe y que, necesariamente, implicaría a Israel.

Debido tanto a factores objetivos como subjetivos, estos primeros intentos no dieron fruto. Con la adopción del Programa de Transición de la OLP, en 1964, la izquierda del movimiento palestino se orientó firmemente en una dirección totalmente contraria. Después de esta fracasada operación conjunta, el diálogo, cuando volvió a tener lugar, fue ya entre enemigos. Fortificados detrás de su nacionalismo, los palestinos, y en mucho menor grado los israelíes, comenzaron a avanzar cautelosamente hacia el reconocimiento de lo que había de exclusivo en la otra parte.

El diálogo: razones y orígenes

Es difícil establecer una referencia temporal para el comienzo del diálogo. Lo que empezó como un fenómeno marginal se convirtió, después de la guerra israelí-palestina en el verano de 1982 en el Líbano, en una preocupación central y en un arma muy estimada del casi vacío arsenal palestino. Las transformaciones que tuvieron lugar como resultado de la Intifada reforzaron paradójicamente este ímpetu, legitimando el no tan legítimo diálogo que estaba teniendo lugar en los Territorios Ocupados desde los primeros días de la ocupación y que servía, desde el punto de vista israelí, para mantener el control a través de la cooperación con —y si era posible a través de la cooptación de— las personalidades de la élite tradicional palestina. Cada vez más, como resultado de las presiones internacionales para llegar a un acomodo con «las legítimas aspiraciones nacionales palestinas», los participantes en el diálogo (ya no necesariamente personalidades de la élite tradicional) fueron convertidos en posibles «auténticos palestinos que podrían, en un futuro, ser aceptables como socios negociadores en un acuerdo satisfactorio para Israel».

Dos desarrollos dieron nacimiento al diálogo. En el terreno ideológico hubo una conversión a la creencia en la eficacia de la opinión pública israelí e internacional. Inicialmente, "las fuerzas democráticas" dentro de Israel fueron el objetivo como posible contraparte. Pero para influir en los sectores más amplios posibles de la opinión pública israelí era necesario llegar a una plataforma común con sus figuras públicas más representativas.

En el terreno práctico, el impacto psicológico de la guerra de 1973 y el relativo éxito alcanzado por los ejércitos árabes hizo nacer una sensación de euforia y las

mayores expectativas sobre la posibilidad de alcanzar un acuerdo. La OLP no fue inmune a este clima. La mayoría de los dirigentes de la OLP estaban decididos a que los palestinos tuvieran una voz en la próxima Conferencia de Ginebra. La adopción del Programa de Transición por el Consejo Nacional Palestino, en 1974, significó la humilde aceptación de la partición y de una solución con dos Estados. Se consideró un gesto necesario, que convertía a la OLP en un socio negociador aceptable. Al menos en algún sector de la OLP era claro que el tema ya no era el de retrasar el reconocimiento de Israel, sino por el contrario el de ganar legitimidad consiguiendo que Israel reconociera a la propia OLP. En este sentido, Said Hammami, representante de la OLP en Londres, asesinado por sicarios palestinos del régimen iraquí, insistía incansablemente en que «el diálogo es entre enemigos». La OLP anhelaba el reconocimiento de quien era su enemigo. Un enemigo a quien se hacía la guerra y con quien, eventualmente, se haría la paz.

El Consejo Nacional Palestino dio luz verde en 1977 al diálogo. En un principio se trataba esencialmente de buscar aliados entre las fuerzas antisionistas, o en palabras de Mahmoud Abbas (uno de los arquitectos del diálogo y su más activo defensor), «un terreno ideológico común». El diálogo con los antisionistas se amplió rápidamente para incluir a las “fuerzas democráticas” y a todos aquellos que reconocieran los derechos palestinos y a la OLP; Abbas consideraba irrelevantes los conceptos de derecha e izquierda en el contexto israelí **2**; el “campo por la paz” era lo importante. Desde su punto de vista, éste estaba compuesto por gente que es esencialmente no sionista (sin tener en cuenta el hecho de que los miembros del “campo por la paz” israelí insisten en definirse a sí mismos como sionistas) **3**.

La salida de Beirut en el verano de 1982 dio nuevos ímpetus a esta actividad. Los regímenes árabes se habían mantenido al margen, contemplando el asalto israelí contra el Líbano y el asedio de Beirut. Cuando finalmente se reunió la Cumbre Árabe en Fez en septiembre de 1982, sus resoluciones fueron un humilde intento de encontrar un terreno común con los términos impuestos por el Plan Reagan **3 bis**. La reunión de Argel del Consejo Nacional Palestino, en 1983, apoyó las propuestas de la Cumbre de Fez entendiendo que representaban la máxima posición árabe posible en una aproximación colectiva a los EE UU. Como señaló un agudo observador, «la OLP no puede pedir más de lo que un consenso árabe esté dispuesto a apoyar” **4**.

De esta manera, las decisiones de la Cumbre de Fez fueron incorporadas a la propia plataforma política de la OLP. Lo que hasta entonces habían sido vagas sugerencias en el Programa de Transición de 1974, aparecía ahora con toda claridad: la aceptación de la existencia de Israel. En otras palabras, una solución “dos Estados”, o como Salah Khalaf puso de manifiesto en su discurso en la reunión del Consejo Nacional Palestino de Amman, de 1984, la OLP estaba dispuesta y preparada para aceptar

2/ M. Abbas (Abu Mazen) Hadihi al Ittisslat-Lamidha?. *Dar Falastin*, Jerusalén, mayo de 1990, pag. 13.

3/ Entrevista con M. Abbas, *Shououn Falastiniya*, noviembre-diciembre 1987: 167-170.

3 bis/Nota de la Redacción: El 1 de septiembre de 1982, mientras el último contingente palestino abandonaba derrotado Beirut, Ronald Reagan dio a conocer un plan de paz que preveía «un autogobierno de los palestinos de Cisjordania y Gaza, en asociación con Jordania», tras la retirada israelí de los Territorios Ocupados. A la vez llamaba a los palestinos a reconocer a Israel y su «derecho a un porvenir seguro».

4/ M. Ibrahim, «Afak al Amal al Watani», *Dar Beirut al Masa*, 1984, pag.140.

ahora la fórmula de «paz por territorios» /5.

La pérdida del Líbano como un santuario relativamente seguro e independiente, exigía, según se decía, un “nuevo pensamiento”. Resulta curioso que los principales diplomáticos palestinos, habiendo hecho el largo camino que va desde la creación de Al Fatah a comienzos de los años 60 hasta la derrota y expulsión de 1982, hubieran llegado a adoptar la fórmula mediocre de «la política es el arte de lo posible» /6.

La búsqueda del diálogo se basaba además en una lectura bastante curiosa de la escena política israelí y de su sociedad, a la que se calificaba de «heterogénea, en crisis, dividida y al borde del colapso» /7.

El diálogo post-Intifada

A pesar de que las reuniones entre Moshe Amirav y el grupo de palestinos identificados con la OLP tuvo lugar varios meses antes del estallido de la Intifada /8, constituyen un hito porque rompieron el tabú y abrieron una nueva era en la que se reconocía plena legitimidad a los participantes palestinos después de la declaración de Argel. En la práctica, ninguna de las fracciones de la OLP se opuso ya al diálogo y se entró en la “edad de oro” de las reuniones palestino-israelíes, tanto en los Territorios Ocupados como en el exterior, en las que tomaron parte representantes de todos los principales grupos políticos identificados por la OLP.

El diálogo en los Territorios Ocupados fue paralelo al que tuvo lugar en el exterior entre la OLP con grupos israelíes y judío-americanos. La reunión de Arafat con cinco personalidades judío-americanas, en Estocolmo en 1988, fue un símbolo de la opción que había tomado la OLP y de la estrategia adoptada para ganar el reconocimiento americano. La premisa sobre la que se basaba la nueva estrategia de la OLP, con las noticias de la Intifada en las primeras páginas, era la necesidad de ganar el favor de la opinión pública internacional. Paralelamente, se sustituyó una política de principios por las relaciones públicas. Los medios de comunicación se convirtieron, a la vez, en campo de batalla y en jueces del éxito, y se consideró imprescindible jugar de cara a la galería occidental, y en especial a la americana. Para transformar la imagen, durante tanto tiempo cultivada y propagada por los medios de comunicación occidentales, de los palestinos como unos terroristas cuyo objetivo sólo podía ser el aniquilamiento de Israel, ahora se hizo del todo necesario anunciar la “nueva moderación” (un término fabricado por la prensa occidental para describir las personas y políticas aceptables para los americanos) y enfatizar que las condiciones planteadas por los EE UU

5/ K. al-Hassan, «Al Ittifak al Urduni al Falastini li al Taharuk al mushtarak», *Abu Arafé Publishers*, Jerusalén 1985, pag. 104.

6/ M. Abbas, op.cit. pag. 11 y K. al-Hassan op.cit., pag. 147.

7/ K. al-Hassam, o.c., pag. 150.

8/ Hablando con precisión las reuniones con Amirav eran auténticas negociaciones, con los participantes palestinos actuando como enlaces de la dirección de la OLP. El mismo Amirav pudo ser manipulado por dirigentes más importantes del Likud, cuyo objetivo era, sobre todo, táctico: minar el lobby de Simon Peres a favor de una Conferencia Internacional, y convencer a la Administración norteamericana de que no estaban en contra de un diálogo con “auténticos palestinos”, y que el Likud era el único capaz de llevarlo a cabo. Para un punto de vista palestino ver. «Al Tahawor al Israeli ma al Falastiniyin», *Shououn Falastiniya*, 193, 1989, pag. 154-55.

para ser admitidos en el club de la respetabilidad ya habían sido cumplidas.

Pero había también otro presupuesto detrás de la batalla de la OLP para conquistar a los medios de comunicación: la creencia en que el apoyo a Israel es el resultado de una hábil manipulación y control de la prensa por parte de Israel y sus simpatizantes. Además de tratarse de una visión mecanicista, no tenía en cuenta la herencia moral del holocausto que hace tan vulnerable a la opinión pública occidental a las reivindicaciones israelíes, e ignoraba totalmente la comunidad de intereses y el papel estratégico que cumplía Israel en la estrategia de los EE UU, tanto regional como globalmente, en el contexto de la Guerra Fría, un papel que había crecido bajo la Administración Reagan como resultado de la caída del Shah en Irán.

Dos percepciones opuestas

Mientras que el objetivo y los motivos de los participantes palestinos e israelíes en el diálogo algunas veces convergían, las áreas de divergencia eran mucho más significativas que lo que podían parecer a primera vista.

Desde el lado palestino, el diálogo es muchas cosas a la vez: un acto diplomático y un vehículo para transmitir información; una forma de conocer al enemigo y de dividirlo internamente al mismo tiempo /9. Uno de los principales participantes en el diálogo describe las reuniones como un proceso de «explicar las posiciones de la OLP y contestar a las preguntas y miedos que suscitan» /10.

En el lado israelí, el abanico de motivaciones es muy amplio, desde lo más práctico a lo más abstracto /11. Lo que importa subrayar en este contexto es que los israelíes implicados en el diálogo lo hacen a partir de un consenso que mantiene la primacía de las necesidades de seguridad de Israel y la creencia en el derecho del pueblo judío a la totalidad de Palestina. Si se dejan de lado episodios tales como la reuniones Amirav-Huseini, que se realizaron sobre todo en función de la política interna israelí /12, y los contactos con funcionarios israelíes como el habido entre Y. Beilin y ocho significativos simpatizantes de la OLP /13, los participantes israelíes en el diálogo buscan influenciar las posiciones palestinas y empujarlas hacia una mayor “moderación”. Todo ello parece basarse en la creencia en que «el único camino para conseguir satisfacer las aspiraciones de ambas naciones pasa por el corazón y la mente de cada uno de sus enemigos» /14.

9/ M. Abbas, o.c. pag.4-8.

10/ Entrevista con Faisal Huseini, *Al Shark Al Awsat*, Londres, 18 de febrero de 1989.

11/ E. Kaufman, «Israeli Palestinian Dialogue: Prospects for Grass Roots Contacts», *Journal of Palestine Studies*, núm. 66, 1988.

12/ *Le Monde*, 25 de septiembre de 1987.

13/ Faisal Huseini, uno de los ocho simpatizantes de la OLP, la resumió de esta manera tan curiosa: «Lo más interesante de la reunión fue que esta gente parecía escuchar por primera vez nuestras posiciones... Parecían sorprendidos de lo que decíamos, que era justamente lo contrario de lo que les habían dichos sus dirigentes». Entrevista con F. Huseini, *Journal of Palestine Studies*, núm. 72, 1989, pag. 13. Si Huseini cree lo que dice, es una tragedia. Si por el contrario, la sorpresa israelí era auténtica, uno se pregunta cuál fue la posición palestina que se expuso en esta reunión

14/ M. Bar On :«Israeli Reactions to The Palestinian Uprising» *Journal of Palestine Studies*, núm. 68, 1968, pag. 62.

M. Bar On, uno de los participantes en el diálogo, atribuye la intransigencia israelí a la sensación de miedo e inseguridad. Sería deber de los palestinos conjurar este miedo. Deben ganar la confianza de los israelíes por que «Arafat es para la mayoría de los israelíes deshonesto y sus propuestas de paz un riesgo a correr demasiado grande; los israelíes pueden preferir seguir siendo los malos, pero seguir vivos» /15.

Les espera a los palestinos una tarea prometeica. Hombres, mujeres y niños, en los Territorios Ocupados y en el exilio, abatidos en detención administrativa o juzgados y sentenciados; encarcelados en Israel, o escondiéndose en las chabolas de Gaza; viviendo en los campos devastados del Líbano o en las villas de lujo de Amman y del Golfo, son convocados a extender sus manos y abrir sus corazones, para convencer así a sus opresores y expoliadores de sus pacíficas intenciones. En esta situación colonial sin parangón, una nación, parte de la cual ha sido arrojada al exilio, mientras que el resto ha sido convertida en cortadores de leña y portadores de agua al servicio de sus colonizadores, es llamada a convencer a sus enemigos, mientras sufren diariamente las brutalidades del Ejército israelí, de que no representan ninguna amenaza para ellos y de que no albergan ningún rencor /16.

Quizás la incapacidad de los israelíes para el diálogo reside en su escasa habilidad para reconocer los fundamentos ideológicos de la cultura política israelí, una cultura que no están dispuestos a cuestionar y, por lo tanto, a ayudar a transformar, haciendo posible para Israel el reconocimiento de la legitimidad de las aspiraciones nacionales palestinas, en vez de dar vueltas una y otra vez a los mismos argumentos sobre la importancia de preservar la naturaleza exclusivamente judía de su Estado, su carácter democrático y de hacer frente al peligro demográfico. Y. Tsaban, un dirigente del Mapam y ferviente defensor del dialogo, (hasta el punto de haber visitado a Faisal Huseini en la cárcel) opinaba en una entrevista, en 1985, que si Arafat hiciera «una declaración clara de que está dispuesto en principio a aceptar el derecho de Israel a existir... habría, de la noche a la mañana, un cambio radical en Israel» /17. Más de dos años después, el Gobierno israelí no está dispuesto a considerar nada que no sea una versión aguada del esquema de autonomía sugerido en Camp David. Pero siguen haciéndose persistentes presiones desde el “campo por la paz” israelí para que se hagan nuevas concesiones que muestren la buena voluntad de los palestinos y que sirvan como medidas de confianza para nuevos avances. Nada resulta demasiado extraño. Para calmar los miedos israelíes sobre el componente militar de un posible Estado palestino, un importante simpatizante de la OLP de Gaza aseguró a una audiencia conjunta palestino-israelí, en una reunión en Bruselas, que los palestinos estarían dispuestos a aceptar la desmilitarización de su Estado e, incluso, «una policía cuyos miembros vayan descalzos y sólo lleven palos» /18.

Para poder determinar los medios para resolver el conflicto árabe-sionista/palestino-israelí, es ante todo necesario clarificar su naturaleza. Si es el resultado del mutuo

15/ M. Bar On. o.c. pag. 63.

16/ Esto me recuerda a otra frase memorable, esta vez de Golda Meir que opinaba que su menosprecio de los árabes se basaba en el hecho de que “obligaban” a jóvenes israelíes a matarles. Un texto académico reciente de un profesor americano, describe la Intifada como «una forma posmodernista de terrorismo mediante la cual los palestinos aterrozan a los israelíes haciéndose matar a tiros».

17/ Entrevista con Y. Tsaban, *Journal of Palestine Studies*, núm. 62, 1985, pag. 100.

18/ *Ha'aretz*, 20 de marzo de 1988. La declaración se atribuye a Faiz Abu Rahame, dirigente de la OLP en Gaza.

desconocimiento y desconfianza, el diálogo y un paulatino restablecimiento de la confianza son necesarios para superar esta situación.

Una ecuación falsa

Si por el contrario de lo que se trata es de una situación colonial, entonces por mucho que se sermonee y que se hagan declaraciones de amor, poco servirán para desalojar a un poder como el israelí de su posición de control y dominación. Las ocupaciones persisten en tanto siguen siendo empresas rentables. Ha habido muy pocos casos, si ha habido alguno, en que un pueblo colonizado y oprimido haya sido capaz de derrotar militarmente a la potencia colonizadora. Lo que es posible es elevar continuamente el precio de la ocupación hasta que ya no sea rentable mantenerla. La Intifada es el intento de los palestinos de hacer que Israel pague un precio inaceptable por su continua ocupación. En otras palabras, se trata de una guerra de posiciones en la que el coste de suprimir la Intifada se convierte en el factor determinante de la voluntad israelí de mantener su control indefinidamente. Desde esta perspectiva, no es la Intifada por sí misma el catalizador del cambio en Israel y tampoco lo son los discursos elocuentes, o no tan elocuentes, de los implicados en el diálogo.

La batalla informativa cumple un papel en la confrontación diaria con la ocupación, y los israelíes que reconocen los derechos palestinos tienen un papel que jugar, sobre todo en el seno de su propia sociedad, para transformarla desde dentro. Los palestinos han enunciado claramente su opción: autodeterminación y Estado independiente junto a Israel. No les va a ser concedido en bandeja de plata y por muchas declaraciones de buena voluntad y de amor permanente que se hagan, nada podrá sustituir a la necesidad de hacer comprender y sentir a los israelíes que están envueltos en una empresa ruinosa y que cuanto más tiempo persistan, más les costará. Cuando tanto palestinos como israelíes se convenzan de ello, podrá comenzar un auténtico diálogo.

DIRASAT FALASTINIYA/ Diciembre de 1992/ Beirut

Traducción: G. Buster (a partir del texto publicado en *News from within*, volumen IX, nº7, 2 de julio de 1993, Jerusalén).

Los nuevos hábitos de los Hermanos Musulmanes

Dalal Bizri

Este estudio intenta responder a las preguntas que se hacen numerosos investigadores sobre la evolución de las posiciones de los integristas musulmanes ante la causa palestina. En efecto, desde la emergencia de esta causa en 1935 y hasta el comienzo de los años cincuenta, la corriente integrista la hizo suya tanto en la propaganda como en la actividad. Entonces, ¿por qué cayó después al último lugar de las preocupacio-

nes de los integristas, durante más de dos decenios? ¿Por qué la han vuelto a situar después otra vez en el primer plano, dedicándole discursos incendiarios y una intensa actividad?

La matriz original

Hablar de la corriente integrista en el pasado remite a hablar de los Hermanos Musulmanes: esta organización cuya fundación en Egipto se remonta a 1927, es la matriz a partir de la que se constituyeron en aquella época las formaciones integristas del Oriente árabe. Éstas afirmaban su identidad bien ligándose a los Hermanos Musulmanes, bien separándose de ellos, bien aliándose a ellos.

El fundador de la organización, el egipcio Hassan El Banna, dio bastante pronto todo su valor a la cuestión palestina. En sus cartas a los miembros de su movimiento, así como en sus artículos de prensa, le concedía una gran importancia, tanto en la estrategia como en la doctrina. Esta cuestión se convirtió así en el mejor medio para la expansión de los Hermanos Musulmanes más allá de las fronteras egipcias.

Ya en 1935, la dirección del movimiento envió a dos de sus miembros en misión oficial a Palestina, a Siria y al Líbano. Fue entonces cuando se inició una cooperación entre El Hajj Amine Al-Husseini ¹ y los Hermanos Musulmanes que duró hasta la fundación del Estado de Israel en 1948, cuando los Hermanos fueron obligados a replegarse a Egipto, donde su organización fue disuelta y donde sufrieron su primera prueba con el asesinato de su dirigente, Hassan El Banna en 1949.

El período 1935-1949 se caracterizó por la puesta en pie de numerosos comités de apoyo a la causa palestina y de grupos de voluntarios para la lucha armada en Palestina, así como por la integración de los Hermanos Musulmanes del Oriente árabe, a partir de esta lucha, bajo la dirección organizativa y doctrinal de la rama egipcia.

Entre 1949 y 1954, las actividades de los Hermanos Musulmanes sobre Palestina fueron dispersas, hasta las operaciones armadas que llevaron a cabo en 1953 para oponerse al proyecto de implantación de los refugiados palestinos en el desierto egipcio del Sinaí. A continuación, dejaron de lado la causa palestina hasta el punto de ocuparse prioritariamente de cuestiones muy alejadas de su realidad nacional. Así, por extraño que parezca, los Hermanos Musulmanes palestinos han participado, hasta estos últimos años, en la guerra del Afganistán, al lado de los mujaidines, y han dado apoyo ideológico y material a su causa.

Hay otras razones que incitan al escepticismo en cuanto al interés otorgado actualmente por la corriente integrista palestina a la causa nacional y a la lucha contra Israel. La más importante es que el Gobierno israelí ha cerrado los ojos sobre la actividad creciente de los Hermanos a mediados de los años 80, creyendo que éstos debilitarían las filas palestinas haciendo competencia a la OLP.

Aunque es útil recordar estos hechos que ponen en duda la "sinceridad" de los integristas en su combate contra Israel, para subrayar la complejidad de la política en el Oriente árabe, sin embargo no pesan mucho frente a dos aspectos esenciales de la situación presente.

¹ Mufti de Jerusalén durante el período del mandato británico, defendió los intereses de los grandes propietarios palestinos.

Por una parte, para cuestionar los objetivos declarados de un movimiento político no basta con un proceso de intenciones; hay que basarse en lo principal, la dinámica que este movimiento, por medio de su programa, impulsa entre sus simpatizantes y el efecto de esta dinámica sobre el movimiento mismo, que debe conformarse a ella so pena de perder su legitimidad y el control de lo que ha impulsado, independientemente de su "sinceridad".

Por otra parte, la fuerza actual de la corriente integrista en los Territorios Ocupados y la extensión de sus actividades contra la ocupación están demostrados por los hechos: desde la participación de los integristas en la Intifada y la campaña de arrestos de que han sido víctimas, incluyendo a los Hermanos, hasta la prohibición de su movimiento por Israel. Por primera vez en los Territorios Ocupados, hay dos fuerzas en la dirección de la Intifada en sus diferentes aspectos: «el movimiento nacional y el movimiento islamista: cada uno puede unir los actos a las palabras (...) y recibe, en contrapartida, el reconocimiento del pueblo» **12**.

Vuelvo entonces a la pregunta planteada al comienzo de este artículo: ¿por qué los Hermanos Musulmanes de Palestina han realizado el giro descrito anteriormente?

Dos tipos de respuestas merecen atención: la primera se refiere a la experiencia nasseriana, y la segunda a las especificidades de la Intifada.

Los Hermanos y Nasser

Dos elementos de las relaciones entre los Hermanos Musulmanes y la experiencia nasseriana nos importan aquí: la lucha sangrienta entre los Hermanos y el régimen de Nasser; la hegemonía cultural e ideológica (en el sentido gramsciano del término) de Nasser y las secuelas este enfrentamiento y esta hegemonía sobre la acción y la reflexión de los Hermanos.

Después de 1952, fecha del derrocamiento de la monarquía por los "oficiales libres" en Egipto, una lucha por el poder opuso a los Hermanos Musulmanes al régimen durante dos años: pacífica al comienzo, acabó con la primera ola de represión que condujo a la mayor parte de los miembros del movimiento a la cárcel. Los Hermanos Musulmanes palestinos no estaban al abrigo de esta lucha, pues cada ola de represión de la organización-madre conllevaba automáticamente una caza de Hermanos musulmanes en Gaza **13**. Con la victoria de Nasser, los Hermanos perdieron toda existencia organizada: ni secciones, ni locales, ni giras de propaganda, ni viajes de jóvenes, etc.

Entre la primera ola de represión en 1954 y la segunda en 1965, se desarrolló una visión negativa de Nasser entre los Hermanos, que alcanzó su apogeo en Seyyid Qotb: éste se identificó con el proyecto integrista hasta el punto de no ver en Nasser más que el portador de un proyecto en competencia con el del Islam. Además, Qotb proclamó el carácter impío de la sociedad de la Jahiliyya (en el origen, nombre dado a la sociedad árabe pre-islámica) que definió como «toda sociedad que no está dedica-

12/ Zyad Abou Amrou, *Le mouvement islamique en Cisjordanie et à Gaza*, Beirut, 1989.

13/ En 1948, Gaza pasó a la administración egipcia, mientras que la administración de Cisjordania quedaba en manos de Jordania, que no tardó en anexionársela.

da a la (...) adoración de Dios (...) es decir todas las sociedades del mundo de hoy» /4. Por supuesto, siempre que Qotb evocaba la Jahiliyya, apuntaba a Nasser y a su régimen, resumiendo su doctrina mediante una fórmula impactante: «Islam o Jahiliyya».

Los Hermanos adoptarán esta fórmula que mantendrán bajo formas diferenciadas y con aspectos confusos. Pero lo importante es que esta orientación acompañaba el ascenso del nasserismo, cuyo caballo de batalla era la causa palestina y la cuestión nacional árabe, en un combate contra Occidente, su apoyo a Israel y su oposición a la aspiración árabe a la liberación. El ascenso del nasserismo en su lucha contra Occidente fue acompañado pues, por la represión contra los Hermanos y se tradujo en el predominio ideológico y cultural nasserista sobre todas las demás corrientes del campo antioccidental: los comunistas, los *baasistas* y los nacionalistas árabes.

Así, los Hermanos Musulmanes debían inevitablemente ser apadrinados por los regímenes árabes más opuestos a Nasser: Jordania y Arabia Saudí. Los Hermanos de Cisjordania, ligados organizativamente a los de Jordania desde 1948, mantenían excelentes relaciones con el rey Abdallah, que les consideraba un «movimiento religioso atractivo para la juventud» que contribuía a «frenar la propagación del comunismo» /5.

La nueva legitimidad y la lucha contra Israel

El resurgimiento del integrismo contemporáneo data de comienzos de los años 70, es decir desde que el fracaso del proyecto nasserista para dirigir el despertar árabe se hizo patente. Entonces la corriente integrista enarbolará la mayor parte de las cuestiones pendientes, aunque a su manera.

Sólo la rama palestina faltó a la cita: Hamas, el movimiento de la resistencia islámica, encarnación del combate de los Hermanos contra Israel, no se fundó hasta 1987, y esperó al mes de agosto de 1988 para difundir su manifiesto. ¿Cómo explicar este retraso?

Una parte de la respuesta tiene que ver con el “complejo nasseriano” y sus consecuencias, en nombre de las cuales los Hermanos no habían participado en la lucha. Otra parte se refiere a las condiciones del surgimiento de la Intifada, que determinó esta reorientación.

La OLP, es decir el poder popular alternativo de los palestinos, acumuló todo tipo de fracasos a comienzos de los años 80. Esto la llevó a alejarse progresivamente de los objetivos políticos y militares que presidieron su creación. A mediados de esta década, la OLP operó un giro hacia una “solución política”.

Este repliegue coincidió con el crecimiento de las actividades de la “resistencia creyente” libanesa, sobre todo al comienzo del año 1983. Tomaron como objetivos las fuerzas de ocupación israelíes, así como los puestos de las fuerzas multinacionales, y se caracterizaron por un carácter suicida y ofensivo, que tuvo gran impacto. Las operaciones de la “resistencia creyente” dieron un fuerte impulso a la corriente

4/ Seyyid Qotb, *Signes de piste*, 1967.

5/ Iyad Bergouti, «Les armes et la politique dans les territoires palestiniens occupés». *Centre Zahara d'études et de recherches*, Jerusalén, 1990.

integrista palestina del interior y empujaron incluso a la fundación de organizaciones palestinas imitando a una de las principales facciones libanesas, el Hezbollah.

El fracaso del nacionalismo palestino y el ascenso del integrismo libanés ponía en evidencia el vacío local que la corriente integrista palestina iba a llenar a una velocidad sorprendente, como si, durante todos estos años, se hubiera preparado organizativa e ideológicamente para erigirse en alternativa a la corriente nacionalista laica.

La exclamación del jeque Ahmed Yassin, jefe espiritual de Hamas, expresa bien esta situación: «Cuando todas las puertas se cierran, las puertas de Dios se abren». Esto es también lo que afirma un folleto de los Hermanos distribuido en Cisjordania y en Gaza, y titulado *La verdad ausente*: «Las corrientes que han demostrado su fracaso durante veinte años en el escenario palestino no pueden ya pretender el monopolio de la acción palestina»¹⁶. Es la conclusión de todas las publicaciones de los integristas aparecidas en los Territorios Ocupados: todas afirman que una vez evidenciado el fracaso de las ideologías nacionalistas, liberales y socialistas, se impone la vuelta al Islam.

La corriente integrista no podía pretender forjar una nueva dirección alternativa sin la convulsión producida por el establecimiento de su hegemonía sobre las cenizas del nasserismo y de su movimiento. En el caso palestino, los signos de la nueva hegemonía no están limitados a las actividades institucionales de carácter islámico: servicios sociales, bibliotecas, ventas de libros, universidades, construcción de mezquitas, colectas de limosnas, etc. Además, se alimentan de una serie de disposiciones ideológicas: el renacimiento de la identidad religiosa se añadía a la identidad nacional palestina; la referencia a la religión ocupaba un lugar mayor que antes.

El matrimonio de las dos identidades, nacional y religiosa, ha conferido a la Intifada un carácter particular. En cuanto a la referencia religiosa, un sondeo de comienzo de los años setenta, indicá que el 55% de los palestinos de los Territorios Ocupados considera que la religión debe formar parte de la vida social, el 76% de ellos afirman que el Islam es su marco de referencia y un 26,5% deseaba un régimen basado en la ley islámica, la Charia.

El significado de la Intifada

Antes de analizar la Intifada como catalizador del resurgimiento de los integristas, quiero hacer dos puntualizaciones que me parecen oportunas. La primera, es que contrariamente a lo que se ha podido pretender posteriormente, la Intifada comenzó por vías y expresiones puramente internas. Ni la OLP, ni los regímenes árabes o islámicos candidatos al apoyo a los palestinos tuvieron la iniciativa de la Intifada: ésta surgió de lo más profundo del pueblo palestino, a veces con una espontaneidad alucinante reflejada en la extrema audacia de los primeros manifestantes.

Esto nos lleva a la segunda característica de la Intifada: ha hecho estallar una desesperación política y social mucho tiempo diferida por los palestinos de los Territorios Ocupados. La parte política de esta desesperación está ligada a los fracasos de la OLP, que representa la “dirección del exterior”. Cansados de contar con ella, los

¹⁶ *Le mouvement islamique en Cisjordanie et à Gaza*, op.cit.

palestinos del interior tomaron La iniciativa entre sus propias manos. En cuanto a la parte social de la desesperación, encuentra su expresión en las capas sociales que han dibujado el primer rostro de la Intifada: los desheredados de los campos de refugiados, los de Gaza sobre todo, y en particular el campo de Jebaliya/7. Su primer grito, como el de todos los que les siguieron fue: «¿Por qué no nos dejais actuar? ¡Preferimos la muerte!».

Puede parecer paradójico que la espontaneidad y la desesperación que desencadenaron las primeras chispas de la Intifada le hayan imprimido su carácter nacional palestino y hayan hecho inevitable la «palestinización» de los Hermanos Musulmanes. Paradójico, ya que los Hermanos son un movimiento cuyo discurso engloba a la totalidad de la Umma /8 y porque la Intifada aparece desde el exterior como nacionalista. Sin embargo, la realidad es otra muy diferente: el «palestino-centrismo» se ha convertido progresivamente en el marco que domina todos los planteamientos políticos. Todas las corrientes, incluso las integristas con discurso universalista, se han conformado a él, en su acercamiento a los problemas y en su concepción de la acción, sin lo cual no habrían podido encuadrar al movimiento.

Así, en lo que se refiere a la Intifada y todo lo que se relaciona con ella, Hamas afirma en su Carta fundamental que se opone a todas las iniciativas y soluciones pacíficas que tienen por objetivo resolver la cuestión palestina, así como a las conferencias internacionales, que son incapaces de responder a las reivindicaciones ni restituir los derechos expoliados. El movimiento integrista plantea condiciones para una colaboración positiva con la OLP: el rechazo de las resoluciones 181, 242, y 338 del Consejo de Seguridad de la ONU, y la reafirmación de la opción militar, así como la exigencia de que Hamas obtenga del 40 al 50% de los escaños en el seno del Consejo Nacional Palestino. Cito estas posiciones para comparar con otras, propias de los Hermanos egipcios que han constituido precedentemente la dirección ideológica, política y casi organizativa del conjunto de los Hermanos árabes y musulmanes. Hoy, los Hermanos egipcios tienen posiciones públicas sobre la cuestión palestina divergentes de las de sus homónimos palestinos. Tienen una actitud positiva frente a las soluciones pacíficas y hacia los EE UU y su papel en la región. Apoyan la creación de un Estado palestino en cualquier pedazo de territorio. Con la OLP y Arafat, contra los que Hamas lleva una lucha parecida a una lucha por el poder, los Hermanos egipcios mantienen buenas relaciones: reconocen a la OLP como dirección de la lucha palestina y han organizado en su favor una campaña de solidaridad material durante el invierno de 1988.

¿Resolverá el «palestino-centrismo» la cuestión de la alternancia en la hegemonía (y quizá en el poder) entre nacionalismo e integrista, o la exacerbará y marcará las corrientes integristas con los límites de sus conflictos y de sus perspectivas, con lo que volveremos de nuevo a la dimensión nacionalista, pero bajo otras formas?

Y en fin, en ausencia de un polo islámico único y con la presencia de centros ligados a regímenes de orientaciones diferentes, ¿los movimientos integristas tendrán necesidad de forjar alianzas que modificarán su carácter político-islámico o retrocederán y abandonarán su nueva combatividad?

Beirut. Enero de 1993.

7/ En este campo nació la Intifada el 8 de diciembre de 1987.

8/ Es la entidad supranacional, supraestatal y supraétnica que quieren construir los integristas. Reunirá a todos los musulmanes.

No lloraremos por Maastricht

Ernest Mandel

El Sistema Monetario Europeo (SME) y el Tratado de Maastricht se han estrellado contra las rocas de las realidades económicas y sociales: éste es el sentido de la borrasca monetaria del pasado mes de julio y de sus consecuencias.

Estas realidades son, ante todo, las siguientes:

—El extraordinario desequilibrio entre, por una parte, la amplitud de los capitales-dinero flotantes y, por otra parte, las reservas de cambio de los bancos centrales europeos. Cada día laborable las transacciones, solamente en los mercados de cambio, se elevan a 900.000 millones de dólares, lo que equivale al volumen anual del comercio mundial y a tres veces las reservas de cambio de las siete principales potencias industriales y de los miembros menores de la Comunidad Europea (CE). Además, los capitales en los mercados a plazo suman 10.000 millones de dólares.

Cuando hay especulación a la baja contra una moneda, los bancos centrales sólo pueden defender su cotización comprándola en el mercado, utilizando para ello sus reservas de divisas. Así, en unos pocos días, el Banco de Francia ha perdido el 90% de sus reservas intentando defender el franco. El Bundesbank ha empleado, con el mismo fin, una cantidad de marcos equivalente. Pero la causa estaba perdida.

—Ninguna autoridad política, incluso la más tiránica puede obligar a los propietarios de mercancías o de sumas de dinero importantes a aceptar “fichas de juego” a cambio de sus haberes. Las cotizaciones forzadas (o las fluctuaciones ligeramente limitadas) de monedas que se desvalorizan terminan por ceder. Esta es la causa objetiva de la especulación, porque todas las monedas europeas son actualmente, en grado diverso, “fichas de juego”.

La inflación ha sido reducida, pero no ha sido vencida: su nivel medio en la CE se mueve, en estos momentos, entre el 4 y el 5% anual y está aumentando. Esta situación equivale a un 50% acumulado cada siete años.

De ahí la tendencia de los capitalistas a buscar “valores-refugio”: bienes inmobiliarios, acciones, oro y otros metales preciosos. Las obligaciones deben ofrecer una prima de seguridad contra la desvalorización (una tasa de interés superior a la “normal”). Por esta razón, las tasas de interés son tan elevadas pese a la abundancia de capitales-dinero. Según el semanario *The Economist*, las tasas de interés reales (después de restar la tasa de inflación) serían del 2,6% en la RFA, 4,5% en los Países Bajos, 5,5% en Bélgica, 6,7% en el Estado español, 7,1% en Francia y 11,8% en Dinamarca, todas muy superiores a las medias históricas ¹, pese a que estas cifras están evaluadas a la baja.

—La depresión económica dura ya veinte años. El “ciclo industrial” normal se inserta en ella. Actualmente todos los países europeos están en recesión. Maastricht presu-

¹ *The Economist*, 31 de julio de 1993.

ponía una armonización progresiva de las condiciones económicas y financieras de los países miembros y el SME la puesta en común de una parte de las reservas de cambios, a expensas sobre todo de Alemania. Cuando los negocios marchan bien, estos penosos sacrificios son, pese a todo, soportables; todo el mundo espera que finalmente obtendrá algún beneficio. Pero cuando los negocios van mal, prevalecen el «santo egoísmo» y el «sálvese quien pueda»; las ganancias de unos representan casi con toda seguridad las pérdidas de otros; de ahí la dificultad de hacer aceptar reglas como las de Maastricht.

Contrariamente a las apariencias, lo que ha hundido el SME es el debilitamiento de la economía alemana y no su "fuerza" o la arrogancia de los banqueros alemanes. En seis meses, las exportaciones alemanas han disminuido el 10%. La producción industrial ha bajado un 6% en un año.

Cuadro 1
Porcentaje de la producción de los EE UU
respecto a la de otros países

	1970	1975	1980	1986	1987
Japón	495	317	254	214	188
Alemania	547	371	330	469	401
CE	158	113	93	131	104
Japón+CE	113	77	64	77	67

Cuadro 2
Curso de las cotizaciones en divisas locales,
incluyendo reinversiones de dividendos,
respecto al año 1987

Hong Kong	+379%
Francia	+164%
Holanda	+155%
Gran Bretaña	+159%
Dinamarca	+147%
Suecia	+157%
Australia	+138%
EE UU	+130%
Alemania	+106%
Bélgica	+91%

Fuente: *Sunday Times*, 15 de agosto de 1993.

Se podría responder que el Bundesbank, defendiendo la estabilidad del marco, perjudica a las exportaciones alemanas. Pero hay que considerar que está confrontado a una alternativa desgarradora, agravada por el enorme endeudamiento público producido por la precipitada unificación capitalista de Alemania: toda política de "relanzamiento" agrava la inflación y toda política de defensa de la estabilidad del marco agrava la recesión.

La tentativa infructuosa de relanzar la coyuntura por medio de una baja de las tasas de interés ha arrastrado una desvalorización en cadena, primero de la libra esterlina, luego de la lira, de la peseta, de la coronas sueca y, finalmente, del franco francés.

—Los otros países miembros de la CE se enfrentan al mismo dilema, agravado por una debilidad económica superior a la de la RFA. Por eso es indudable que la RFA sale del hundimiento de Maastricht menos debilitada que sus colegas/competidores. Pero, en cualquier caso, sale debilitada. Toda agravación de la inestabilidad financiera en el resto de Europa, toda agravación de la recesión, tendrá efectos negativos sobre la economía alemana.

Esta es la causa del esfuerzo casi desesperado por salvar algo a medio plazo, de poner en marcha algo mas modesto que Maastricht, pero que vaya en todo caso en la misma dirección.

—¿Ésta es la Europa a dos velocidades? Por el momento se parece mas bien a una Europa a tres velocidades: una zona del marco, una zona intermedia (Francia, Gran Bretaña, Italia); una zona de monedas mas débiles. Si Holanda, Bélgica, Luxemburgo (quizás, Dinamarca) se integran en la zona del marco, no lo hacen para obedecer a algún *diktat* alemán, sino porque corresponde a los intereses de sus burguesías. Basta observar cuál es el destino de sus exportaciones y cuál es su proporción dentro de la producción total para comprender la razón de ello.

Pero para las burguesías de estos países, y sin duda también para Austria que está llamando a la puerta de la CE, lo importante no es solamente la relación privilegiada con la RFA. Es la consolidación de la CE lo que constituye prácticamente una cuestión de vida o muerte para sus economías. Sus exportaciones hacia los países miembros de la CE no comprendidos en la zona del marco son casi tan importantes como sus exportaciones hacia los países de la zona del marco. Los Gobiernos de estos países van a ejercer una fuerte presión sobre Alemania para llegar a compromisos ante todo con Francia y Gran Bretaña. Bélgica, que accede a la presidencia del consejo de ministros de la CE, se esforzará en ello. El primer ministro, Dehaene, en una entrevista a la prensa belga ha anunciado cuál es su jugada /2.

—El deseo de un acuerdo de este tipo se fundamenta también en la opción política de escapar al riesgo de una hegemonía alemana en todos los terrenos, consecuencia del peso económico predominante de la RFA. El liderazgo franco-alemán que ha dirigido la CE hasta ahora es preferible para las burguesías europeas. El peso militar francés (y en menor grado el británico) neutraliza la posibilidad de una hegemonía militar alemana.

2/ *Quotidien de Bruxelles, Le Soir*, 18 de agosto de 1993.

—La maquinaria de la CE está averiada, pero no puede descartarse su reparación, ya que su éxito depende de intereses muy poderosos, en primer lugar los de las multinacionales europeas. Para comprender esto basta constatar que el comercio intercomunitario representaba en 1990 el 60% del comercio total de los doce y sólo el 48% en 1980.

Pero estas fuerzas “pro-europeas” no son las únicas presentes en los doce países miembros de la CE. Junto a ellas hay *trusts* orientados prioritariamente hacia el mercado interior de su propio país, las multinacionales extra-europeas, las pequeñas y medidas empresas amenazadas por los nuevos acuerdos. Hay también un sector público y semi-público “protegido” hasta ahora en los países miembros y también fuerzas políticas en el seno de la burguesía que son conscientes de la falta de legitimidad de las instituciones europeas entre la población.

Estas instituciones son instrumentos inadecuados para responder a crisis políticas y explosiones sociales. Esta falta de legitimidad se refuerza, sin duda, por la arrogancia tecnocrática y el déficit de sensibilidad política que exhibe la Comisión, que no sabido vender su mercancía, como han demostrado ampliamente los debates en torno a Maastricht.

Pero éste es sólo un aspecto menor del problema. Lo esencial es la total ausencia de conciencia europea en una amplia mayoría de las masas populares. Éstas no tiene conciencia de pertenecer a una nueva nación “europea” en vías de gestación. Aunque la influencia nacionalista en ellas es menor que en 1948, ninguna nueva identidad internacional ha sustituido a la vieja identidad nacional en declive. Por eso sigue siendo posible una recaída nacionalista a medio plazo. Pero una nueva identidad sólo podrá surgir poco a poco de necesidades y experiencias nuevas, de combates comunes por encima de las fronteras.

La “construcción europea” sólo puede avanzar arbitrando entre todas esas fuerzas diásporas. Es decir, con el mercadeo y el chantaje institucionalizado. Por consiguiente sólo se avanzará lentamente. Y todavía habrá frecuentes retrocesos.

—Hay otras realidades suplementarias fundamentales. Los problemas y crisis de la unificación capitalista europea se insertan en un contexto mundial. Ante todo, el de la guerra comercial triangular (EE UU, Japón, Europa) sin que nadie tenga la hegemonía que pudiera capacitarle para dictar su ley a los otros. Ésta es una clara consecuencia del declive dramático de la producción americana respecto a la de sus principales competidores (*ver cuadro 1*). Las multinacionales de origen europeo y otras fuerzas económicas y políticas ven en una CE consolidada el mejor medio de defender sus intereses frente a sus competidores americanos y japoneses. Si Washington y Tokio defienden muy bien los intereses de Boeing, IBM o Exxon..., París, Roma, La Haya, Madrid y Bruselas no tienen el peso suficiente para defender los de Fiat-Seat, Rhône-Poulenc, Philips o Solvay.

—Pese a todos los sermones en favor de la estabilidad monetaria, la tentación de usar de hecho una devaluación monetaria como un misil en la guerra comercial es muy real. Americanos y japoneses celebraron el debilitamiento de la CE provocado por el colapso del SME.

Pero la consiguiente subida del dólar y el yen perjudicó a las exportaciones de ambos países. En el mes de junio pasado, la balanza comercial norteamericana registró su mas alto déficit en los últimos cinco años. La agravación de la recesión en Europa, la miseria acentuada de los pueblos del Tercer Mundo tiene un efecto análogo. La *schadenfreude* (alegría por las desgracias ajenas) será de corta duración.

—La relativa estabilidad de las tasas de cambio en el curso de los años 80 estaba basada en la larga recuperación económica, después de la recesión de 1980-81. Ha privilegiado la especulación inmobiliaria y bursátil, pero éstas inevitablemente se han desbocado; no hay que olvidar el *crash* de octubre de 1987. Por esta razón, los capitales-dinero flotantes se han progresivamente desplazado hacia los mercados de cambio. Las decisiones monetarias del 31 de julio de 1993 aumentan, sin duda, los riesgos de los especuladores. Las amenazas de devaluaciones en cadena producen un efecto similar. Por consiguiente estos señores y señoras (pocas señoras) regresan a la Bolsa. En Nueva York, Londres, París, Frankfurt, los cursos de las cotizaciones superan ampliamente los máximos de 1987 (*ver cuadro 2*).

Estas cifras no tiene en cuenta los efectos de la inflación. Por consiguiente habría que reducirlas entre un 35 y un 50% para obtener la ganancia real en valor de las acciones. Pero dado que este crecimiento no corresponde en modo alguno a un crecimiento de la producción en las mismas proporciones, un nuevo octubre de 1987 despunta en el horizonte.

—Mitterrand y Balladur denuncian ahora un sombrío complot de los especuladores internacionales contra Francia, después de haber culpado a “los alemanes” como responsables del ataque contra el franco. Siguiendo las enseñanzas de Juan Pablo II o el ayatolá Jomeini podrían haber denunciado con el mismo grado de credibilidad al Diablo o al Gran Satán. Reconocer la fuente de la especulación en los mecanismos intrínsecos de la economía capitalista y los “valores” fundamentales de la sociedad burguesa, no está decididamente de moda en estos días. Pero los hechos son mas testarudos que los mitos.

¿Quiénes son esos famosos especuladores, mas allá de algunos personajes cuyas hazañas son difundidas por la prensa, como Georges Soros **3**? Habrá que dar un buen premio al que descubra su identidad...: incluso los que operan en Nueva York y Tokio son en parte europeos, e incluso franceses.

Cuando se trata de ganar mucho dinero deprisa y con pocos riesgos, el patriotismo y otros nobles sentimientos cuentan poco. Pero en nuestro sistema es más fácil verificar la identidad de los trabajadores(as) inmigrados(as) que la de los exportadores de capitales.

Hay que ser verdaderamente subversivo para plantear la siguiente pregunta: ¿cuántos banqueros franceses se encuentran entre los especuladores contra el franco?

Añadamos aún un detalle picante: según el corresponsal en Washington del *Sunday Times*, el director del Federal Reserve Board (el banco central de los EE UU) presta normalmente dinero a los bancos privados a una tasa de interés del 3,5% o 4% inferior a la que obtienen comprando obligaciones del Estado prácticamente sin riesgos **4**.

3 *Business Week*, 23 de agosto de 1993.

4 *Sunday Times*, 8 de agosto de 1993.

No hay que ser un genio para enriquecerse en estas condiciones. Así, los beneficios de los bancos americanos están en fuerte alza y por ello volvieron a especular en los mercados de cambio: el apetito de ganancias suplementarias es irresistible. Decididamente no hay beneficios pequeños. Nuestros genios han partido ya a la búsqueda de nuevas aventuras.

—No lloraremos por Maastricht. El Acta Única es un proyecto no democrático de regresión social, de agresión a las libertades democráticas, de represión reforzada contra los mas débiles, de acentuación de la “sociedad dual” que lleva a un crecimiento del racismo y del neofascismo y de agresiones contra los pueblos del Tercer Mundo.

Pero tampoco nos alegramos por las nuevas perspectivas, porque Maastricht no ha caído por la movilización de las masas populares. Su hundimiento es un producto de las contradicciones internas del sistema capitalista. La iniciativa sigue mas que nunca en manos de la burguesía. Los asalariados están mas que nunca expuestos a nuevos ataques y su situación económica y social sigue dominada por el paro.

En la RFA, Francia, Italia, el Estado español, el número de parados es superior ya en cifras absolutas, o incluso relativas, al de los años 30. Paro y miedo al paro dominan las reflexiones del movimiento obrero organizado y el estado de ánimo de los trabajadores.

En este clima, el canciller Kohl no ha dudado en proponer una prolongación de la semana de trabajo. Finge ignorar que si los salarios representan obviamente costes para cada empresa considerada separadamente, son también el principal poder de compra para las mercancías de una buena parte de las firmas que deben vender una montaña creciente de bienes y servicios. Sin ésta realización de la plusvalía, no puede haber relanzamiento de la acumulación de capital. Los robots no compran en los grandes almacenes.

Con una franqueza que roza el cinismo, expertos en inversiones internacionales (entre los que se encuentra un representante del Banco Indosuez) afirman que lo que necesita la RFA tras el fracaso de Maastricht es una reducción masiva de los gastos sociales /5.

El canciller Kohl obedece las órdenes. El 11 de agosto anunció una reducción de las prestaciones sociales, incluyendo los subsidios de desempleo, por primera vez en 45 años. Los Gobiernos italiano, español, portugués se meten alegremente por la brecha. En Portugal incluso se plantea restablecer el trabajo de los niños de 14 años. Solo el semanario alemán *Die Zeit* ha tocado las campanas y se pregunta qué pasará con la estabilidad occidental en semejante situación.

—Para hacer frente a esta ofensiva capitalista, el movimiento obrero debe deshacerse del mito de su pretendida culpabilidad respecto al paro. No son los “altos salarios” los responsables del paro, como muestran claramente las estadísticas. Son mas bien los países y regiones con salarios mas elevados los que tienen las tasas de paro mas bajas. La responsabilidad incumbe a quienes deciden las inversiones, su amplitud y su orientación. Las inversiones de racionalización suprimen empleos en lugar de crearlos.

5/ *International Herald Tribune*, 14/15 de agosto de 1993.

Pero sobre todo, los trabajadores deben deshacerse de cualquier idea de consenso sobre la defensa de la "competitividad nacional", que es el altar sobre el que se les invita a hacer el sacrificio de sus intereses. No se puede resistir a la amenaza de relocalización de los centros de producción si se acepta este pretendido imperativo. Las multinacionales encontrarán siempre un país en el que los salarios y las prestaciones sociales sean mas bajas, para imponer a los asalariados una espiral de regresión social indefinida.

Contra Maastricht y contra el posMaastricht el repliegue nacionalista es suicida. La

Los otros niños

Francisco Louça

El trabajo infantil acompaña la memoria del capitalismo como los cuentos de Charles Dickens. Pero es a finales de este siglo, en la época del capitalismo más moderno, cuando se vuelven a descubrir estos procedimientos de acumulación primitiva, como si el siglo XVIII conviviese tranquilamente con el siglo XXI: según los datos de la Oficina Internacional del Trabajo, en 1979 trabajaban 52 millones de niños, pero eran ya mas de 200 millones en 1988...en aquellos países en los que estos datos ofrecen alguna credibilidad, es decir, aquellos en los que el trabajo infantil es considerado normal y necesario ¹.

En la década de los 80, Portugal conoció un crecimiento considerable de dos fenómenos: el impago de salarios (en empresas que continuaban trabajando normalmente) y el trabajo infantil (incluso en sectores tan peligrosos y duros como la construcción). La particularidad de estos dos fenómenos es que se daban no sólo en empresas privadas (especialmente en pequeñas y medianas empresas exportadoras del norte del país), sino también en algunas empresas públicas. Y si los "salarios atrasados" disminuyeron gracias a la presión sindical y al periodo de intensa expansión económica vivida en el país en la segunda mitad de los 80, en contrapartida el trabajo infantil aumentó. Generalmente es un trabajo asociado al trabajo de los padres (cargadores y ayudantes en fábricas en las que el padre trabaja) o incluso un trabajo para los padres. En un caso revelado recientemente por la prensa, el empleador era un ayuntamiento.

Los sindicatos han organizado campañas contra el trabajo infantil, aunque en alguno casos su alcance se haya limitado por la utilización de la excusa de que se trataría, en regiones de bajos salarios, de una compensación necesaria para los ingresos familiares. En realidad, se trata de una forma violenta de acumulación y explotación.

Preocupado por las repercusiones negativas de este hecho en la opinión internacional, el Gobierno intentó limitar el fenómeno. Pero lo hizo mediante expedientes administrativos y por la ocultación de información, y no por la intervención directa y punitiva. Con la misma lógica, para impedir el crecimiento del paro, el Gobierno ha prohibido la publicación de las estadísticas oficiales sobre la cuestión...

Lisboa. Septiembre de 1993

¹ Téngase en cuenta que el hecho no era exclusivo de los países capitalistas: el diario de los sindicatos soviéticos *Trud* revelaba que en 1986 fueron hospitalizados 35.000 niños por accidentes de trabajo en la URSS.

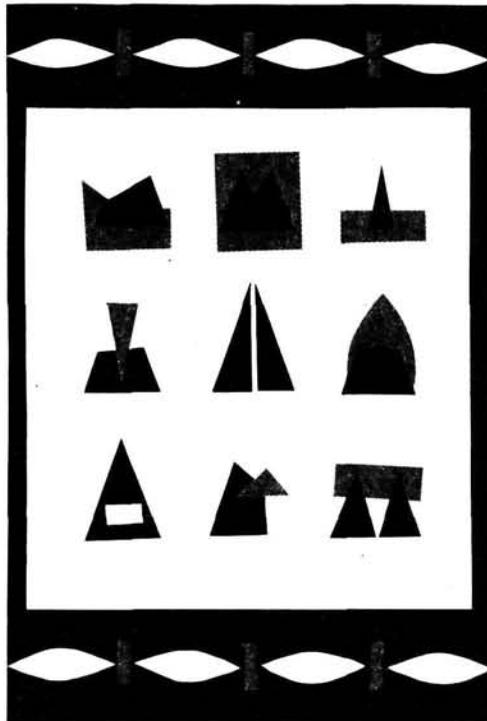
única respuesta eficaz es la unidad de acción de los trabajadores(as) y oprimidos(as) de todos los países, alternativa a una colaboración de clases con la burguesía, sea nacional, europea o mundial.

Construyamos relaciones duraderas entre las corrientes de izquierda sindical, empezando por las que trabajan dentro de la misma multinacional. Unamos nuestras fuerzas por una reducción radical de la semana de trabajo, sin reducción de salarios, único medio de combatir eficazmente contra el paro. No dudemos en desafiar a las instituciones europeas con reivindicaciones sociales y democráticas precisas, apoyadas por fuerzas reales del movimiento obrero organizado a escala europea. Pero la prioridad debe orientarse a la agitación y la acción directa contra el paro, por la defensa de los inmigrados, contra el racismo y el fascismo, por la consolidación de la solidaridad con los pueblos del Tercer Mundo.

Hay que intentar ganar algunas batallas parciales: sólo se cambiará el curso de los acontecimientos por medio de éxitos prácticos. El buen resultado de la Conferencia del 12 de junio de 1993 "Por una Europa alternativa" ⁶ –la Europa de la solidaridad sin fronteras, de la razón y el corazón– es un primer paso en esta vía. Otros deberán seguirle y le seguirán.

Bruselas, 18 de agosto de 1993

⁶/ Iniciativa internacional que reunió en París a una amplia representación de organizaciones de izquierda europea que habían coincidido en el rechazo a los acuerdos de Maastricht.



Debates del Foro de Sao Paulo en La Habana

Priscila Pacheco

Después de la realización del Tercer Encuentro del Foro de Sao Paulo, en julio de 1992 en Managua, surgieron preocupaciones y dudas sobre las posibilidades de que éste se mantuviera y desarrollara. El grado de divergencias que se habían acumulado, lo mismo que la cerrazón con la que se estaba actuando ponían en riesgo el futuro de esta instancia de confluencia latinoamericana. Sin embargo, este Cuarto Encuentro que se ha realizado en La Habana coincidiendo con el aniversario del 26 de Julio ha sido un éxito.

En cuanto a los participantes (114 organizaciones de América Latina y el Caribe y más de 30 de otras partes del mundo), es necesario destacar, en primer lugar, el importante esfuerzo de integración del Caribe, en particular el anglófono y francófono, así como el nivel de representatividad de las delegaciones, ya que, en esta ocasión, los partidos decidieron enviar a sus principales dirigentes. Entre ellos, se encontraban además varios de los candidatos presidenciales con posibilidades de éxito (Cuauhtémoc Cárdenas, de México, Navarro Wolf, de Colombia, Luis Ignacio "Lula" da Silva, de Brasil). Así, este Encuentro reflejó dos procesos fundamentales de evolución de la izquierda latinoamericana: su pluralidad y sus avances contradictorios.

El hecho de que el Foro se desarrollara en La Habana, en uno de los momentos más críticos para la revolución, fue de gran trascendencia. La cantidad y calidad de los participantes fue una evidencia de que la izquierda de América Latina y el Caribe comprendió que lo que se está jugando en Cuba le atañe directamente, y que era necesario estar ahí hoy. Pronunciarse categóricamente en contra del bloqueo imperialista, como una forma también de defender el futuro de todos nuestros pueblos. Pero no sólo eso; también era importante plantear frente a la dirección del PC cubano algunos aspectos fundamentales del tipo de sociedad por la que luchamos y el peso que se da a los problemas democráticos.

Período especial

Por todo esto pensamos que este Encuentro estuvo marcado por el "período especial", no sólo por el que atraviesan y resisten los cubanos, sino por el que vive toda la izquierda latinoamericana. Período especial porque lo viejo no acaba de morir y el nuevo pensamiento todavía tiene muchas trabas. Período especial porque sigue manteniéndose una especie de orfandad estratégica (la época de las organizaciones político-militares parece que ha pasado a mejor vida y, en cambio, una fiebre democrática institucionalista tiende a aparecer en la palestra; sin embargo, no existe claridad sobre el día después del triunfo electoral). Período especial marcado por la indispensable elaboración y consecución de un proyecto alternativo a la globalización capitalista en medio de una muy mala correlación de fuerzas. Período especial de reflexión

sobre lo que ha sido la experiencia de construcción del socialismo cubano, etc.

Los puntos que fueron discutidos reflejan claramente el tipo de inquietudes que cruzan el pensamiento y la práctica de nuestras organizaciones: el análisis de la situación política y económica de la región (que fue presentado por Marco Aurelio García, del PT de Brasil; Eduardo Pozo, del MAS de Venezuela; Shafick Handal, en nombre del FMLN de El Salvador y José Balaguer, del PC cubano) constituyó el primer punto. Posteriormente se instalaron dos mesas de trabajo: una bajo el tema "Educación y política", presentado por los compañeros del Movimiento Bolivia Libre, y la segunda sobre "Estado, democracia, partidos y movimientos sociales", cuya introducción estuvo a cargo de Sergio Rodríguez, del PRT, en nombre de los cuatro partidos mexicanos miembros del Foro. El tercer punto buscaba abordar las normas de funcionamiento del Foro, y el cuarto, la declaración final.

A lo largo de los diversos puntos se dio un debate bastante rico y extenso, que sería imposible sintetizar en el presente artículo.

Trataremos, sin embargo, de señalar algunos de los aspectos más importantes que fueron debatidos.

En el futuro, ¿victorias electorales?

La intervención del compañero Marco Aurelio, en muchos sentidos, centró el debate del primer punto. Existe un gran consenso entre las diversas fuerzas sobre los elementos decadentes del proyecto neoliberal. Incluso diríamos que, a diferencia de otros foros, no existe ya ninguna ilusión sobre una supuesta posibilidad de "humanizarlo". En este sentido, aparece con carácter de urgencia la necesidad de levantar un programa alternativo que ponga fundamental atención a los grandes problemas sociales heredados de ese impresionante proceso arrasador, partiendo de que hoy la construcción del socialismo no está a la orden del día. Es necesario que ese proyecto contemple como aspecto central una integración latinoamericana, sin que esto signifique una visión autárquica, sino el mejor mecanismo para participar en esa globalización, planteándose que, para lograr lo anterior, es necesario llevar a cabo una serie de normas estructurales que modifiquen la correlación de fuerzas tanto internas como externas.

Desde luego, este diseño político parte principalmente de aquellas fuerzas para las que la posibilidad de ganar las elecciones presidenciales en sus respectivos países se ubica como algo cercano. Estamos hablando de las organizaciones en Brasil, Uruguay, Venezuela, Colombia, México, El Salvador. Desde luego sería muy abusivo plantear que existe una comunidad de intereses entre todas estas fuerzas, o que todas ellas tienen las mismas posibilidades de ganar las elecciones. Es significativo que esa posibilidad polarizó lo fundamental de la atención del Encuentro. Se parte de que un triunfo en dos o tres de esos países significaría una modificación sustancial de la correlación de fuerzas.

Sin embargo, es necesario constatar de entrada que, a diferencia de lo que sucedía al inicio de los años 70, la posibilidad de triunfos electorales de la izquierda no se da a partir de un proceso de polarización social agudo. Más bien se da en medio de la peor crisis de los proyectos políticos burgueses, producto del mismo proceso de rees-

tructuración capitalista que estamos viviendo.

Esto no quiere decir que para las amplias capas de la población un triunfo de la izquierda, incluso la más moderada, no represente una esperanza de cambio y, por lo tanto, el desarrollo de una polarización social no está descartada. El problema es que para que la izquierda pueda tener alguna oportunidad de aplicar su política de reformas estructurales, ésta no sólo requiere contar con una simpatía popular significativa (mayoritaria), sino que debe organizar ese apoyo y, por lo tanto, debe progresivamente romper los mismos marcos institucionales que representa (lo que no quiere decir limitar la democracia, sino al contrario).

En este Foro varios compañeros se preguntaron cómo sería ese futuro con la izquierda en los Gobiernos. Hugo Cores, del Partido por la Victoria del Pueblo (PVP) de Uruguay, planteó correctamente un problema no muy tocado por la izquierda latinoamericana: el ejército. El compañero hacía unos meses que había viajado a Paraguay para revisar el "archivo del terror", donde se narran los innumerables crímenes cometidos por los ejércitos del Cono Sur y en el que queda claro el grado de interrelación que existe entre estas instituciones. En esta intervención se deslizaba la siguiente pregunta: ¿cuál será la actitud de los institutos castrenses frente a eventuales triunfos de la izquierda? La pregunta en sí misma es sana, ya que este problema no se puede exorcizar con el silencio. El mismo compañero Fidel Castro, de una manera bastante fuerte, puso el dedo en la llaga. Fidel señaló que mientras la izquierda planeaba y soñaba, la derecha actuaba, y claramente preguntó: «¿Y nos van a dejar que tranquilamente realicemos nuestros sueños?». También, por otro lado, hizo énfasis en señalar las dificultades de vivir en un mundo unipolar.

La cuestión del Estado

En el transcurso de los debates, se comenzó a elaborar una respuesta a esta serie de preguntas difíciles. Especial atención tuvo el problema del Estado. Por un lado, están aquellos que, como Fidel, claramente defienden lo que diríamos ha sido una posición tradicional de la izquierda latinoamericana sobre la necesidad de las estatizaciones o, para ser más precisos, ubican lo fundamental del proyecto de poder en función del Estado como transformador de las condiciones económicas, sociales, políticas y culturales. Por otro lado, están los que, ante el fracaso de las experiencias de la Europa del Este y ante el fracaso del Estado benefactor, han optado por disminuir al máximo el papel del Estado en las transformaciones de las que hemos hablado. Una posición intermedia fue la presentada por el PT de Brasil, el cual, si bien no insiste en poner al Estado como el centro, tampoco lo relega a un simple aparato administrativo. Claramente expresaron la idea de la utilización del aparato del Estado como un instrumento para impedir que la riqueza nacional se concentre en unas cuantas manos, así como para limitar la lógica ciega de los mecanismos de mercado, sin que eso signifique que el Estado se convierta en propietario de la mayoría de las empresas.

En el terreno de la democracia y la actuación de los partidos, Pablo Medina, de Causa R (Venezuela), Adolfo Gilly, del PRD (México), el mismo Lula en su intervención inaugural, se encargaron de avanzar algunos elementos de lo que sería un nuevo pensamiento, en especial en el caso de los compañeros de Causa R, quienes,

después de hacer una fuerte crítica a los partidos tradicionales de la izquierda latinoamericana, claramente plantearon que la incapacidad de esa izquierda ha estado profundamente relacionada con su mal entendimiento de lo que es la democracia. De esta manera, hicieron una crítica muy fundada contra todas aquellas fuerzas que se habían manifestado en favor de Carlos Andrés Pérez (en especial hizo mención de Daniel Ortega, del FSLN).

Atrás se dejaba ver una nueva visión política y ética de concebir la práctica política. Se trata de la necesidad de promover (no "vanguardizar") todas las acciones plebeyas y radicales de la población, sin priorizar los intereses políticos de tal o cual organización y, al mismo tiempo, sin pactar con los que son vistos por la población como los enemigos fundamentales. En este sentido, fue opinión de muchos el que la única posibilidad de comenzar a dar respuesta a las preguntas formuladas es desarrollando la actuación social y política de la población, promoviendo que en su seno se discutan los mecanismos para resolver los grandes problemas nacionales. Es decir, romper con la politiquería que reduce la democracia a elecciones en las que el pueblo delega en una representación su poder.

Los movimientos sociales

En función de lo anterior y a partir de una serie de fracasos, la izquierda de América Latina y el Caribe comenzó también a discutir colectivamente sus desatinos y errores con relación a los movimientos sociales. En pocos lugares del mundo se han desarrollado movimientos sociales de la dimensión y la extensión de los que se han dado en nuestros países y, sin embargo, éstos han sido vistos como simples correas de transmisión para pelear por una hegemonía (no siempre política). Esto ha permitido no sólo la desmoralización, sino en muchos casos la pérdida de fuerza de masas y, desde luego, incredulidad sobre los valores éticos del pensamiento socialista.

A través de los diversos encuentros del Foro de Sao Paulo había, en particular, una deuda pendiente: la total ausencia de discusión sobre los problemas producto de la opresión de la mujer, en concreto, los problemas que se viven en el interior de la propia izquierda latinoamericana. La composición misma del Encuentro planteó la necesidad de que las mujeres nos reuniéramos e hiciéramos una declaración que se iniciaba diciendo: «Desde la isla de Cuba, la pequeña gigante, símbolo y ejemplo de la resistencia antiimperialista, tierra de Mariana Grajales y de Ana Betancourt, las mujeres asistentes a este Encuentro queremos señalar lo evidente: este Foro ha sido un foro masculino. Se ha discutido la situación económica, social y política de nuestra América; la relación entre los movimientos sociales y los partidos políticos, y la educación política desde una perspectiva parcial... De 217 miembros, sólo 25 eran mujeres... Si en este Foro no hemos podido enriquecer el análisis con nuestra experiencia, es porque en los partidos y organizaciones políticas de izquierda de América Latina aún subsiste la discriminación sexista». Se tomaron algunos acuerdos que esperamos representen pasos encaminados a responder a otro planteamiento de la resolución: «Es incomprensible que nuestra presencia efectiva en el Foro proporcione una visión del mundo que integre lo masculino y lo femenino como lo universal».

Por último, es necesario decir algunas palabras de las discusiones que se dieron sobre

Cuba. En primer lugar, hay que decir que la presencia respetuosa de algunos ministros y miembros del Buró Político del PCC, y del propio Fidel Castro, durante todos los trabajos del Foro muestra el gran interés, la importancia, concedida por los cubanos a esta instancia latinoamericana y caribeña. Estoy convencida de que esa actitud de haber escuchado todas y cada una de las intervenciones no era una simple pose. Fidel tenía interés en hacerse escuchar por esa izquierda latinoamericana en proceso de mutación y, al mismo tiempo, quería entenderla. Quería conocer sus argumentos. El resultado no es lineal.

No hay partido-guía

Evidentemente Fidel no convenció a una buena parte y tampoco se convenció de muchos argumentos. Lo importante es que se dio un proceso de intercambio como hace mucho tiempo no existía. Este fue otro aspecto del periodo especial por el que atravesamos; lejos están los tiempos del partido-guía, del *big brother*.

La información que se dio en las sesiones especiales sobre la realidad económica y política de la isla fue muy extensa y merece un artículo especial. La situación cubana requiere de una atención particular. No sólo por lo que allí se está jugando desde el punto de vista objetivo, sino también por su significado subjetivo. Este debate es ineludible. Pensamos que debe ser un debate con un contenido histórico y no simplemente coyuntural. Es imposible analizar una medida como la despenalización de la tenencia de divisas sin tomar en consideración todo el modelo económico que está en crisis.

En nada contribuye el empeño de poner a los dirigentes de la revolución en el banquillo de los acusados. Se les ha tratado de responder a una pregunta muy difícil: ¿cómo construir una sociedad en un mundo dominado por el capital financiero, es decir, por el imperialismo? Las respuestas han sido igualmente complejas: por ejemplo, el hecho de que lo único que encontraron fue a la ex-Unión Soviética. ¿Era posible pensar que eso no tendría costos en todos los terrenos?

Sin embargo, ahora la pregunta es para todos: ¿cómo construir una nueva sociedad sin contar con la menor posibilidad de ayuda (así fuera minúscula, como la que dieron de Europa del Este a Nicaragua) de ningún Estado como tal y enfrentado a una dominación imperialista total?

Es verdad que la interpretación de Fidel Castro sobre los motivos de la desintegración de la Unión Soviética reflejó una profunda incomprensión de lo que allí había pasado. Según él, todo se debió a "las parteras", es decir, aquellos que, consciente o inconscientemente, permitieron con su actuación que el imperialismo lograra su objetivo de reintegrar a ese Estado a la lógica del capital. Pareciera que para Castro un acontecimiento histórico se explica en función de un puñado de seres humanos que realizan acciones desde arriba, es decir, la historia interpretada como conspiración.

Una cuestión clave que se confirmó en todos esos Estados fue la ausencia total de raíces sociales de sus burocracias, las cuales no pudieron resistir los avances reestructurados del capitalismo y el incremento de los mecanismos de productividad del trabajo. Y es aquí donde, a pesar de la interpretación de Fidel, reside la diferencia de Cuba con respecto a esos países.

En Cuba el régimen político cuenta con el aval y el consenso de la mayoría de la población. Ese aval está marcado por la existencia de una conciencia nacional, antiimperialista y socialista, en fin, por una dignidad nacional que es la señal de identidad profunda de ese pueblo. Es muy difícil pensar que de otra manera el pueblo cubano habría podido resistir en la forma en que lo ha venido haciendo. Reducir todo a que se vive bajo una dictadura es un insulto a la inteligencia.

Y sin embargo, la situación es extremadamente compleja. La medida de la despenalización de la tenencia de divisas va a favorecer a los sectores menos favorables a la revolución, creando una desigualdad social que puede ser veneno para ese apoyo mayoritario. Se requiere de otras medidas que compensen esa situación. Medidas que no se refieren únicamente a los aspectos económicos, sino también a los políticos. Como nunca es necesario que el poder popular se manifieste en toda su capacidad, que se desarrolle la iniciativa de los productores, que se relativice el control centralizado del conjunto de las actividades, etc.

Es cierto que es muy difícil pensar que un proceso de degradación económica como el que se ha vivido pueda aguantarse indefinidamente. Sin embargo, esta consideración no nos puede llevar a ser simples agoreros de la catástrofe. Las posibilidades de resistir del pueblo cubano están determinadas, en primer lugar, por su propia resistencia a partir de esa dignidad nacional; por el desarrollo de la solidaridad internacional, que presione para lograr romper, aunque sea parcialmente, el bloqueo; y por la lucha encaminada a cambiar la correlación de fuerzas entre el capital y el trabajo en nuestros propios países.

En una de sus intervenciones, Fidel dijo: «Defendemos ideas, no intereses». Pensamos que esto es totalmente cierto. Esas ideas no son siempre las nuestras; en ocasiones estamos totalmente en contra de ellas, pero es posible y necesario entender que son ideas, que se ubican al lado de las nuestras contra el imperialismo, el capital y la injusticia social. Por eso cuando Fidel Castro va a Bolivia, Brasil o México, nuestros pueblos —como nunca— salen a la calle a manifestarle su apoyo. Atrás está la convicción de que ese pueblo y esa dirección no se doblegan frente al Imperio del norte, a diferencia de lo que pasa en nuestros países. Más allá de nuestras diferencias, esa señal de identidad merece ser defendida. Creo que eso quedó más claro después del Cuarto Encuentro del Foro de Sao Paulo.

México. Agosto de 1993

Recortes

Bosnia-Herzegovina. ¿Un plan de paz?

La Unión de Repúblicas de Bosnia-Herzegovina propuesta en Ginebra es una victoria imperfecta para los nacionalistas serbios y croatas y es una grave derrota para quienes se sienten "bosnios" y querían conservar una identidad mixta.

La Presidencia bosnia se ha expresado en nombre de un Parlamento dividido y que ha perdido 78 diputados serbios y 45 croatas que se han "incorporado" a sus campos respectivos. En situación de debilidad, ha dicho un "sí, pero" al plan, reclamando la paralización de los combates y del bloqueo de las ciudades, un acceso al mar y "garantías" de la ONU, de la OTAN y de los EE UU para que ellos «aseguren la existencia» de este Estado confederal que mantiene la ficción de una Bosnia-Herzegovina.

La hipótesis de que un acuerdo serbo-croata a expensas de los bosnios (especialmente, los musulmanes) podría, al menos, asegurar la paz es un dramático error de la *realpolitik* de la "comunidad internacional". Esta "Unión Confederal" no es un proyecto estable, ni un plan de paz. Aunque entierre la realidad multiétnica bosnia, ésta sobrevivirá y resurgirá por todas partes, generalizándose enclaves minoritarios, que estarán mas que nunca en situación de rehenes.

La culminación lógica del proyecto" es el estallido de la confederación. Pero ni la Gran Serbia, ni la Gran Croacia aportarán la paz a los serbios y a los croatas. Sólo podrán reunir a sus co-nacionales por medio de nuevas guerras expansionistas. Los serbios y los croatas que se encuentran en el exterior de "su" Estado respectivo están atrapados, como minorías de Estado enemigos. Además, la construcción de esos Estados étnicos proseguirá a costa de otras comunidades nacionales: las poblaciones no serbias de Serbia, como los albaneses de Kosovo; las poblaciones no croatas de Croacia, en primer lugar los serbios; los musulmanes bosnios obligados a expatriarse cuando el derecho de asilo se restrinja o a vivir en una nueva Palestina en el corazón de Europa. Cada mini-Estado será amenazado por sus vecinos en nombre de la lucha contra un integrismo que terminará por hacerse realidad.

El despedazamiento de Bosnia-Herzegovina por Milosevic y Tudjman se ha apoyado en corriente extremistas, de las cuales pueden terminar prisioneros: la línea de la Gran Serbia se apoya en el trabajo sucio de las milicias de Seselj, dirigente del Partido Radical, que cuenta ahora con el 30% de los votos en el Parlamento. A su vez, éste se apoya sobre las corrientes radicales entre los serbios de la diáspora en Croacia, en Bosnia-Herzegovina y, mas marginalmente, en Macedonia. Las provocaciones de las milicias de Seselj se han multiplicado también en Voivodina y Kosovo.

En esta provincia de mayoría albanesa, sometida a un verdadero *apartheid* y al objetivo de la "serbización", todas las explosiones son posibles, y afectarían a Macedonia, donde más del 30% de la población es albanesa y está en una situación minoritaria con derechos inciertos. Las recientes purgas en el Ejército serbo-yugoeslavo parecen haber desplazado a las alas mas favorables a un reconocimiento recíproco de las repúblicas y al diálogo con los albaneses.

Del lado croata, la guerra amenaza también con reaparecer en las zonas controladas por la ONU con estatuto no definitivo: toda la política de ciudadanía de Croacia (que ha hecho huir a varios centenares de miles de serbios) ha reforzado la determinación

de los habitantes de Krajina de separarse de ese Estado. El reconocimiento internacional de la República serbia de Bosnia les animará mas a hacerlo y el HDZ (partido de Tudjman) en Bosnia-Herzegovina ha sido purgado en provecho de una extrema derecha militarizada con el apoyo del ministro de Defensa croata, Gojko Susak.

En el Estado "musulmán" de Bosnia-Herzegovina, hay también riesgos de que las polarizaciones se agraven. La naturaleza de ese Estado sigue siendo incierta, como señala el editorialista de *Oslobodenje*, Zlatko Dizdarevic el pasado 30 de agosto: si «esta república de mayoría musulmana», consiguiera «ir adelante como una Bosnia-Herzegovina en miniatura (...), un Estado de ciudadanos que respetara los derechos humanos y los de todas las minorías (...) será un polo de atracción (...). Si por lo contrario se transforma, como sus colegas serbio o croata en un micro-Estado racista para-totalitario, todo se habrá terminado durante décadas». Este representante de la oposición no nacionalista de Sarajevo, que ha apoyado de forma crítica la política de Izetbegovic, al no poder ofrecer una alternativa, considera que el balance es un fracaso: esa política se lo ha jugado todo a «la ilusión de una intervención extranjera para salvar al Estado bosnio».

Pero esta política, ¿no ha sido prisionera de los "aliados" croatas, suficientemente bellacos para guardarse las armas destinadas a los bosnios y permitir conscientemente el asedio de Sarajevo con la esperanza de que una intervención extranjera se orientara sólo contra el "único agresor" serbio? Y sobre todo, ¿no ha sido una política "por arriba" dirigida hacia los Estados occidentales e incapaz de dirigirse a las únicas fuerzas portadoras de una salida progresista: las poblaciones mixtas de las zonas industriales y las ciudades de Bosnia-Herzegovina, y también simultáneamente de Serbia y de Croacia?

Hacia ahí debe dirigirse nuestra solidaridad para ayudar al desarrollo de movimientos independientes sindicales, de mujeres, de jóvenes, de ciudadanos que resisten a la limpieza étnica. Y la ayuda a los refugiados en favor de su derecho de asilo y su derecho al retorno será un eje de larga duración en la lucha contra las políticas racistas y fascizantes. [*Catherine Samary. 30 de agosto de 1993*].



Italia. El primer pacto social del "pos-neoliberalismo"

[El pasado 3 de julio, el Gobierno italiano, la patronal Cofindustria y las centrales sindicales CGIL, CISL y UIL han firmado un ambicioso pacto social. Italia fue la vanguardia de reconversión industrial en los años 70; ahora puede anunciar cuáles pueden ser los duros caminos del pos-neoliberalismo. A partir de informaciones del dirigente de la izquierda sindical del Piamonte Raffaello Renzacci, hemos elaborado el informe siguiente].

Resumiremos los aspectos mas significativos de cada uno de los cuatro capítulos del pacto.

Capítulo 1: Política de rentas y de empleo. Las partes definen como objetivos prioritarios: –una tasa de inflación alineada con las mejores de los países comunitarios; –la reducción del déficit y la deuda pública y la estabilidad de de la lira.

Para avanzar en este sentido, se establecen dos encuentros anuales entre las partes: — en mayo-junio, para establecer objetivos comunes de inflación programada, crecimiento del PIB y sobre el empleo. El aspecto más relevante es que los sindicatos participan en la definición de una tasa de inflación “programada”, que no es la prevista, ni la previsible, sino más baja y a la cual los sindicatos se deben atener en su política reivindicativa; — en septiembre, las partes discutirán sobre la política financiera del Gobierno.

Además la partes acuerdan: — que las empresas y el Gobierno se comprometan a realizar una política eficiente que, en condiciones compatibles con las “realidades del mercado”, logren una contención de los precios; — el Gobierno se compromete a contener el crecimiento salarial de los empleados del sector público; — el Gobierno podrá crear instrumentos impositivos u otros para «disuadir los comportamientos que no se ajusten a este pacto».

En mayo, las partes tienen como objetivos: — la aceleración de las inversiones públicas (siempre dentro de la política de contención del déficit); — la programación coordinada de fondos de sostenimiento del empleo y una “nueva iniciativa productiva económicamente válida” (un fondo público para incentivar a las empresas); — programas de empleo en tareas de utilidad pública.

Como se ve, este primer capítulo busca una apariencia de incorporación de los sindicatos a la programación de la política económica. En realidad, se les asocia a objetivos de reducción del gasto público y social y a los objetivos de relanzamiento de la competitividad de las empresas.

Capítulo 2º: Materias contractuales. Los convenios nacionales por categorías durarán de tres a cuatro años (dos años para los puntos salariales). Las cuestiones económicas deben ser coherentes con la inflación programada. A los dos años, se comparará la inflación real con la programada y se abrirá una nueva negociación sobre ella a partir de los datos de la situación económica del país y de los sectores y empresas de que se trate. No habrá pues un mecanismo de tipo escala móvil, que se parezca en algo al que fue revocado el 31 de julio del año pasado. Los riesgos de una creciente diferenciación salarial entre grupos de trabajadores saltan a la vista.

Además, se establece que las plataformas reivindicativas deben presentarse tres meses antes de las negociaciones; durante este periodo, las partes no tomarán “iniciativas unilaterales” (hablando claro: los sindicatos no convocarán huelgas). Si pasados esos tres meses el convenio no hubiera sido renovado, los trabajadores recibirán como indemnización por el atraso, un aumento salarial equivalente al 30% de la inflación programada, y después de 6 meses, al 50%; tampoco en este periodo podrá haber “iniciativas unilaterales”.

Sobre la representación sindical en las empresas se establece así: — dos tercios de los representantes serán elegidos por los trabajadores y un tercio por los sindicatos firmantes de los convenios nacionales; — el poder de contratación de las RSU (Representación Sindical Unitaria; organismo equivalente a los comités) se fijará en los contratos nacionales. El poder de contratación en las empresas se reconoce también a la estructura territorial de los sindicatos firmantes del pacto. Es decir, si una RSU está en desacuerdo con una oferta patronal, las correspondientes uniones sindicales podrían, en todo caso, firmar el convenio.

Capítulo 3º: Política de empleo. Se introducen dos disposiciones nuevas en la normativa vigente que la empeoran notablemente: — se autorizan empresas privadas

de subcontratación que prestarán sus operarios, incluso por días, a otras empresas; – posibilidad de que los convenios nacionales incluyan cláusulas que autoricen a las empresas a contratar jóvenes por debajo de las condiciones salariales y profesionales establecidas.

Capítulo 4º: Apoyo al sistema productivo. Larga serie de proyectos e intenciones sobre temas de formación y financiación que o son muy generales o están al servicio de los intereses patronales.



OLP/Israel. La situación después de la firma del Acuerdo

[El 14 de septiembre, la redacción de Rouge mantuvo una entrevista telefónica con Michel Warshawski. Las opiniones de Warshawski actualizan y complementan las ideas contenidas en el artículo que publicamos en las páginas 24 a 28 y además incluyen una información de primera mano sobre las reacciones sociales y políticas que ha producido el Acuerdo].

Pregunta: *¿Cuáles han sido los efectos mas significativos de la firma del Acuerdo?*

Michel Warshawski: Entre los palestinos no hubo verdaderas expresiones de entusiasmo durante los diez primeros días que siguieron al anuncio de los Acuerdos. Pero ayer, Jerusalén fue una fiesta: miles de personas en la calle, los colores nacionales palestinos en el edificio de su representación diplomática (por cierto, los miembros del consulado no aparecieron; parece que no lo tenían muy claro...); la gente trataba de exhibir con la mayor fuerza posible símbolos estatales.

Un segundo elemento muy significativo es lo que sucedió en Gaza. Estaba convocada una huelga general, pero hubo un acuerdo entre Hamas, la principal fuerza convocante, y la OLP para dividir la jornada en dos partes: hasta la 3 de la tarde, huelga; después, fiesta. El acuerdo ha sido muy bien respetado por ambas partes. También en algunos lugares de Cisjordania, los palestinos han paseado sus banderas y retratos de Arafat ante las narices de los colonos e incluso delante de soldados israelíes, que han tenido que tragarse su rabia.

Añadiré algo muy triste que ha tenido lugar en Jericó. La fiesta había empezado muy temprano por la mañana. La CNN había organizado un gran *show* en directo, ante una enorme pantalla de TV. Había miles de personas y han pasado por la tribuna muchos oradores de la OLP, que han hablado de libertad, de independencia... pero desgraciadamente, añadiendo uno tras otro: «Quienes se atrevan a levantar la cabeza contra Abu Amar (*Arafat*) y pretenda oponerse a su política, se la cortaremos, cualquiera que sea su pasado militante». Creo que hay que prestar atención a este dato.

La dirección de la OLP, que ciertamente realiza también otro tipo de discursos, cae aquí en una trampa de los israelíes. En efecto, éstos les preguntan: «¿Qué haréis si se desencadena una guerra civil?». La respuesta de Arafat es terrible: «Yo he conseguido que reine el orden en el Líbano. Será más fácil hacerlo en Cisjordania».

P.: *¿Cuál es la situación entre las organizaciones palestinas que se oponen al Acuerdo?*

M. W.: Sólo Hamas tiene fuerza para movilizar, aunque aún no lo haya hecho. La izquierda palestina está en pleno desorden, como "sonada", desplazada. Están decididos a no respetar los Acuerdos, pero haciendo todo lo posible por evitar una guerra civil o una lucha entre fracciones. Se niegan, en cualquier caso, a dejarse arrastrar por la ola de ilusiones.

En efecto, muchos palestinos piensan: «Por fin voy a poder comprarme una nevera, tener un trabajo fijo. Gracias a Abu Amar todos los problemas van a solucionarse». Incluso en Gaza, donde podemos considerar que hoy Hamas es minoritario, se desarrolla este tipo de sentimientos.

En estas condiciones, Arafat y los israelíes tienen margen para desarrollar una política inteligente orientada al fortalecimiento de un poder palestino. Una primera medida que podría decidir Rabin, y me llamado mucho la atención oír a Arafat referirse a ella en la TV, es la liberación del jefe de Hamas. Arafat exige que esta liberación sea inmediata.

Hay que tener en cuenta que Hamas no responde a la imagen que dan de ella habitualmente los medios. Se les llama integristas, irracionales, gente con el cuchillo en la boca... Pero, en realidad, ellos tienen sus propios intereses que defender. Hay una racionalidad política en ellos y todo puede negociarse. Podemos considerar que Hamas está dispuesta a discutir las condiciones que les permitirían apoyar el proceso, o al menos no oponerse a él. Hay debates, pero no habrá un conflicto abierto entre sus diferentes corrientes internas. Habrá acciones de resistencia, pero no vendrán necesariamente de ellos.

La ocupación continúa y por tanto la lucha continuará. Pero sorprende que el FPLP y el FDLP, partidarios de que la lucha continúe, no hayan sido capaces de tomar iniciativas; esto es una muestra de su debilidad. Las acciones armadas que ha habido estos días han sido organizadas por Hamas.

P.: *¿Y qué ocurre entre la población israelí?*

M. W.: La gran mayoría de la gente piensa: «Quizás este sea el final del túnel y eso es bueno», pero no hay entusiasmo. Las manifestaciones de alegría popular han sido muy pequeñas. La gente miraba la TV y ha aplaudido cuando Arafat le ha dado la mano a Rabin, pero no ha habido grandes expresiones de emoción popular. Hay miedo, temor por el porvenir, aunque se piensa que se ha hecho una apuesta necesaria.

P.: *¿Puede hablarse de que se está produciendo una "revolución cultural" en las relaciones de los israelíes, en especial los pacifistas, con los palestinos?*

M.W.: Los israelíes piden a los palestinos que "pasen su examen", asegurando la represión de Hamas y del "terrorismo". No hay todavía una toma de conciencia global del problema.

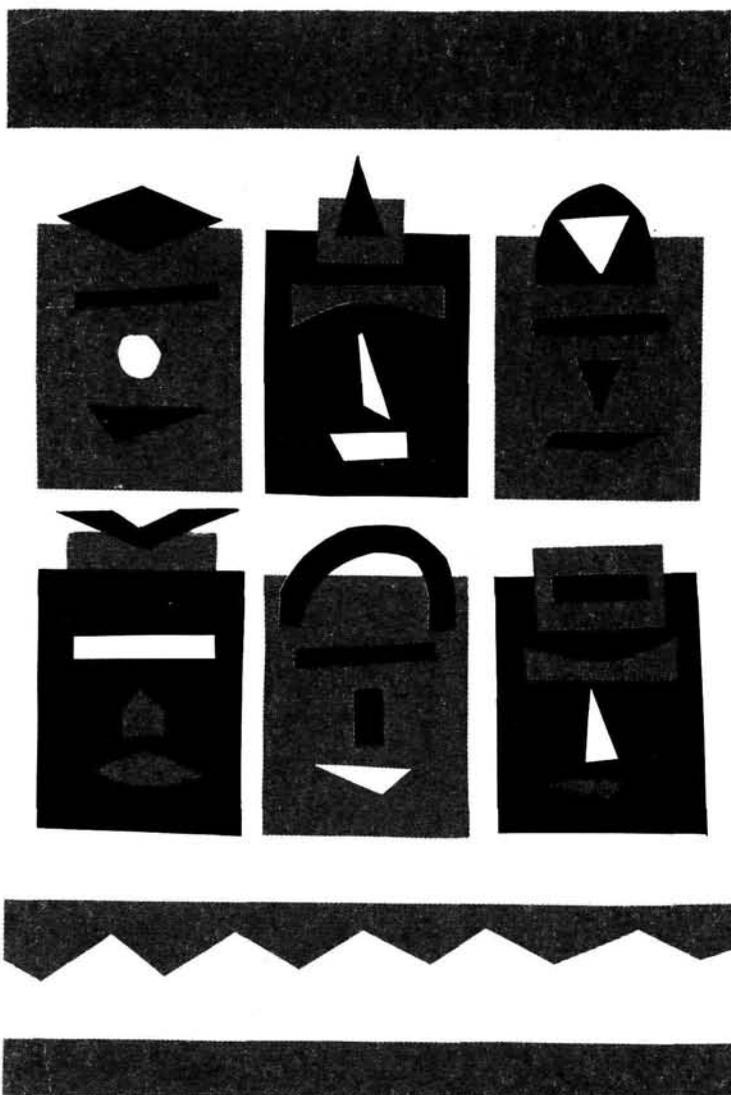
En cuanto a los portavoces oficiales de Paz Ahora, su discurso es pacifista, pero está lejos de ser igualitario en cuanto a la comprensión de las relaciones que debería haber entre ambos pueblos.

P.: *¿Cuáles te parecen los problemas principales de cara al futuro?*

M. W.: Los Acuerdos son sólo un muy pequeño paso; toda una serie de cuestiones

claves han sido evitadas, intencionadamente o no. Por tanto hay que ir mas allá del marco del Acuerdo, tanto en sus ritmos como en el contenido, luchando por un cambio inmediato, con independencia de lo que en él está escrito.

No ha llegado la paz. Éste es el momento de movilizarse para acabar con la ocupación, exigir el desmantelamiento de las colonias y de las unidades clandestinas del Ejército israelí. Y es preciso que todo se encamine hacia un Estado palestino.



3 miradas Voces

Aires de Andalucía



Interiores. Purullena (Granada, 1992).



Ropa tendida. Purullena (Granada, 1992).



Mar de Andalucía (Costa de Granada, 1992).

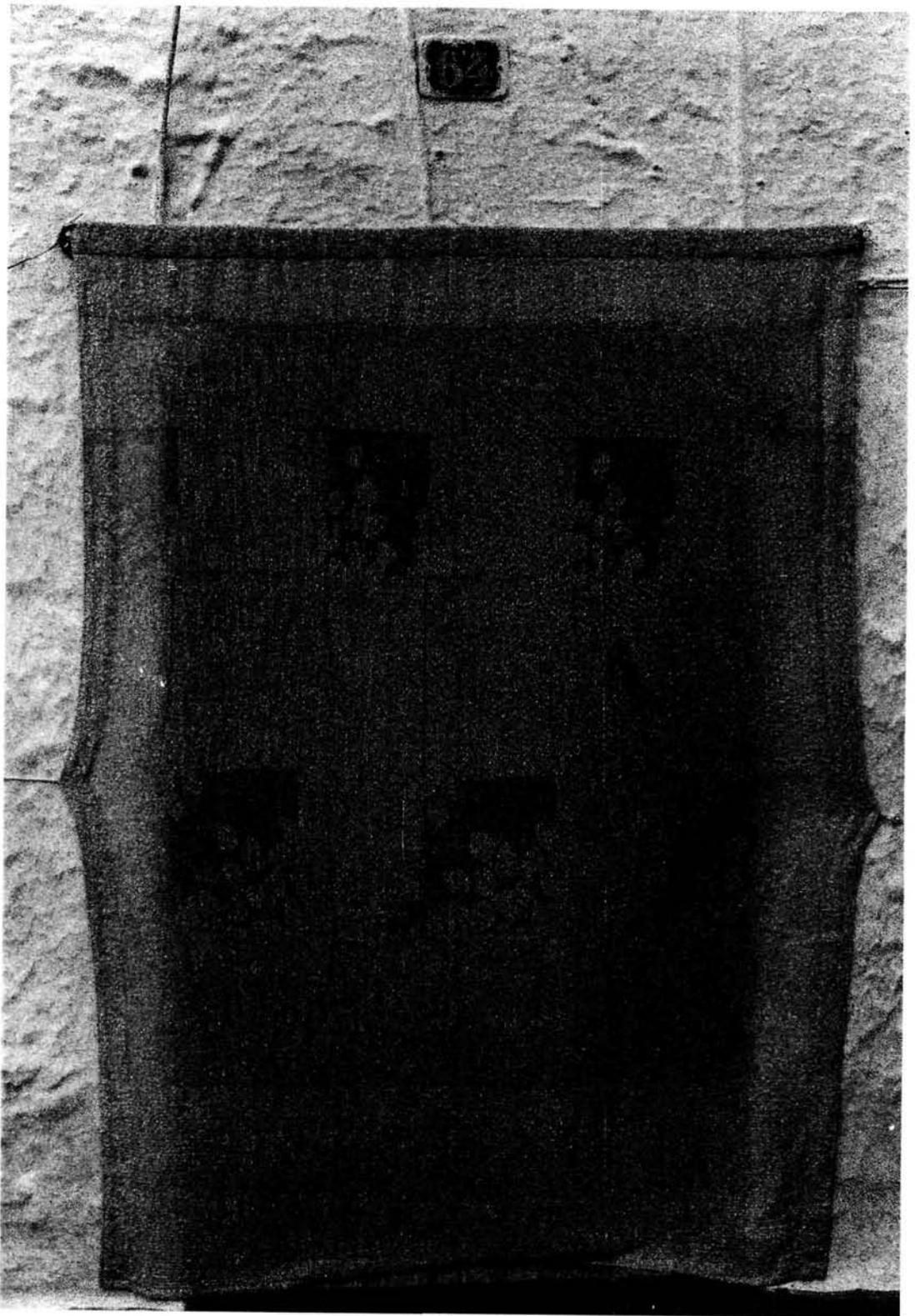


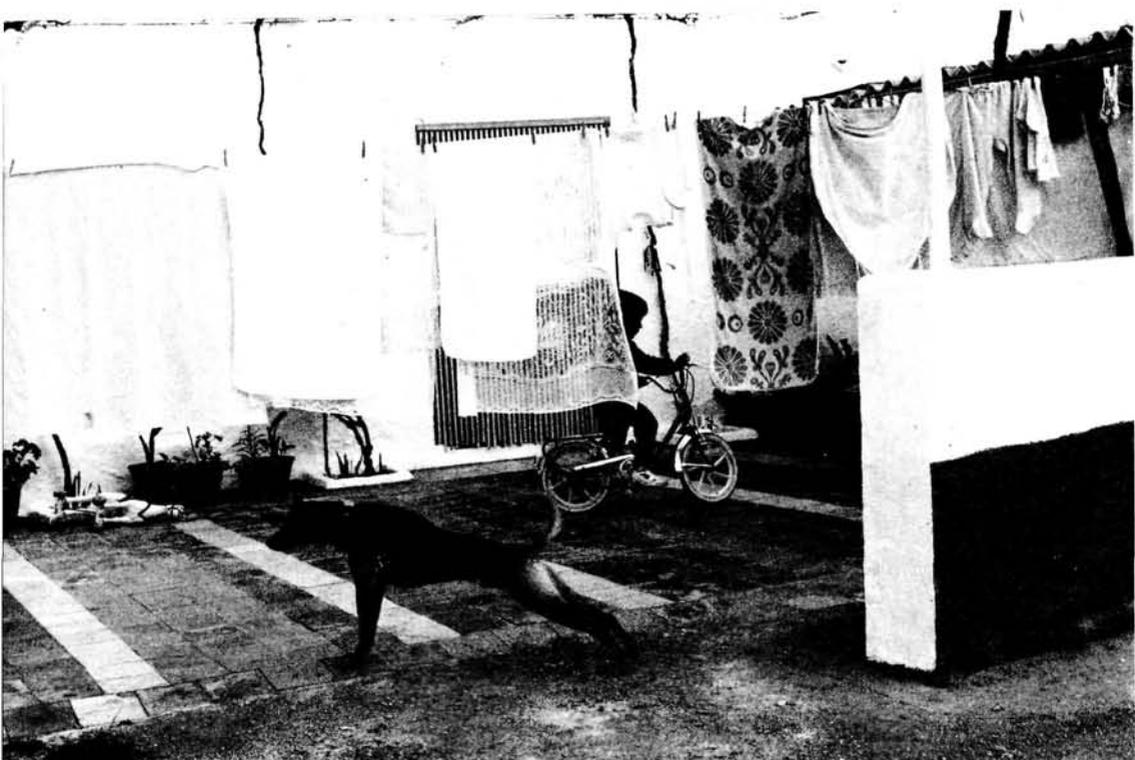
Blanca que te quiero blanca, Purullena (Granada, 1992).

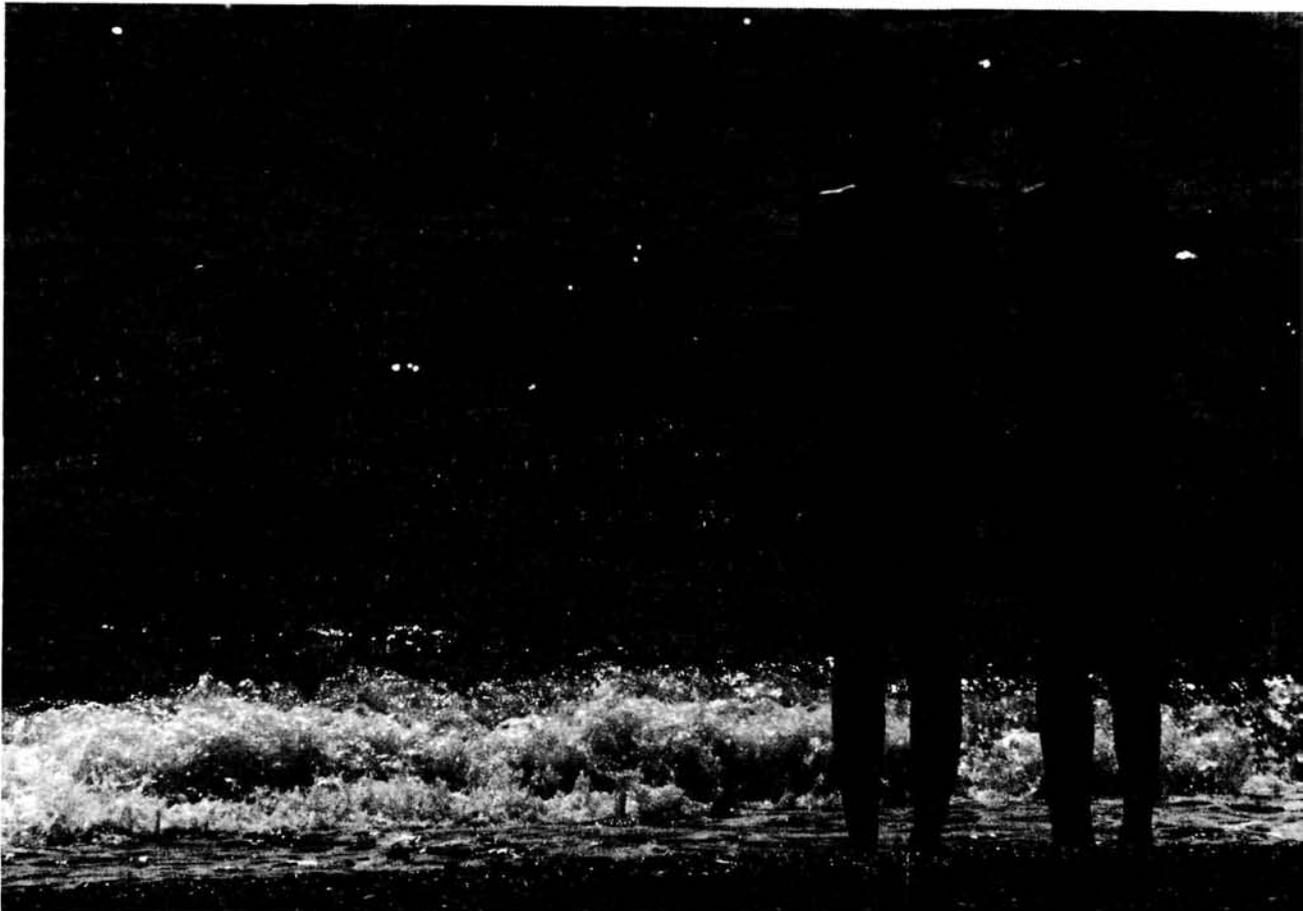


Tatiana III (Madrid, 1989).

Fotos de Carmen Briz











1 El malestar democrático

Reinventando el Estado del Bienestar

Luis Enrique Alonso

«La esfera pública, al igual que el mundo en común, nos junta y no obstante impide que caigamos uno sobre otro, por decirlo así. Lo que hace tan difícil de soportar a la sociedad de masas no es el número de personas, o al menos de manera fundamental, sino el hecho de que entre ellas el mundo ha perdido su poder para agruparlas, relacionarlas y separarlas.»

Hannah Arendt

Uno de los grandes lugares comunes en los que se ha centrado el debate de la vida política, social y teórica de estos últimos años ha sido la tan traída y llevada crisis del Estado del Bienestar. Crisis que se ha diagnosticado desde las más diversas posiciones ideológicas y que realmente no ha sorprendido a nadie, a unos porque se dieron cuenta de las limitaciones instrumentales de los Estados del Bienestar socialdemócratas, a otros porque han sido los agentes activos de un proceso de acoso y derribo de las políticas sociales públicas que llega hasta nuestros días.

Lo que estamos viviendo es, pues, la crónica de una crisis anunciada. Fueron primero los autores situados en la renovación contemporánea del marxismo (sólo teórica, eso sí), los que, desde comienzos de los años setenta, y desde muy diferentes ángulos, fueron desgranando las razones de los límites estructurales del Estado Keynesiano del Bienestar. El punto de arranque de su argumentación remitía siempre

a un *leit-motiv* central: una estructura fundamentalmente socializadora como el llamado *Welfare State*, tarde o temprano tiene que entrar en colisión con el funcionamiento de un dispositivo fundamentalmente privado y privatizador como es el mercado. Esta argumentación era seguida en términos fiscales (James O'Connor, 1981, 1987), en términos de costes sociales y reproducción de la fuerza de trabajo (Ian Gough, 1982), en el análisis de la dificultad de la articulación y homogeneización entre los ritmos de producción económica y reproducción social (los economistas franceses de la “escuela de la regulación”: Aglieta, 1979; Boyer, 1896) o en términos ideológicos y de legitimación política (los últimos representantes de la escuela de Frankfurt: Habermas, 1975 y Offe, 1985). Pero, en resumen, la argumentación siempre tiene un nudo común que, presentada en la terminología de Claus Offe (1990), se puede resumir en la idea de que el Estado de Bienestar recreaba las condiciones para la reproducción del sistema mercantil precisamente desmercantilizando grandes sectores de la economía contemporánea, creando funciones que tanto ocupaban importantes segmentos en la economía y la sociedad capitalista, como limitaban la inseguridad básica que otorgaba a la fuerza de trabajo su carácter de mercancía disciplinada (subsidios, servicios sociales, instituciones asistenciales, etc.), lo que en última instancia resultaba bastante contradictorio y destinado a generar tensiones. De este modo, se anunciaba a partir de estas argumentaciones, que el Estado del Bienestar nunca sería –como se pretendió– el remedio final para las crisis cíclicas y estructurales del capitalismo, ni tal modelo de Estado estaba exento de introducir, en algún momento, más fantasmas en la máquina capitalista de los que era capaz de disolver.

Llegan los neoliberales

Poco después se despertó el viejo león liberal dormido, o por lo menos aletargado, y que algunos precipitadamente dieron por muerto –aunque desde Chicago y Virginia nos habían llegado pruebas inequívocas de que seguía vivo y bien vivo– por el triunfo académico, práctico y pragmático del keynesianismo de posguerra. Y así con la etiqueta de “nuevo”, como en los paquetes de detergente de los supermercados, y precisamente para eso, para convertir toda la sociedad en un inmenso supermercado, hicieron su aparición en escena los “neoliberales”.

Para el neoliberalismo, el Estado del Bienestar pasaba de víctima a culpable y desde sus filas se le acusaba de ser el responsable de absolutamente todos los males económicos y sociales; de tal manera que empezamos a oír hablar y a leer del temible fenómeno del *crowding-out*, por el cual el Estado contemporáneo había pasado a la ocupación de todos los espacios rentables con la consiguiente expulsión de la actividad privada y la reducción del margen de beneficios de las empresas, o de la temible burocratización impuesta por este nuevo Leviatán que no dejaba enloquecidamente de crecer, o de las desviaciones perversas de la función-objetivo del funcionario público, etc., etc., y por este camino se llegaban hasta conclusiones “morales” o mejor moralizantes: el Estado del Bienestar desincentivaba y negaba el esfuerzo y la competitividad personal (algo así como la esencia del espíritu capitalista) al imponer forzosamente un igualitarismo estatista al radical individualismo y la absoluta desigualdad –ante el mercado– de los hombres (Lepage, 1979).

Por tanto, desde este tipo de perspectivas, el objetivo fundamental se convertía en frenar a ese enorme Leviatán que crecía de una manera desbocada y prácticamente cancerígena generando además demasiadas expectativas ciudadanas, dando voz a demasiados colectivos que, desde esta lógica, no son nadie para tenerla (sindicatos, movimientos sociales, asociaciones cívicas, etc.) y que, en suma, había extendido los derechos sociales hasta sitios donde se harían incompatibles con la libertad económica. La solución a esta "sobrecarga" democrática -o hablando más crudamente, y en términos del famoso informe de la Comisión Trilateral, este «exceso de democracia» (Crozier y otros, 1975), que estaría a punto de acabar con la democracia misma, pues según los neoliberales, el mínimo impedimento al funcionamiento total del mercado socava las bases fundamentales de la democracia, que son económicas, sería sencilla: reducir el Estado a un "Estado mínimo", pero fuerte, garante de la propiedad y sus derechos, y de la máxima libertad de mercado; todo lo demás se nos dará por añadidura (Nozick, 1988).

La pura y dura privatización

La huella de todos estos debates se hacía patente en la realidad cotidiana de una manera endiabladamente rápida y, a la vez, dramática, pues tanta discusión teórica, más o menos elegante, se hacía carne tomando la forma pura y dura de la privatización de buena parte de los servicios sociales universalizados y habitualmente garantizados por los Estados del Bienestar occidentales de posguerra.

Las razones para la privatización defendida y emprendida, en mayor o menor medida, aunque no únicamente, por los Gobiernos conservadores que empiezan a dominar la escena política mundial desde finales de los años setenta, eran en el orden teórico de calidad y eficiencia, y en la práctica se trataba de convertir en espacios privados las posibles zonas rentables del sistema de asistencia pública. Esto coincidía con el lanzamiento de una nueva línea de asistencia industrializada en el campo del servicio social -eso que Jacques Attali (1989, 1991) ha llamado «sociedad de la prótesis» y que no sería otra cosa que interponer objetos vendibles donde antes había sujetos artesanos en la atención» o con la simple liquidación, desaparición o marginalización del servicio.

La propuesta neoliberal se completa siempre con el canto a la sociedad civil como alternativa abstracta a las maldades que habían provocado las políticas públicas en el campo de los derechos sociales de ciudadanía. La "auto-ayuda" o el *self-help* sería así la propuesta de que la familia o la comunidad se encargarán de resolver los transitorios problemas de bienestar social -rápidamente internalizables si el implicado tiene realmente una actitud positiva, normalizante y no desviante o patológica, pues el mercado siempre proveerá riqueza y bienestar-, triunfando con ello, además, la autonomía de la sociedad civil frente a la dependencia provocada por el burocratismo del Estado del bienestar (Harris, 1989; Gilder, 1984). Tal era la hoja de parra propuesta por los neoliberales para cubrir vergonzantemente y para dar respuesta a las demandas de necesidades infraeconómicas formuladas fuera de los canales económicos ordenados, lo que de hecho era volver a resituar el campo de la necesidad en un lugar residual y a la actuación social pública en un campo meramente asistencialista,

destinada a maquillar y contener los posibles peligros de desorden o conflicto social disruptivo.

El "bienestar de la austeridad"

Pero independientemente de las propuestas más o menos aterrorizadoras de los neoliberales, lo que sí conocemos es una transformación de las políticas de intervención del Estado en los años ochenta. El Estado poskeynesiano ha pasado a convertirse en una instancia, más que "redistributiva" en el sentido keynesiano, "disciplinaria", donde su eficiencia económica debe superar cualquiera de sus objetivos sociales, y además debe ser "barato", en el sentido de no drenar recursos al relanzamiento del crecimiento económico (Rodríguez Cabrero, 1991). Así hemos conocido la transformación inmediata del campo del bienestar y las políticas públicas universales en un Estado asistencialista de orientación residual basado en «la aplicación en este campo de los criterios de racionalidad económica vigentes en el mercado. Esta aplicación, y los criterios de eficiencia y racionalidad correspondientes, hace dominante un modelo de *Welfare* de la austeridad, cuya racionalidad y eficiencia se miden en términos de ahorro de los recursos. A este parámetro le corresponde una ética: la ética de la escasez y de la frugalidad de los servicios». (Leonardis, 1992, p.58).

De esta forma el llamado "*Welfare* de la austeridad" trunca por la base los presupuestos que habían posibilitado el desarrollo del Estado del Bienestar keynesiano y los sitúa en su reverso simétrico: la universalidad y crecimiento de los servicios se torna en la "selectividad" y reducción de los mismos, la desmercantilización en la remercantilización, los derechos económicos y sociales de ciudadanía en derechos económicos de propiedad, los costes sociales del crecimiento económico en efectos perversos de la intervención del Estado, los fallos del mercado en las distorsiones del Estado, la justicia en eficiencia, la equidad en libertad de mercado, etc., etc.

Ante esta perspectiva no demasiado alentadora para sensibilidades sociales delicadas, algunos se aprestaron a defender lo que antes todos denostaban y empezaron a darse cuenta del carácter verdaderamente "reversible" de lo que ya parecía definitivo, o de que los procesos de "monetarización" de los servicios asistenciales llevaban asociados inmediatamente un proceso paralelo de "exclusión", y así encontramos autores que veían nuevamente, lo que antes nadie quiso ver en los modelos socialdemócratas de integración institucional/corporatista del conflicto —con ejemplos clásicos como Austria y Suecia—, esto es, ventajas y logros a los que renunciar sería dar un paso atrás de carácter más que político, sería auténticamente un fracaso civilizatorio como señaló en su día el sociólogo Ramesh Mishra (1990, 1992).

Independientemente de que esta apuesta por modelos tan desgastados como los modelos socialdemócratas corporatistas clásicos fuera, a nuestro modo de ver, un tanto desenfocada, pues obviaba las razones de su propia crisis y semiliquidación, las aportaciones de Mishra nos llevaban a un par de cuestiones fundamentales: en primer lugar a recalcar la ya absoluta indisolubilidad entre el avance de la democracia y la construcción progresiva de un Estado que garantice no sólo derechos formales, sino también servicios reales y, al contrario, la reducción de servicios significa a la vez una involución democrática sin paliativos. Por otra parte se resalta el carácter es-

tructural y básico del crecimiento del Estado, simplemente por el hecho que es un producto tanto de la relación de fuerzas sociales que han protagonizado la vida política y económica de las sociedades occidentales en las últimas décadas, como de las necesidades mismas de racionalización de las economías privadas y el sistema de mercado, ya sea en su vertiente acumulativa (infraestructuras, disposición de capital humano y elementos subsidiarios del proceso productivo, etc.), ya sea en su vertiente directamente reguladora y socializadora (ordenamiento industrial, mediación en los procesos de concentración y centralización del capital, regulación de mercados, mediación del conflicto laboral, etc.).

El Estado en el capitalismo avanzado ha sido así un espacio asimétrico donde se han jugado los conflictos sociales fundamentales, más allá de las perversas intenciones de hacer crecer el sector público que las escuelas neoliberales le atribuyen a los burócratas estatistas o de la simplista visión antropomorfozada del Estado instrumento, complice del capital, con el que se funcionó habitualmente desde los sectores más dogmáticos de la ortodoxia izquierdista.

Por lo tanto, el carácter no sólo mejorable sino transformable del Estado del Bienestar es hoy evidente, sus ineficiencias, sobreburocratización, monolitismo, desorganización, alejamiento de la ciudadanía, etc., son bien conocidos no sólo por los teóricos sino por los más corrientes usuarios cotidianos. Pero esto a nuestro modo de ver reclama más una radicalización en el carácter democrático del Estado social y su capacidad para satisfacer necesidades colectivas —abriendo cada vez más espacios de decisión y de constitución del consenso sobre los que deben ser consideradas como necesidades normativas—, que su brutal recorte y sustitución por cualquier sucedáneo de un Estado autoritario. Entramos, o mejor estamos, en terrenos a la vez que escurridizos abiertamente peligrosos; en ellos nos jugamos lo mejor —y no lo peor, lo obsoleto o lo irrelevante como pretenderían los posmodernos al uso tal como ha señalado críticamente Habermas (1988)— de la modernización occidental, un Estado social que no sea de orden mecánico y tecnocrático sino que esté abierto al cambio, el diálogo, el conflicto y la participación no manipulada.

Los significados de la sociedad civil

Por otra parte, la supuesta vuelta y supremacía de la sociedad civil —que casi siempre no oculta otra cosa que la reclamación de un mercado incivil— no puede ser más engañosa, primero porque “sociedad civil” es un concepto tan proteico que adopta demasiados significados como para poder encontrarle un contenido estable y lo mismo está para servir al liberalismo ortodoxo, como para los que lo ponen a disposición de la restauración de una idea populista, que para servir a las versiones más o menos actualizadas del comunitarismo ético, herederos de las clásicas aportaciones del imperativo categórico kantiano. Por otra parte, y en segundo lugar, resulta ridículo presentar Estado y sociedad civil, lo público y lo privado, como polos aislados y enfrentados de una realidad perfectamente separable, cuando lo cierto es que la fuerte complejidad de las sociedades contemporáneas hacen más difusos e indefinibles que nunca viejos conceptos monolíticos muchas veces pensados para la realidad económica y social del siglo XVIII o XIX (Harris, 1990).

No es por tanto el problema más o menos Estado, sino qué tipo de Estado. El Estado del Bienestar socialdemócrata devino en un Estado pasivo, con peligro permanente de descomponerse por su falta real de participación, lo que provocó un sentimiento cívico de extrañamiento ante su paternalismo y exterioridad. El nuevo Estado del Bienestar, sólo podrá mantenerse a partir de una política social que pueda dar los suficientes incentivos de solidaridad e identidad como para aglutinar en torno a él tanto al movimiento obrero –cada vez más fragmentado por la estructura productiva del capitalismo posfordista (Alonso 1989, 1991b)– como a los nuevos movimientos sociales.

De lo que se trata es pues de reforzar la dimensión estructural y profunda del Estado de Bienestar en las sociedades industriales contemporáneas, lo que hace imposible pensar en la política social como en una simple opción coyuntural y residual, así como de posibilitar nuevas formas de gestión, más descentralizadas y flexibles, de los servicios sociales, haciendo entrar a nuevos sectores y actores en la esfera pública de la decisión –y no sólo del consumo– de tales servicios. Con ello sindicatos, organizaciones no gubernamentales, nuevos movimientos sociales, asociaciones de usuarios, empresas mixtas, voluntariado social, etc., pueden encontrar un lugar central en un futuro diseño más racional –no sólo más rentable– del bienestar social.

La actual desconfianza, lejanía y deslegitimación de las políticas públicas ha sido lo que ha hecho hablar de crisis social –y no sólo económica– del Estado del Bienestar; esto no quiere decir que el mecanismo del Estado del Bienestar se haya construido en contra de las demandas de la sociedad civil. Todo lo contrario, lo que ocurre como ha establecido Albert Hirschman (1989), es que este Estado se ha visto en buena medida sobrepasado, desordenado y asfixiado por el incremento de expectativas y demandas que su propia acción ha generado. La posibilidad de la existencia de espacios sociales no bloqueados por la excesiva “gubernamentalidad” del Estado del Bienestar como lo hemos conocido, está en la generación de un modelo social mixto con un Estado intervencionista que cree las condiciones básicas de financiación, garantía jurídica y expresión comunicativa de sujetos sociales, hasta ahora reducidos primero a consumidores pasivos en el Estado del Bienestar clásico o más tarde a sujetos excluidos o estigmatizados por el Estado asistencialista de orientación neoliberal.

El tercer sector

Es por esto que un tercer sector comunitario -compuesto por actores sociales autónomos, ONGs, sindicatos, movimientos sociales, redes asociativas, etc. (Ascoli, 1987)- debe orientar, organizar y hacer cristalizar no sólo pasivamente, sino activamente las demandas ciudadanas que surgen de los diferentes “mundos cotidianos de vida”, intersubjetivamente creados a través de situaciones de interacción concreta en marcos sociales históricamente específicos –concepto de la sociología fenomenológica que tiene una importante labor que cumplir en el estudio del bienestar social (García Roca, 1992, pp. 44 y ss.)–, lo que representaría un auténtico “pluralismo del bienestar” (Johnson, 1990), dado que no se puede llamar pluralismo a la existencia de un sector mercantil en el campo de la atención social que ha existido, existe y existirá

siempre mientras exista mercado y rentas diferenciales que puedan demandar servicios diferenciales también.

Por el contrario, un auténtico pluralismo daría cabida a grandes sectores de la población que o bien permanecerían excluidos de los servicios en caso de la privatización, o bien permanecerían como receptores mudos en caso de una estrategia de tipo estatalista y/o institucionalista del bienestar social.

En esta estrategia mixta, lo público y lo privado no se disuelve lo uno en lo otro, sino que se integra en proceso activo de solución de problemas en un momento de complejidad de lo social que soporta bastante mal el corte rígido de dos esferas que se vienen interpenetrando mutuamente hace más de medio siglo. Ya que si la seguridad y solidaridad de la prestación estatal de servicios es hoy irrenunciable como estrategia de ciudadanía, también es cierto que esa ciudadanía no puede tener en lo público sólo un prestador mudo y ciego de servicios hipercentralizados y catalogados técnicamente, sin participación, rectificación o autorganización de los interesados y afectados directamente por ellos.

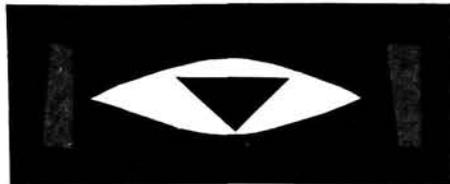
A la altura del siglo que vivimos ya sabemos que la introducción de mecanismos de mercado pueden servir como sistemas asignativos para el funcionamiento ciertas esferas de las sociedades complejas, pero el mercado debe de estar al servicio de la sociedad, no la sociedad al servicio del mercado. El principio exclusivo del interés propio es incompleto y degradante como sistema de organización social y sólo la existencia de una moralidad social —no sólo individual— es capaz de superar las dinámicas destructoras y desorganizadoras del mercado (Hill y Bramley, 1990). El Estado del Bienestar representó ese principio —ahora parcialmente interrumpido— de moralidad social que hoy en día sólo tiene su recuperación en su superación; todos conocemos sus limitaciones y sus estrangulamientos, todos clamamos por la reorientación de su gestión, así como por su sensibilización y adaptación hacia nuevos agentes y conflictos sociales que en ningún caso son reducibles al conflicto económico/salarial clásico corporativamente desarrollado (Alonso, 1986, 1991a), pero difícilmente se puede estar por su liquidación o por su transformación en una instancia simplemente disciplinaria de la organización social. Porque, pese a los tópicos, ni lo público se puede confundir con el Estado —lo que sería caer en una especie de nuevo jacobinismo—, ni la sociedad civil es el mercado, como intencionadamente pretenden hacernos creer los más o menos nuevos liberales (*vid.* críticamente Rosanvallon, 1985, 1988).

Salir de la dialéctica cerrada y enfrentada estatización/privatización, es, por una parte, reconocer los efectos perversos y desplazamientos de fines de la burocratización estatal, pero, por otra parte, también reconocer las irracionalidades excluyentes y la negación de lo social que supone el funcionamiento único y privilegiado del mercado.

[Este artículo es complementario, tanto en el uso de los materiales, como en que es una amplia continuación de la reflexión allí iniciada, de la ponencia presentada en las jornadas sobre «Pobreza y marginación a debate», organizadas por el sindicato ESK-CUIS y publicada parcialmente en Alonso (1992).]

Referencias bibliográficas

- Aglietta, Michel (1986): *Regulación y crisis del capitalismo. La experiencia de los Estados Unidos*, México, Siglo XXI, 1979.
- Alonso, Luis Enrique: «La mediación institucional y sus límites en el capitalismo avanzado» en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 35.
- Alonso, Luis Enrique (1989): «Proceso de trabajo y objeto de consumo», en *Sociología del Trabajo*, nº 8.
- Alonso, Luis Enrique (1991): «Los nuevos movimientos sociales y el hecho diferencial español: una interpretación», en Vidal-Beneyto, José (ed.), *España a debate*, Madrid, Tecnos, vol. 2, La sociedad.
- Alonso, Luis Enrique (1991 b): «Conflicto laboral y cambio social. Una aproximación al caso español», en Faustino Miguélez y Carlos Prieto (comps.), *Las relaciones laborales en España*, Madrid, Siglo XXI.
- Alonso, Luis Enrique (1992): «Posfordismo y Estado intervencionista», en AA. VV., *La sociedad de la desigualdad*, Donostia, Gakoa.
- Ascoli, Ugo (1987): «Estado de bienestar y acción voluntaria», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 38.
- Attali, Jacques (1989): *Historia de la propiedad*, Barcelona, Planeta.
- Attali, Jacques (1991): *Milenio*, Barcelona, Seix Barral.
- Boyer, Robert (1986): *Capitalismes fin de siècle*, Paris, Presses Universitaires de France.
- Crozier, Michel y otros (1975): *The crisis of democracies. Report of the governability of democracies*, Nueva York, New York University Press.
- García Roca, Joaquín (1992): *Público y privado en la acción social. Del Estado de bienestar al Estado Social*, Madrid, Editorial Popular.
- Gilder, George (1984): *Riqueza y pobreza*, Madrid, Instituto de Estudios Económicos.
- Gough, Ian (1982): *Economía política del Estado del bienestar*, Madrid, H. Blume.
- Habermas, Jürgen (1975): *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Habermas, Jürgen (1988): *Ensayos políticos*, Barcelona, Península.
- Harris, David (1990): *La justificación del Estado de bienestar*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales.
- Harris, Ralph (1989): *Más allá del Estado de bienestar*, Madrid, Instituto de Estudios Económicos.
- Hill, Michael y Bramley Glen (1990): *Analising social policy*, Oxford, Basil Blackwell, reimp.
- Hirschman, Albert O. (1989): *Enfoques alternativos sobre la sociedad de mercado*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Johnson, Norman (1990): *El Estado de bienestar en transición. La teoría y la práctica del pluralismo de bienestar*, Madrid, Ministerio de Trabajo.
- Leonardis, Ota de (1992): «Políticas sociales, reinventar nuevos parámetros», en Alvarez Uría F. (ed.), *Marginación e inserción*, Madrid, Endymión.
- Lepage, Henri (1979): *Mañana el capitalismo*, Madrid, Alianza.
- Mishra, Ramesh (1990): *The Welfare State in capitalist society*, Londres, Harvester/Wheatsheaf.
- Mishra, Ramesh (1992): *El Estado de bienestar en crisis*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad social.
- Nozick, Robert (1988): *Anarquía, Estado y Utopía*, México, FCE.
- O'Connor, James (1981): *La crisis fiscal del Estado*, Barcelona, Península.
- O'Connor, James (1987): *The meaning of crisis*, Oxford, Basil Blackwell.
- Offe, Claus (1985): *Disorganized capitalism*, Oxford, Polity Press.
- Offe, Claus (1990): *Contradicciones en el Estado de Bienestar*, Madrid, Alianza.
- Rodríguez Cabrero, Gregorio (1991): «Estado de bienestar y sociedad de bienestar», en Rodríguez Cabrero, Gregorio (ed.), *Estado, privatización y bienestar*, Barcelona, Icaria.
- Rosanvallon, Pierre (1985): *La crise de l'Etat-providence*, Paris, Seuil, 2ª edición ampliada.
- Rosanvallon, Pierre (1988): *La question syndicale*, Paris Calmann-Lévy.



2 El malestar democrático

¿Ciudadanía europea o transnacional?

Etienne Balibar

Recuperamos la cuestión de una ciudadanía europea o transnacional (dos formulaciones que no son equivalentes, pero que se solapan una a otra en una parte de las discusiones actuales), en una coyuntura que constituye un giro histórico anunciado.

En realidad, este giro ha sido anunciado dos veces. La primera, como uno de los plazos de la construcción europea. Desde que fueron adoptados los proyectos de institución de la libre circulación (es decir, a mediados de los años setenta), la superación de una etapa en la historia de las naciones europeas ha sido, en cierto modo, programada. Así, se ha difundido la idea, de un modo estrictamente milenarista, de que ese momento sería alcanzado (en 1993) y que se iban a observar sus efectos (o llegado el caso, sufrir las tensiones o crisis).

El giro fue objeto de un segundo anuncio cuando se produjeron los cambios políticos en Europa del Este (que varios periodistas y politólogos calificaron de “revolución de 1989”). El “imprevisto” hundimiento del comunismo ha sido interpretado como aportación de un grado suplementario de necesidad y, a la vez, como exigencia de una realización más firme de los planes de ciudadanía europea (incluso como corolario de una nueva relación de fuerzas mundial).

Caminos inesperados

Ahora bien, el tema que nos interesa desde hace tres años es, sobre todo, que la evolución histórica diverge sistemáticamente respecto al tipo de problemas anunciados. No decimos que no está en marcha un cambio de época, sino que lo que lo caracteriza es, justamente, no seguir el camino que había sido establecido. Pensemos en la toma de conciencia de las contradicciones (entre naciones europeas, entre grupos sociales dentro de cada nación, entre “clase política” europea y “pueblos” o “clases populares”) que ha resultado del Tratado de Maastricht. Pero pensemos, sobre todo, en que los límites de la construcción europea han sido puestos en cuestión y no

está excluida la concomitancia de esta construcción con crisis de la unidad nacional en algunos Estados miembros (Reino Unido, Italia, etc.).

La interferencia entre la ciudadanía europea y la inmigración extra-europea se plantea también en términos imprevistos: no solamente como una cuestión poscolonial, o de interpenetración del "Norte" y del "Sur", sino como una cuestión general del mantenimiento de la noción de "frontera" en el mundo. Hemos salido, sin preaviso, del mundo de las fronteras entre los "dos campos", que sobredeterminaban todas las demás. Pero ¿cuáles son hoy las fronteras geopolíticas y qué es exactamente una frontera?

Esta situación abre dos posibilidades de interpretación: la primera, que el debate sobre la ciudadanía europea es la conclusión de un proceso emprendido hace largo tiempo, que encuentra al fin su momento político y reflexivo; la segunda, que se trata de un síntoma del sesgo inesperado ("catastrófico", en el sentido etimológico del término) que adquiere hoy la historia en Europa. En realidad, ambas interpretaciones son ciertas, cada una a su nivel, de modo que los paradigmas establecidos a la espera de un giro anunciado sirven para reaccionar ante la catástrofe imprevista. Por consiguiente, lo más interesante es el intervalo entre los paradigmas y el objeto al que se les confronta.

Resulta de ello la necesidad de discutir de la ciudadanía europea de un modo no formal, sino histórico. No se trata de saber en qué condiciones sería posible unificar las concepciones de la ciudadanía que existen en Europa o superar sus diferencias técnicas. Tampoco de debatir, en una perspectiva de ciencia política, sobre un nuevo paradigma de relación entre los comportamientos colectivos y la organización de los poderes públicos, exigido por una construcción supranacional (por ejemplo, un paradigma en el cual el "pluralismo" cultural tenga, de entrada, un carácter constitutivo). Se trata de comprender por qué la historia europea actual coincide con un giro de las ideas que constituyen la noción misma de ciudadano, precipitando en cierto modo toda su genealogía.

Dos modelos de ciudadanía

Parece haber dos grandes modelos de ciudadanía (entre los cuales tuvo lugar un largo proceso de transformación). El primero es el de la ciudad antigua, greco-romana. El segundo es el del Estado-nación de los siglos XIX y XX, cuyas variantes han ido surgiendo una tras otra en el espacio europeo, antes de ser formalmente exportadas al mundo entero (especialmente como efecto de la colonización y la descolonización).

La ciudadanía antigua es indisociable de la idea de *status* personales diferenciados, garantizados hereditariamente o casi hereditariamente. Por el contrario, la ciudadanía nacional moderna es indisociable de un cierto universalismo de principio (universalismo de los derechos, en particular del derecho a la participación política: el sufragio universal; universalismo de posibilidades: la escolarización; universalismo de los ideales democráticos, cualquiera que sea su realización efectiva).

Sin embargo, el paso de un modelo a otro fue acompañado por la continuidad de un principio de exclusión (entre los "conciudadanos" y los "extranjeros") sin el cual no habría comunidad y, por consiguiente, no habría "política". La presencia de este principio antropológico en la ciudadanía moderna es especialmente sorprendente porque

ésta se refiere a principios universalistas: la ciudadanía positiva tiene como segunda cara una figura ideal que, por ejemplo, se llama "cosmopolitismo". El cosmopolitismo es a la política real lo que son los "derechos humanos" a los "derechos del ciudadano" en un Estado determinado.

Pero, en este terreno, la perspectiva de una ciudadanía supranacional o transnacional hace surgir inmediatamente una temible dificultad. Es claro que no basta definir la nueva "comunidad de ciudadanos" como una suma o fusión de las comunidades nacionales preexistentes: tal suma, o no añadiría nada a los conceptos de ciudadanía ya dados, o significaría que las ciudadanía nacionales son confundidas, absorbidas las unas en las otras o en una de ellas que se haga dominante (sobre el modelo de lo que acaba de producirse en Alemania). Por consiguiente, hay que proceder a la inversa, por la definición normativa de una comunidad de "conciudadanos" que la historia no ha producido como tal, aunque le haya conferido un cierto número de justificaciones. Podemos buscar esta definición desde una perspectiva artificialista pura (la conclusión de un nuevo "contrato" entre europeos), o bien apoyarla sobre elementos naturalistas (la comunidad de cultura o de historia, mas que la descendencia en sentido estricto). Pero el obstáculo mayor es siempre el mismo: la necesidad de formular una regla de exclusión que tenga bases de derecho y de principios, que no puede consistir en la pura y simple conjunción de las diferentes exclusiones existentes (en cierto modo: serían "ciudadanos europeos" todos los que no estén excluidos de sus ciudadanía nacionales respectivas).

Esta dificultad se manifiesta con fuerza respecto a la ciudadanía de los inmigrados (incluyendo en esta categoría a todos los trabajadores extra-comunitarios y sus familias que residen establemente desde una o varias generaciones, y a una parte, al menos, de los "demandantes de asilo"). Pese a los procedimientos de naturalización (facilitados muy desigualmente según los países) y al "cierre de la inmigración" decidido oficialmente por la mayor parte de los países a mediados de los años setenta, se considera que la proporción de inmigrados, en el sentido anterior, es al menos del 8% en la población europea (de la CE). Este hecho genera una incongruencia para la noción misma de ciudadanía en el sentido siguiente: diversas "ciudadanía nacionales" preexistentes, pueden sin contradicción (al menos aparente) mantener en un *status* de extranjería sobre su propio territorio a individuos o grupos que han entrado en él en un momento dado (por más que esto sea fuente de constantes equívocos a medida que esos individuos y esos grupos se estabilizan y se integran en la vida social y en el funcionamiento de gran número de instituciones).

Por el contrario, una ciudadanía nueva que se creara en el continente europeo debería por ello mismo decidir (y establecer como principio) que no se extiende a algunos de los individuos presentes en él y que, en ese sentido, los "separa de los otros", según un criterio genérico aplicable en todos los países; se crearía así la categoría de los "residentes en Europa no ciudadanos". En resumen, no podría escapar a la constitución del *apartheid* en el mismo momento en que se reclama de un progreso en el universalismo.

La dificultad no se resuelve, en modo alguno, haciendo referencia a los "componentes nacionales" de la ciudadanía europea, ya que eso supondría proclamar como insuperable el concepto de ciudadanía nacional, en el momento mismo en que se pretende relativizarlo. Entonces, ¿cuál es la alternativa? Sólo puede ser emparejar

una definición de “comunidad cívica” con un principio de apertura (incluso reglamentado). Lo que nos llevaría no sólo a reconocer que la entidad y la identidad europeas son, de hecho, el resultado de una convergencia sobre el suelo europeo de grupos originarios de todas las partes del mundo, sino sobre todo a que la ciudadanía se defina por principio como una pertenencia no exclusiva. Idea lógicamente enigmática y prácticamente sin precedentes en la historia.

El fundamento contractual de la ciudadanía

Una dificultad, inversa en cierto sentido a la anterior, se refiere al fundamento “contractual” de la ciudadanía y de su relación con la noción de *status*. No se puede seguir enteramente a los juristas y politólogos que definen desde un punto de vista de principios la ciudadanía como un *status* (a imagen de la nacionalidad). Porque lo que origina la continuidad relativa entre diferentes modos de institución de la ciudadanía en la historia y permite comprender la relación, al menos teórica (aunque siempre problemática), que mantiene con conceptos tales como democracia y soberanía popular, es justamente que la noción de “ciudadano” (*polités, civis, bürger*, etc.) expresa una capacidad colectiva de “constituir el Estado” o el espacio público. En otros términos, expresa una relación social en la cual los derechos y libertades reconocidos a los individuos y las obligaciones que constituyen su contrapartida no emanan de un poder transcendente, sino únicamente del reconocimiento mutuo de los ciudadanos. De ahí procede la relación entre la idea de ciudadanía y la de igualdad.

Sin embargo, hay que convenir en seguida que, si la ciudadanía no se define nunca a partir de una simple posición estatutaria (por tanto, de una forma desigualitaria y jerárquica), esta posición se reintroduce siempre inmediatamente: no sólo de forma externa, por la distinción entre “ciudadanos” y “extranjeros”, sino sobre todo de forma interna. La ciudadanía corresponde siempre a la constitución de una sociedad diferenciada y al funcionamiento de un Estado (implica por consiguiente, como mínimo, una diferenciación de los “gobernantes” y de los “gobernados” y una diferenciación de la “función pública” y de la “sociedad civil”).

Esta tensión entre el polo igualitario de la “forma ciudadano” y su polo estatutario (o jerárquico) origina toda la movilidad histórica de la ciudadanía, porque es imposible encerrarla a priori en una figura única o declararla definitivamente terminada. No obstante, su historia real (y la de las luchas que ha contenido) no ha sido nunca verdaderamente escrita (entre otras cosas, a causa de la ilusión de un progreso continuo hacia la participación cívica, típica de la filosofía de la Ilustración y de su heredera, la filosofía romántica de la historia, y después, de la ilusión simétrica, sostenida por la ciencia política y la sociología, en una decadencia irreversible que llevaría a la despolitización, al individualismo y al clientelismo colectivo).

Podemos hacer la hipótesis de que se producen aquí dos movimientos simultáneos. Uno conduce desde una ciudadanía como *status* hacia una ciudadanía como productora de *status*. Es decir, desde una situación en la cual las instituciones especifican las condiciones, mas o menos restrictivas, de un pleno ejercicio de los derechos (situación que se prolonga muy lejos en la historia contemporánea, como muestra la cuestión de la ciudadanía “activa” y “pasiva” y, sobre todo, la de la ciudadanía de las

mujeres), hacia una situación en la que, supuesta la universalidad de los derechos cívicos, la calidad de ciudadano conlleva un reconocimiento de derechos específicos, y especialmente de derechos sociales.

Una tensión extrema

El otro movimiento es el que conduce desde un derecho a la política ejercido de una forma indiferenciada (por consiguiente, con independencia de toda separación de poderes), pero por una colectividad limitada, hacia una participación en las actividades del Estado y de la "sociedad civil" cada vez mas amplia, pero también cada vez mas diferenciada: esta participación "democrática" toma consecuentemente la forma de un equilibrio entre varias funciones y varios grupos (por ejemplo, en los regímenes parlamentarios actuales: los electores, los políticos, los expertos, los militantes, etc). Por ello es razonable suponer que el momento actual presenta una expresión extrema de la tensión entre el aspecto igualitario y el aspecto estatutario de la ciudadanía, de la cual parece difícil salir sin una redefinición profunda de una y otra, por dos razones, al menos, igualmente inevitables: una, las contradicción que afecta a la noción fantasmal de Estado europeo, oficialmente inexistente, pero que no por ello deja de desarrollarse y de aumentar sus prerrogativas constantemente; podemos decir por ello que ese Estado consiste en una suma de prácticas estatales cuyo centro exacto de legitimidad, de poder y de control permanece oscuro para los mismos que, teóricamente, lo ocupan. Pero detrás de este proceso aparentemente anárquico, aunque esté sometido a las relaciones de fuerzas entre potencias "públicas" y "privadas", se abre una contradicción fundamental: el papel de los contrapoderes. Porque la forma clásica bajo la cual se "resolvía" la oposición entre el poder constituyente de los ciudadanos (su "soberanía" teórica) y el hecho de que siempre hay ya Estado, separado de la masa de ciudadanos y ejerciendo sobre ellos un papel de tutela, de control, de represión, de formación, etc., era la construcción de contrapoderes, a partir de la "sociedad civil" (y que, por ello mismo "incorporaban", la sociedad civil al Estado, sin disolverla en él). Cuando esta construcción no era solamente defensiva o reactiva, tendía hacia lo que puede considerarse la definición mas dialéctica de la ciudadanía: el ejercicio por los individuos de un control colectivo sobre los poderes sociales instituidos, del cual depende precisamente su existencia (el "control de los controladores", en cierto sentido).

El regreso de la lucha de clases

Pero las condiciones actuales de construcción de la ciudadanía europea hacen este control prácticamente imposible, porque yuxtaponen de una forma absolutamente nociva el postulado de una identidad colectiva con la realidad de una proliferación administrativa y estatal autónoma, que sin embargo no se piensa y no se presenta como Estado. En consecuencia, asistimos a un regreso virtual a formas salvajes, no mediatizadas, no "conscientes de sí mismas", de la lucha de clases.

Este diagnóstico podría parecer sorprendente. Pero hay un gemen de este regreso

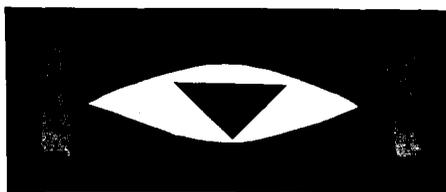
cuando los arbitrajes entre política económica y políticas sociales o culturales se desplazan cada vez mas (real o ficticiamente) hacia el "nivel europeo", mientras se profundiza el desequilibrio entre las posibilidades de las diferentes categorías sociales de utilizar el aparato político y administrativo al servicio de sus intereses respectivos. Por consiguiente, el sentimiento de neutralidad, real o ficticia, del Estado está perdiendo velocidad aceleradamente. Esto no puede separarse, obviamente de la coincidencia entre la construcción de una ciudadanía europea y una ruptura de continuidad de una extraordinaria brutalidad en la historia de los movimientos sociales, y en primer lugar, del movimiento obrero, cuya relación conflictiva con el Estado desde hace mas de un siglo constituía la base principal de la emergencia de contrapoderes.

La segunda razón es la relación que la construcción europea mantiene con el espacio mundial que le rodea. La "ciudadanía europea" ocupa ahí teóricamente una función a la vez "ofensiva" y "defensiva". Desde que el pasaporte europeo ha formalizado la diferencia de *status* entre los "EEC citizens" y "others" (lo que quiere decir ante todo: "otros" del Este y del Sur), la ciudadanía europea (en competencia con las ciudadanía japonesa y, sobre todo, americana) tiende a convertirse en una especie de *status* personal a escala mundial. Por tanto, sus funciones "internas" son constantemente sobredeterminadas por sus funciones "externas" de competencia y de jerarquía, en el espacio de la economía-mundo. Pero, por otra parte, la Comunidad Europea con su propia ciudadanía debe volver a situarse inevitablemente en una postura que podríamos llamar, analógicamente, "imperial": al menos en cuanto, por definición (como ha con firmado el hundimiento soviético), sólo una construcción supranacional de ese tipo es posible en Europa.

En consecuencia, la existencia de "márgenes" o de "marcas", en una situación intermedia de clientela y de admisión potencial, y por consiguiente la cuestión de los límites de ese casi-Imperio (al Este, al Sur) está planteada permanentemente. No hay razón alguna para pensar que sea hoy mas fácil resolverla pacíficamente que lo fue en el pasado en situaciones análogas...

Paris. Septiembre de 1993

Traducción: Miguel Romero



3 El malestar democrático

Las fiestas salvajes de las democracias modernas

Alain Brossat

En una entrevista publicada en un reciente número de la revista *Communications* **1**, dedicado a los trabajos del sociólogo Norbert Elias, el historiador Roger Chartier propone la reflexión siguiente: «Hay una aparente y formidable contradicción entre el proceso de civilización descrito como un acantonamiento de la violencia y como una pacificación del espacio social y la presencia de formas extremas de violencia en las sociedades contemporáneas, comenzando por la Shoah **1*** (...). Todas las formas de violencia de Estado institucionalizadas y controladas crean la posibilidad de su manipulación por individuos privados para la satisfacción de sus propios intereses o de sus propias pulsiones. Así, el Terror durante la Revolución francesa, la Inquisición y, sin duda alguna, la solución final en la Alemania nazi delegaron en la violencia de Estado (o de la Iglesia) la resolución de conflictos situados en el orden de lo privado» **2**.

Chartier subraya así que la Inquisición no sólo tuvo por función, y por decirlo así, como utilidad, permitir a la Iglesia «censurar los pensamientos o las prácticas heterodoxas», sino también «denunciar y lograr la condena del vecino, el conocido, el enemigo familiar»; basta haber leído la novela de Anatoli Ribakov *Los hijos de Arbat* y, sobre todo, su continuación *El terror*, para convencerse de que éste es también un punto de vista consistente en lo que se refiere a los años de terror en la URSS estalinista **3**. Lo que Chartier denomina «la hostilidad privada» ha encontrado aquí también, moldeándose dentro de los «procedimientos inquisitoriales» (terroristas), «una forma aprobada por una autoridad legítima y poderosa. El Terror podría ser interpretado de la misma forma y también la solución final», concluye el historiador.

Las coyunturas represivas

Estas observaciones constituyen para nosotros una incitación a “releer” y reinterpretar lo que otros historiadores, principalmente especialistas en la “caza de brujas”, llaman las “coyunturas represivas”, describiéndolas como un campo de tensiones, de fuerzas antagónicas, donde vemos enfrentarse, por ejemplo, representaciones y prácticas ancestrales enraizadas en la cultura popular tradicional y los nuevos dispositivos de la cultura de la Iglesia y del Estado, las ambiciones de las nuevas élites **4**. Se trataría pues de analizar estas coyunturas represivas, que balizan el camino de nuestra mo-

1/ «Le gouvernement du corps». *Communications* n° 56, Seuil, 1993.

***/** Nota de la Redacción: Palabra que designa la “solución final”, el exterminio del pueblo judío por los nazis.

2/ *Ibid.* «Comment penser l'autocontrainte?», entrevista con Roger Chartier sobre la obra de Norbert Elias.

3/ Albin Michel, 1988 y 1992.

4/ Ver por ejemplo: Ginzburg, Carlo: *les Batailles nocturnes. Sorcellerie et Rituels agraires aux XVI et XVII siècles*, Champs Flammarion, 1984; Muchembled, Robert: *Sorcières, Justice et Société aux XVI et XVII siècles*, Imago, 1987.

derinidad, no sólo bajo el ángulo de la violencia planificada y “estratégica”, del Estado (del poder como centro y como “sujeto”), sino también bajo el ángulo –subestatal, infraestatal– del despliegue de la “hostilidad privada” que hacen posible; el camino que conduce del “poder fascista” a la “solución final” pasa ciertamente por la conferencia de Wannsee ¹; pero pasa también por la apertura de un amplio campo en el que se puede desplegar y prosperar una violencia individualizada, una violencia de “todos contra todos”, es decir de cada uno contra cada uno, violencia real y simbólica, contenida en lo esencial, dentro de las figuras “normales” del Orden. En este sentido, las “coyunturas represivas” son una buena muestra, para quienes se ven arrasados por ellas, y también para el investigador, de ese carácter de “pausa”, de interrupción del Orden, definido como el espacio de lo “cotidiano” de lo repetitivo, de lo ordinario. Como “brecha” en el tiempo de la costumbre y de la repetición (de los trabajos y de los días), presentan una evidente, aunque paradójica, afinidad morfológica con la “fiesta” inmemorial, las saturnales, el carnaval.

Los análisis innovadores de Michel Foucault sobre el poder insisten también en esta individualización de la violencia en las “coyunturas represivas”, bajo la forma de una formidable diseminación de poder; comentando la película de Louis Malle *Lacombe Lucien*, Foucault escribe: «El marxismo ha dado del nazismo y del fascismo una definición: dictadura terrorista abierta de la fracción más reaccionaria de la burguesía. Es una definición a la que falta todo un contenido y toda una serie de articulaciones; en particular, que el nazismo y el fascismo sólo fueron posibles en la medida que pudo haber, en el interior de las masas, una porción relativamente importante que tomó bajo su responsabilidad y por su cuenta, un cierto número de funciones estatales de represión, de control, de policía. Hay ahí, creo, un fenómeno importante del nazismo. Es decir su penetración profunda en el interior de las masas y el hecho de que una parte del poder fue efectivamente delegado a una cierta franja de las masas.

«Es ahí donde el concepto dictadura es, a la vez, verdadero en general, pero relativamente falso. ¡Cuando se piensa en el poder que podía tener, en un régimen nazi, un individuo a partir del momento en el que era simplemente SS o estaba inscrito en el Partido! Podía efectivamente matar al vecino, apropiarse de su mujer, su casa (...). El hecho es que, contrariamente a lo que se entiende habitualmente por dictadura, es decir el poder de uno solo, se puede decir que, en un régimen como aquél, se daba la parte más detestable, pero en un sentido más embriagadora, del poder, a un número considerable de gente. El SS era aquél a quien se le había dado el poder de matar, de violar» ⁵.

Una inversión de valores

La última frase de esta demasiado larga cita lo subraya muy claramente. Examinada bajo este ángulo, la “coyuntura represiva” no debe ser analizada sólo como una inte-

¹/ La conferencia de Wannsee tuvo lugar el 20 de enero de 1942. En ella se ultimó el plan nazi para llevar a cabo la “solución final”: separación de sexos, exterminio por medio de trabajos forzados y falta de alimentación, “tratamiento adecuado para supervivientes. Todos los judíos europeos fueron trasladados a los campos de concentración del Este.

⁵/ Por otra parte, se pueden interpretar las numerosas reacciones negativas que provocó *Lacombe Lucien* a mediados

rupción momentánea del Orden, sino también como suspensión provisional de los códigos elementales de la civilización: a favor de una espectacular inversión de los valores, de los principios y de las reglas de la vida civilizada, aquél a quien es delegada una porción individualizada del poder (como violencia) en ese "paisaje" insólito — la sociedad fascista en este caso— se ve animado a practicar un formidable "carnaval" ético y axiológico: no sólo la prohibición del robo, la violación, el asesinato está suspendida, sino que su transgresión sistemática, su atropello se encuentran *valorizados*, en el sentido estricto de la palabra. Se encuentra aquí una reflexión bien conocida de Roger Caillois sobre la guerra concebida como "fiesta moderna", tiempo por excelencia de la inversión de los valores: «La ley suprema de los grupos primitivos sobre la que reposa el orden social está constituida por la regla de la exogamia, la de las sociedades modernas por el respeto de la vida del otro (...). Pero en cuanto viene la hora del combate o de la danza surgen nuevas normas» /6.

De estas reflexiones se derivan dos conclusiones provisionales, igualmente importantes. En primer lugar, parece claro que las sociedades modernas, incluso, como veremos, las que se han dotado de regímenes (sistemas) democráticos, tienen una necesidad vital de momentos de suspensión, de interrupción del Orden y de los códigos civilizados que se asocian a él, de un Orden fundado, si se siguen los brillantes análisis de Norbert Elias, sobre un desarrollo continuo de los mecanismos del autocontrol y de la autorepresión de los individuos, o bien, si se sigue a Foucault, de un Orden moderno fundado en el despliegue en redes cada vez más cerradas de dispositivos de disciplina y de vigilancia, de normas /7.

Estos momentos (coyunturas) serían otras tantas brechas, "agujeros" en el "proceso de la civilización" y se vería desplegarse en ellos, principalmente, formas de violencia extrema, movimientos de evasión espectaculares fuera de los senderos "morales" de la civilización; el movimiento mismo de la "civilización" estaría integrado por esta alternancia, por estos momentos de "regresión" o de explosión periódicas, que deberían ser analizados destacando más su carácter recurrente e inevitable ("necesario"), que en su aspecto "aberrante", "accidental", "demencial", etc.

Parece en efecto que *periódicamente*, en la bastante larga duración de nuestra modernidad y de sus premisas, la pacificación rigurosa de la vida social, que incluye la de la esfera íntima de los individuos, el control puntilloso (tanto "masivo" como individual) de la violencia social deben encontrar su *compensación* en la aparición de coyunturas en las que puedan producirse espectaculares trances, poderosos movimientos de relajación y de inversión de la energética de la civilización, estando el límite en esas "fiestas de locos" planetarias que son las guerras totales del siglo XX. En esos "agujeros negros" de la civilización se despliegan formas de violencia extrema, de "monstrualización", tanto en las masas, como en los individuos: a lo que representa desde este punto de vista la planificación de la "solución final" en el plano macrocósmico corresponde lo que encarna a nivel microcósmico la metamorfosis en monstruo (vampiro) del "hombrecillo" moderno y de su psique normalizada, como

de los años 70 por este enfoque "herético" del fascismo. La cita de Foucault está tomada de una entrevista con Pascal /6/ Caillois, Roger: *l'Homme et le sacré*, Folio Essais, 1991.

/7/ Ver especialmente Elias, Norbert: *la Civilisation des moeurs y la Dynamique de l'Occident*, Presses Pocket, 1989 y 1990; Foucault, Michel: *la Volonté de savoir*, Gallimard, 1976; y *Surveiller et punir, naissance de la prison*. Gallimard, 1975.

ilustran los notorios casos de Rudolf Giessm, el comandante de Auschwitz, de Jurgen Stroop, el liquidador del *ghetto* de Varsovia, y también algunos otros.⁸ Marguerite Duras ha expresado notablemente, en su *Hiroshima mon amour* y la profesión de fe que la acompaña, cómo estas “excursiones” brutales fuera de los caminos de la civilización y los movimientos de “deshumanización” que las acompañan se despliegan en todas las esferas de la existencia y no se limiten ni a las más íntimas: «Es como si el desastre de una mujer rapada en Nevers y el desastre de Hiroshima se correspondieran exactamente» ⁹.

El imperio de los individuos

En segundo lugar, hay que insistir en que estas “excursiones” bárbaras tienen como materia y actores de primer plano a los individuos, y no sólo a los “régimenes”, los “sistemas”, los Estados, los macro-sujetos de la sociedad moderna. En efecto, ésta es, como ha subrayado Norbert Elias, *la sociedad de los individuos* ¹⁰, es decir, una sociedad regida por un código en el que lo comunitario se ha encontrado sistemáticamente desvalorizado en beneficio de lo individual, en la que los usos de la razón (Descartes), de la moral (Kant), de la conveniencia (Elias) han sido rigurosamente individualizados, en el que la soberanía (civil, política) ha sido reterritorializada del lado de un ciudadano individual, en el que los cuerpos individuales han aprendido a lo largo de los siglos a mantener una distancia entre sí. No es casualidad si al comienzo del siglo XIX un conservador partidario de la teocracia como Louis de Bonald veía en la sustitución de los valores individuales a los valores sociales (comunitarios) el origen de todo el mal que sufren los Estados modernos ¹¹; a la filosofía de la Ilustración, reprocha haber concedido un privilegio sistemático al hombre individual, de haber «hecho picadillo los Estados y las familias», de haber producido la ficción absurda del contrato social que pone la realidad al revés imaginando «la invención de la sociedad por los individuos y (pensando) la sociedad a imagen de una asociación voluntaria», de haber reemplazado la obediencia a Dios y el sentido del orden por el fetiche de los derechos del individuo, de los derechos humanos. Con gran claridad, Bonald realza (para lamentarse por ello, pero esto es otro asunto) que todo el discurso de la modernidad contribuye a promover la visibilidad del individuo, a hacer de la individualidad un valor, a fundar el sistema político posrevolucionario sobre este nuevo ídolo; la institucionalización ulterior de los regímenes democráticos no ha desmentido, sino todo lo contrario, este diagnóstico. Por ello, es totalmente decisivo examinar la forma en que en los Estados modernos –incluso, lo que es esencial, las democracias contemporáneas–, los individuos ven cómo se les ofrece la posibilidad, en las evasiones periódicas fuera de los límites del Orden, de hacerse actores,

⁸/ Hoess, Rudolf: *Le commandant d'Auschwitz parle*, Maspero, PCM, 1979; y Moczarski, Kazimierz: *Entretiens avec le bourreau*, Gallimard Témoins, 1979.

⁹/ Folio, 1973.

¹⁰/ Elias, Norbert: *la Société des individus*, Fayard, 1991.

¹¹/ Sigo el capítulo dedicado a Bonald por Todorov, Tzvetan: *les Morales de l'histoire*, le Collège de philosophie, Grasset, 1991.

agentes, "sujetos" de una violencia extrema, de actitudes, de sensaciones, emociones, incluso "pensamientos" que el código civilizado prohíbe o incluso sanciona en tiempo "normal".

En estas coyunturas particulares en las que la dimensión de la violencia persecutoria está siempre presente, cuando no está instalada en el centro del "juego", el individuo se ve dotado de un maná de poder, de un capital de violencia real y simbólica de la que "normalmente" está privado: dispone *realmente* de la posibilidad de encarcelar, torturar, deportar, matar a su vecino denunciándole como brujo, contrarrevolucionario, judío, trotskista, etc.; pero se encuentra también repentinamente dotado de una violencia y de un poder simbólicos, convirtiéndose así, al disponer de este modo del *derecho* (arcaico) de vida y de muerte sobre sus semejantes, en un "soberano" o al menos un "juez", un "inquisidor", un "pequeño Stalin" de un instante: es el tiempo del carnaval siniestro en el que oscuros peluqueros se convierten en Fouché o en Beria, monarcas absolutos que dan risa, o mejor, lágrimas; es el momento de las espectaculares e "inexplicables" metamorfosis en las que el "simpático vecino" va con su carta anónima a la policía, denunciando vuestra culpable costumbre de escuchar Radio Londres. Estas metamorfosis vampíricas de los individuos con ocasión de los "paréntesis" bárbaros recurrentes constituyen uno de los ángulos muertos más notorios del discurso apologético de la civilización, y aún más, de la democracia; a falta de poder (querer) relacionarlas con su fundamento antropológico y al "terrible secreto" de la civilización moderna que traicionan, a falta de mirar de frente su espantoso poder de verificación, se las diluye en el agua tibia de la "estupidez humana" y otras generalidades banales. Pero, por otro lado, no es casualidad si los archivos departamentales de toda Francia conservan reclusas e incommunicables las miles y miles de cartas de denuncia escritas durante la guerra y la Liberación, remitidas por las administraciones "receptoras" /12.

En las democracias modernas, estos momentos (estas "escenas", que son también *crisis*) en los que ceden las barreras de la autorepresión, constituyen, por excelencia, el agujero negro, lo innombrable. Por esta razón, los discursos de legitimación de estas democracias despliegan tantos esfuerzos para endosar la culpa de estas irrupciones de violencia institucionalizada y "validada" desde arriba a los "régimenes totalitarios"; para la apologética democrática contemporánea, es propiamente vital poner en la cuenta del totalitarismo las escenas de persecución más masivas, las "fiestas salvajes" más bárbaras, los ritos de violencia más espectaculares y mejor memorizados que se hayan conocido durante los tiempos modernos: al "totalitarismo nazi" corresponden los carniceros de Auschwitz; al "totalitarismo soviético", los montones de cadáveres helados de Kolyma. Así sólidamente implantada en la carne del "totalitarismo", la astilla de la barbarie no podría infectar los tejidos sanos de la "democracia". Para el discurso de legitimación de las democracias, tiene un carácter estratégico desde todos los puntos de vista, maquillar esta evidencia: los espacios democráticos, los paisajes de la modernidad occidental "civilizada" no están en absoluto inmunizados y garantizados contra esas "crisis" derivadas de bruscos movimientos de relajamiento de la autorepresión. No sólo habría que hablar aquí de guerras mundiales (y de otras, más recientes, como la del Golfo), en los términos de Roger

12/ Se puede tener una idea de estos torrentes de basura consultando Halimi, André: *la Délation sous l'occupation*, Alain Moreau, 1983.

Caillois, como «precios de la civilización», «una especie de fiesta total», «tiempo del sacrificio» en el que los individuos se encuentran «arrancados de sus preocupaciones particulares, precipitados de repente en otro mundo, en el que no se pertenecen ya y en el que encuentran el duelo, el dolor y la muerte»; tiempo absurdo pues, e inconfesable, en el que el orden cotidiano (¿democrático?) se regenera bebiendo la sangre de los muertos, confesando así su vampirismo. Pero también el relato del III Reich “totalitario” y de sus monstruosas coerciones se transformaría fácilmente en una “fiesta-excursión” de los alemanes fuera de los caminos fastidiosos de la democracia, una inolvidable noche de borrachera, de desenfreno y embriaguez de doce años, entre dos amplios espacios de tiempo republicanos (el de Weimar, el de Bonn); así —como en la noche de Walpurgis del “totalitarismo”, concebido como un espacio cerrado— la “solución final” y todo lo demás nos remitiría a la dificultad particular de los alemanes modernos para plegarse a los códigos de una civilidad que, en principio, no admite que los autos de fe, las cámaras de gas y los incendios de residencias de inmigrantes constituyen una legítima compensación por el duro trabajo, la disciplina puntillosamente interiorizada y el conformismo social.

Caen las máscaras

Pero también, más allá de esta persistente asociación de la fiesta alemana moderna al fuego y las llamas, no faltan ejemplos de escenas de violencia y de persecución que dan fe de que los sistemas democráticos *también* tienen necesidad de esos entre actos salvajes en los que cae la máscara, pacíficos ciudadanos se transforman en jauría, en que los chivos expiatorios son rápidamente elegidos, en donde la roca de las representaciones y conductas arcaicas reaparece a la superficie bajo el mantillo de la civilidad moderna y de la cultura democrática: el *maccarthyismo* fue, durante la Guerra Fría un buen ejemplo de ello, justamente inscrito en el largo período de la civilización occidental por su designación corriente como “caza de brujas” intelectuales, artísticas, etc.

La ideología y la cultura democrática no pueden en absoluto enunciar los objetivos ni presentar la estructura real de tales “escenas” clavadas en el corazón de su paisaje; en primer lugar, éstas les envuelven y les desbordan, son “más viejas” que ella, provienen de atavismos, de sistemas de acción y de percepción “arcaicos” de los que la modernidad democrática no puede confesar que no les ha condicionalmente rechazado. Estas “fiestas bárbaras” recurrentes no subsisten en el corazón de los espacios democráticos como vestigios; están constantemente reinventadas, actualizadas, “modernizadas”. La cultura democrática no las ha extirpado, como el cristianismo y la cultura de la iglesia no desenraizaron, ni borraron las huellas de la cultura pagana y de las costumbres tradicionales en los campos franceses en el Renacimiento. Todo ocurre como si estos momentos “festivos” en los que se desregulan los códigos de la civilización moderna pertenecieran a un tiempo cíclico que no consigue captar o erosionar el tiempo genético, histórico, orientado hacia adelante de la civilización y del “progreso”; no es casualidad que *acting out* como los que se ven en Alemania desde hace algún tiempo, en los que se representa una siniestra poética del fuego, se muestran espontáneamente como “recaída”, “repetición”, “regreso” de atavismos o

de automatismos culturales; no digo, evidentemente, que las asociaciones y aproximaciones fáciles que permiten estas evidencias sean las más clarificadoras: las casas turcas o las residencias de inmigrantes que se abrasan en Solingen o en la ex-RDA no son, por supuesto, unos "Auschwitz" en miniatura que se repetirían mecánicamente; pero el ritmo repetitivo, o si se quiere, la compulsión de repetición están, evidentemente, presentes en estas escenas en las que se redespliegan, en tierra alemana, la xenofobia, el odio al Otro y el gusto por reducirlo a cenizas; incluso para sus actores, tanto perseguidores como víctimas, estas escenas tienen un regusto de algo ya visto, de "cita", de vuelta a empezar.

El placer y la muerte

No sólo las revoluciones se parafrasean y se citan interminablemente las unas a las otras; también las "feas escapadas" fuera de los planos caminos de la civilización. Foucault ve en las guerras napoleónicas el lugar inaugural en el que se inventa una cierta relación entre nuestra modernidad y prácticas exterminacionistas (la guerra moderna) situadas en el ángulo muerto de todos los discursos de legitimación del progresismo y de la ideología democrática; y, después de todo, es cierto que, al poner en acción su plan *Barbarroja*, Hitler conservaba el vivo recuerdo de la campaña de Rusia de Napoleón, el otro *cabo*; los nazis admitían de buena gana, también, que habían tomado prestada la idea de los campos de concentración a los ingleses, que la habían puesto en marcha en Africa del Sur durante la guerra de los boers; cuando trabajaba en mi libro sobre *Les tondues* (las rapadas)/* constatar hasta qué punto este carnaval cutre marca la profunda contaminación de los rapadores y de todos los que comulgan con este rito salvaje por las representaciones del vencedor y el perseguidor de ayer: el discurso de la raza del nazi, su fantasmagoría sobre la polución de la sangre, etc. Estos hechos de la Liberación constituyen el simétrico repetitivo de las persecuciones fascistas, en las que se rapaba a los deportados(as), se les desnudaba y se les "disfrazaba" (los uniformes a rayas) a su llegada al campo. La apologética de la modernidad y de la democracia no puede tomar en cuenta las "fiestas salvajes" que agujerean la superficie de nuestra "actualidad" posrevolucionaria (según las revoluciones y las constituciones modernas) porque no puede admitir esta remanencia desastrosa del tiempo cíclico de lo "salvaje" en el propio seno del tiempo en principio bien orientado del "progreso"; estas brechas se efectúan según reglas (sacralización de la violencia, de la immediatez, movimiento fusional de la "comunidad" reformada, igualación social y derrocamiento de las jerarquías, tensión y relajación, etc.) sin

*/ Nota de la Redacción: Alain Brossat ha publicado este año *Les Tondues* (Éditions Manya). Este libro es la primera investigación sistemática de un episodio de la Liberación francesa, tras la retirada de los nazis, a la vez célebre y particularmente impreciso: el rapado público de mujeres acusadas o sospechosas de haber tenido relaciones con los soldados ocupantes. El fenómeno especialmente ambiguo. Reproduce la imagen del rapado que tenía lugar también en los campos de concentración nazis y constituye un ritual colectivo expiatorio. El libro de Brossat, subtítulo «un carnaval cutre», es la primera investigación profunda, inspirada en los trabajos de Foucault, en esa zona gris de la memoria colectiva. Es significativo que sea obra de un autor de la izquierda radical, que ha dedicado importantes trabajos recientes a la memoria oral en los países del Este.

ninguna medida común ni intersección con los principios y valores de la civilización moderna en el sentido en que la entiende N. Elias. Son la burla y el sarcasmo, a veces nietzschiano, de los evangelios de la cultura democrática; y, sin embargo, todo parece ocurrir en nuestros días como si las democracias no pudieran sobrevivir más que a condición de ofrecer a sus "sujetos" estas "recreaciones", estas tumultuosos "distensiones", en las que el placer se encuentra irremediamente asociado con la muerte, lo sagrado con la violencia, la risa con la persecución.

Es necesario una mirada tan avezada, y tan libre como sea posible del enfoque *mediocrático* sobre lo social, para detectar en acontecimientos de la cotidianidad "democrática", en apariencia ínfimos e insignificantes, la persistencia y la eficacia de esos sombríos "festines" (Caillouis) en los que el suelo de la civilización se hunde bajo los pasos de sus propios sujetos, en los que la alegría perseguidora y los irrefrenables deseos de ultraviolencia se dan libre curso. Es lo que he intentado hacer a propósito del asunto de Neuilly /*, en un pequeño texto que *Rouge* y *Ras l'Front* han tenido la amabilidad de publicar /13. Querría desarrollar aquí algunas de las reflexiones que planteaba en él.

Detectives de lo social

En primer lugar, no soy yo, el agitado postizquierdista y mal pensante, sino un respetable periodista del órgano del "justo medio" el que ha detectado la correspondencia, el isomorfismo oculto entre la escena microcómica, risible y fugaz de Neuilly y otra, "histórica", inolvidable y macroscópica: «Fue una guerra del Golfo en miniatura lo que se desarrolló en Neuilly. La unión sagrada se realizó allí, contra un enemigo que no respetaba las leyes elementales de la humanidad. Unido por la inquietud, el país entero, se vio, con sorpresa, tirando en el mismo sentido, desde el poderoso ministro hasta la portera; de la maestra y los ángeles negros del RAID (cuerpos especiales de la policía) a los periodistas. La victoria, para acabar, fue como en Irak, total. Y amarga» /14. Es un descubrimiento importante esta potencia de revelación que contienen unos incidentes "fútiles" que siembran nuestra actualidad, rápidamente convertidos en espectáculo, rápidamente olvidados y que, sin embargo, debería incitarnos a practicar el conocimiento indiciario, a hacer de detectives de lo social. En el mismo sentido, una crítica del sistema democrático ni demagógica ni aporética destacaría menos los bloqueos de sus ruedas, los disfuncionamientos de sus instituciones, las falsedades y sus discursos, que sobre estas brechas que estarían en su superficie y por las que resurgen la violencia comunitaria perseguidora (cargada de resentimientos), la asociación del placer y de la

*/ Nota de la redacción: El caso Neuilly ocupó el pasado mes de mayo un amplio espacio en los medios franceses. Un hombre enmascarado y anónimo entró en una guardería y tomó a los niños como rehenes. Se afirmaba envuelto de dinamita y dispuesto a explotar y reclamaba un rescate inverosímil. El suspense ha durado dos días, hasta que los policías especiales del RAID intervinieron de madrugada y mataron al secuestrador, afirmando que lo sorprendieron cuando dormía, y realizó un gesto sospechoso de que iba a provocar la detonación. Posteriormente se supo que el secuestrador era un antiguo militar, desafortunado en los negocios y en el amor. Su familia ha presentado una demanda judicial, considerando que lo habían matado a sangre fría, sin intentar su neutralización. Curiosamente, esta secuencia decisiva ha desaparecido de las grabaciones en video practicada durante todo el episodio por policías.

13/ *Rouge*, 27 de mayo de 1993.

14/ Schneidermann, Daniel: *Le Monde*, 18 de mayo de 1993.

muerte infligida, del goce y del sacrificio humano. Los "límites" y los atolladeros del sistema democrático no son sólo aquellos en los que se limita la democracia representativa y prospera el Gobierno absoluto de las élites; son también aquellos en los que se ve a la cultura democrática hundirse periódicamente frente a las fiestas de energúmenos que, como la lapidación de Neuilly y los incendios alemanes, constituyen ejemplos concluyentes.

Desde este punto de vista, habría que insistir en que los largos discursos lacrimógenos, de *mea culpa*, de rectificaciones, de "matices", sobre el delito colectivo cometido en tal o cual "escapada" no cambian estrictamente nada del asunto, sino todo lo contrario. Como toda fiesta, en el sentido etnográfico del término, es en el mismo instante en que se produce como acción, como irrupción en el tiempo regulado de la cotidianidad, donde este tipo de "escena" traiciona su secreto, brilla con un destello fugaz y más duradero (los años en que una parte de Alemania goza comunitariamente en y por el nazismo, sus transgresiones y coerciones, su expansión y su delirio de potencia). Este momento es el que debe atraer la mirada del detective social, para descifrar y revelar su terrorífico misterio, o para desvelar su destello luciferino. Ciertamente, cuando todo está consumado, cuando la sangre ha sido derramada, las piedras han volado, los perseguidores reído, en definitiva, cuando el mal ha sido hecho y la "fiesta" terminada, se desarrolla la interminable letanía de los análisis sabios y de las tomas de distancia, incluso de arrepentimientos y remordimientos; pero esto sólo trae agua a mi molino: cometida la acción vindicativa y homicida, la horda cazadora se deshace, la sociedad de los individuos se reforma, el juicio individual, superada la resaca, recupera sus derechos; incluso los generales pueden entonces confesar a media voz que se han "pasado un poco" en Irak y los nazis democratizados encontrar muchas virtudes al Estado de Israel. Hace bastante tiempo que Elias Canetti e incluso, si se quiere, ese viejo reaccionario de Gustave Le Bon, han llamado la atención sobre ese momento en el que se *disloca* la multitud perseguidora y en el que el sentido común "cartesiano" retoma sus derechos, en el que la maquinaria democrática se vuelve a poner en marcha, a la salida de una larga avería o de un ínfimo fracaso /15.

La cuaresma charlatana

En este aspecto, el "duelo", las explicaciones y las lamentaciones, forman parte integrante del rito bárbaro, lo terminan o incluso lo prolongan (¿hacen durar su placer?) en la repetición del discurso, el encanto de la glosa. Tras el carnaval, la cuaresma charlatana.

El asunto de Neuilly constituye una perfecta ilustración de la actualización y del "perfeccionamiento" constantes de estos ritos de violencia, un proceso que acaba de convencernos de que no se trata de restos residuales de representaciones y de prácticas que pertenecen a un mundo pasado, sino bien claramente de síntomas de la prosperidad de la "Edad Media moderna". Como cuando la guerra del Golfo, la explosión de ultraviolencia se produce bajo una forma controlada, aseptizada, mediada, simbolizada, pasa por la pantalla de televisión: el cadáver impresentable del "loco rabioso" exterminado por los cazadores de caza mayor del RAID es invisible, como lo eran los de los soldados iraquíes vitrificados en un simulacro de combate. El simulacro y,

15/ Canetti, Elias: *Masse et Puissance*, Tel Gallimard, 1986; Le Bon, Gustave: *la Psychologie des foules*, Retz, 1975.

horror, el juego son sólidamente instalados en el corazón de la escena: el secuestrador es como un personaje de dibujo animado americano o japonés, los niños confunden el "drama" con un gran juego. Y, sin embargo, la forma del linchamiento, del sacrificio humano, de la fiesta salvaje está ahí, intacta, y sus efectos también: el muerto muere realmente. Incluso si la violencia perseguidora y organizadora es reducida a su mínimo -un solo muerto, comparado a las hecatombes del Golfo-, la "guerra" ha tenido claramente lugar y todos sus beneficios están ahí, al mejor precio: un mínimo de violencia real para un máximo de satisfacciones sentimentales y rituales.

En torno a las pantallas de TV se ha organizado la violencia persecutoria. Por pantalla televisiva interpuesta, cada uno ha ido con su pequeña piedra contra el "loco rabioso", pero la deflagración se ha producido; es una vez más *vía* las pantallas de televisión como se ha descargado, agotado, volatilizado el superávit de violencia inempleada. Como, en un cierto sentido, el suicidio de samurai de Bérégovoy, esta escena viene oportunamente a recordarnos que la violencia producida por la conflictualidad social, atizada por lo que se ha dado en llamar "la crisis" y que no encuentra ya donde invertirse, convertirse en productiva y descargarse en prácticas colectivas ordenadas a un objetivo y racionalizadas (lo que se llamaba en otro tiempo "la lucha") es condenada a producir estos teatros de la crueldad en los que se da libre curso al odio al otro, las gesticulaciones compensatorias, la libido más o menos fascistizada del "hombrecillo" que señala con el pulgar hacia abajo cuando los gladiadores del RAID tienen en su punto de mira al loco de Neuilly.

Maquinarias de poder refinadas

Fascinante es la precisión quirúrgica con la que los dispositivos del orden (y, consiguientemente, todo lo que se relaciona con ellos del lado del autocontrol y de la autorepresión) entienden la instrumentalización y la optimización en beneficio entero de la "democracia" de una escena de caza gótica como a la que hemos asistido en Neuilly, tras Bagdad: fascinante esta aptitud para integrar en sus dispositivos, sus mecanismos reguladores, sus estrategias de legitimación de las acciones que, en términos de principios y de valores, constituyen su antagonismo: como lo ha dicho siempre Foucault para escándalo de todos, los nuevos devotos de la "Anunciación democrática", los regímenes democráticos modernos *reales* son ante todo sistemas de Orden sofisticados, maquinarias de poder refinadas, aparatos de normalización y de regulación perfeccionados: esta aptitud sin cesar reforzada que manifiestan para integrar en sus sistemas discursivos y sus dispositivos funcionales averías de la civilización como las que acabamos de mencionar, dice mucho sobre las conquistas mecánicas de los robots "inteligentes" de la democracia; por otro lado -y no hay por qué regocijarse- incita a un número cada vez mayor de "sujetos" de la democracia a adoptar un partido de indiferencia helada, sarcástica o furiosa hacia todo lo que se relaciona con los evangelios de la democracia moderna. El odio y el desprecio legítimos que suscitan los monstruos fríos y calculadores de la "democracia" no tienen en cuenta detalles: con ellos corren el riesgo de pasar al

balance de pérdidas y ganancias las *virtudes* laboriosamente promovidas por la cultura democrática y los *usos* lentamente conquistados por la civilidad civilizada:

tolerancia, discreción, respeto del otro, sentido de la equidad y de la justicia...

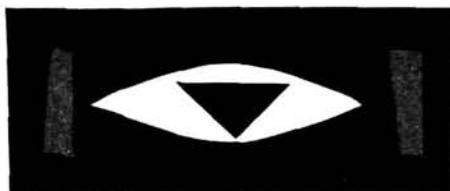
Desde este punto de vista, el fondo directamente político de una escena como la de Neuilly es éste: en el llamamiento que se oye a un reparto de la violencia sacrificativa, a la formación de un *pacto*, aunque fuera efímero, alrededor de una espectacular transgresión de las normas de la civilización (hacer una fiesta alrededor de un cadáver, de un sacrificio humano) en ese momento fugitivo de "vuelta al canibalismo", se detecta un deseo insistente de regresión; los momentos de crisis duraderas y proteiformes (multidimensionales) alimentan intensamente, como es bien conocido, este tipo de llamamiento a "soluciones" regresivas; ahí donde el tejido social continúa desgarrándose, donde crece una morbidez social —alimentada a partes iguales por el paro, la caída de las esperanzas colectivas y el triunfo de los paradigmas de la predación—, las huidas a lo imaginario, los regresos a la mitología, las caídas sin compensación en toda suerte de magias negras, sólo pueden prosperar.

En el deseo de regresión que estoy planteando se detecta algo que le emparenta con el fascismo. Sé que no hay que movilizar sin fundamento las "grandes palabras", que suscitan infaliblemente asociaciones confusionistas, pero me explico: en cuanto el fascismo es un llamamiento —basado en el resentimiento, la frustración, el miedo y el duelo de las esperanzas colectivas— a *reunirse*, fusionar en una huida perdida en lo imaginario, lo mitológico, lo arcaico; en el sentido de ese deseo irreprimible de caída en el "agujero negro" de la civilización que es un tránsito, una batida salvaje, una orgía de la que se vuelve cubierto de sangre de los otros, molido, avergonzado, golpeado, pero habiendo realizado lo esencial: escapar a la insoportable presión del día tras día, de la crisis, con su cortejo de incertidumbres, angustias y de erosiones mentales. En esos momentos de crisis, en esos pasos agotadores e interminables, es cuando aparecen las coyunturas represivas, que sólo se condensan en catástrofes cuando producen por millones esos *clones*, a escala reducida, de dictador que son los oscuros funcionarios y humildes serenos del crimen.

No es casual que, en un contexto en el que "la crisis" suscita un refuerzo de la autorepresión y, a la vez, erosiona sus cimientos, los riesgos de deslizamientos masivos fuera de los senderos de la civilización (de la cultura democrática) se anuncian en "golpes de locura" fuertemente individualizados. Estos testigos alucinados de "la crisis" no nos predicen un futuro halagador.

CRITIQUE COMMUNISTE/ Verano 1993/ París

Traducción: Alberto Nadal



Por un nuevo modelo de representación política

Toni Negri y Jean-Marie Vincent

Estamos confrontados a una crisis profunda de la representación política. Los medios de comunicación de masas lo deploran, la discusión está abierta, pero generalmente es confusa. Cuando se proclama con fuerza que el capitalismo ha vencido, que el horizonte del futuro está ya marcado, de forma decisiva, con el sello exclusivo de la pareja «democracia-mercado», esta crisis es un mal augurio. Dado que el concepto de representación es consustancial al de democracia, y que la noción de democracia constitucional es inseparable de un concepto de representación política completamente particular y muy delicado, la crisis se presenta como un elefante en una tienda de porcelanas. ¿En qué consiste esta crisis? ¿A qué remite desde el punto de vista institucional, político, social? Si como creemos esta crisis es profunda, ¿cómo es posible superarla y volver a articular democracia y mercado, en torno a un nuevo concepto de representación?

1. La crisis del Estado del Bienestar y la crisis de la representación política

Ante todo, hay que acabar con las ilusiones de quienes creían que la crisis del Estado del Bienestar —tan insistentemente esperada y que ha acabado por manifestarse— durante los últimos veinte años, no tendría ninguna incidencia en el concepto de representación política. El famoso informe de la Trilateral de 1978 sobre los “límites de la democracia” ya lo había subrayado. De hecho, el consenso político de los Estados capitalistas desarrollados, establecido por el Estado del Bienestar, se basaba en una hábil conjunción entre fordismo y keynesianismo: salario indirecto creciente, transformación progresiva del salario en renta. El capital se había hecho reformista, Bernstein triunfaba. En esta situación, la confrontación política tenía lugar sobre los proyectos de administración del Estado del Bienestar, la representación política se apoyaba en una “lealtad de masas” probada hacia el sistema: en consecuencia, el debate político y los proyectos de sociedad alrededor de los que se organizaba el consenso se referían a modelos de sociedad, ellos mismos función de los límites y de las formas del Estado del Bienestar. Ciertamente, la participación de las masas estaba subordinada a los grandes objetivos del crecimiento económico que eran cualitativamente determinados por el sistema, pero esta participación no dejaba de ser por ello menos efectiva. El diálogo social se insertaba en el contexto de un consenso bastante sustancial. En este marco, la función de los sindicatos se convertía en algo esencial: el conflicto conllevaba el desarrollo. Mercado, conflicto y democracia podían así perfectamente convivir. Fue a partir de los años 70 cuando empezó la crisis del Estado del Bienestar. Las razones de la crisis sólo nos interesan aquí marginalmente: presión de las luchas obreras, revoluciones victoriosas en los países

del Tercer Mundo, choque petrolero, crítica de la calidad del desarrollo, etc... Lo que nos interesa sobre todo, son sus efectos: predominancia de las políticas monetaristas sobre las políticas keynesianas, fin del Estado generoso, crisis de las planificaciones nacionales, reducción de las políticas de planificación y de las políticas de intervención en las infraestructuras, evaluación puramente económica de los objetivos, etc...

En este marco, el tipo de representación política que se había instituido y cristalizado en el Estado del Bienestar entra en crisis, y no es una crisis coyuntural. Si el Estado del Bienestar no es ya la forma del desarrollo económico, si sus elementos (que, en todo caso, subsisten) están cada vez más marcados por la inercia, si el Estado aparece cada vez más como un Estado gestor, si las presiones monetaristas del mercado internacional son cada vez más fuertes, la propia confrontación política está muy afectada por estas tendencias dominantes. Las presiones exteriores imponen al poder del Estado la exclusión del juego político, de una forma u otra, a todos los que no aceptan plegarse a sus mandatos. Ciertamente, esta crisis no es lineal, pues hay variaciones nacionales que no son en absoluto despreciables, y un examen comparativo concluiría en la existencia de experiencias relativamente diferenciadas. En efecto, no se practica en todas partes con el mismo vigor la ortodoxia monetarista. El dogma de la reducción, incluso de la supresión de los déficits presupuestarios es, muy a menudo, burlado mediante prácticas de extraer gastos públicos del Presupuesto. Se puede así constatar que la unificación alemana da lugar a una política keynesiana de gran amplitud (inyección de miles de millones de marcos en la economía de la RDA) que no quiere declararse abiertamente y se basa, esencialmente, en la gestión por organismos paraestatales de préstamos considerables realizados en los mercados financieros.

Pero si las cosas no evolucionan de forma lineal, la tendencia a poner en cuestión el compromiso histórico que constituía el Estado del Bienestar es real, lo que produce cambios profundos en las bases de la vida política. El consenso obtenido a partir de políticas sociales en constante progresión, como en los años sesenta y setenta, está cuestionado en todas partes, de forma abierta o encubierta, y el campo de la política se encuentra reducido, lo que hace que la confrontación política no pueda ya darse sobre la amplitud y las condiciones de la redistribución social. A partir de ahora, los Gobiernos se esfuerzan sobre todo en desactivar o en desviar las reivindicaciones sociales e intentan producir efectos de consenso a partir de llamamientos al orden "realistas" (hay que tener en cuenta la competencia internacional, hay que luchar contra la inflación, etc). La vida política se encuentra por ello, en gran medida, neutralizada, vaciada del contenido positivo que podían tener en el apogeo de los Estados del Bienestar.

2. Crisis de los partidos y búsqueda de nuevas identidades

El concepto moderno de representación política había sido profundamente modificado por la inserción del sistema de los partidos en la vida política. Este sistema se organizaba según un doble movimiento: un movimiento de enraizamiento de los partidos en la participación de masas y un movimiento que se orientaba hacia el concur-

so de los propios partidos en la definición de la orientación política. La representación política y sus funciones de mediación social de masas, de toma de compromisos, se convertía en el principal trabajo de los partidos. La crisis actual de la representación política es pues, inmediatamente, una crisis de los partidos. En el Estado de gestión su capacidad de mediación está en gran parte mitigada: en consecuencia se ve afectada su capacidad de enraizamiento en las masas.

¿Por qué ocurre esto? Porque los partidos han interiorizado completamente la crisis del Estado del Bienestar. En una situación bloqueada, los partidos de izquierda, socialistas y comunistas, sólo han conseguido producir improbables programas de extensión del Estado del Bienestar, que no podían ser mas que puras mistificaciones, ilusiones rápidamente desmitificadas por su primer impacto con la práctica. La crisis del Gobierno socialista francés de 1983 es un ejemplo llamativo, completamente clásico, de esta insuficiencia radical de reflexión y de imaginación políticas. Para los partidos, los de la izquierda en primer lugar, la crisis del Estado del Bienestar se convierte en el signo de su incapacidad estructural para inventar un nuevo modelo de participación y de representación. Hoy, en efecto, es imposible imaginar nuevas formas de representación y de gobierno si no se es capaz de trabajar en un proyecto de transformación social. Si planteamos la siguiente pregunta: ¿cuáles son las innovaciones de la sociedad civil que inducen cambios sociales positivos y permiten la construcción de un nuevo espacio político?, no se encuentra respuesta en la izquierda. Incluso la capacidad de entrar en contacto con los movimientos sociales, de desarrollar hacia ellos actitudes de mediación política, de representarles generalizando sus aspectos más innovadores, está al nivel cero. Todos los movimientos sociales de los últimos decenios se han desarrollado, en gran medida, al margen de los partidos de izquierda, es decir al margen de toda forma de mediación institucional de la que los partidos pretendían ser los portadores. En consecuencia, el carácter cíclico de los movimientos sociales demuestra menos su discontinuidad (que es evidente), que la incapacidad de los partidos de hacerlos aptos para producir innovaciones institucionales. También los comportamientos electorales tienden en consecuencia a convertirse en algo aleatorio, móvil, incluso a deslizarse hacia la indiferencia. A través de estos movimientos o comportamientos electorales, se está produciendo hoy una puesta en cuestión en ascenso de las instituciones: la ausencia, la deserción, la abstención se convierten precisamente en comportamientos de masas. De vez en cuando, se manifiesta un voto de protesta contra la izquierda parlamentaria: el voto "verde" expresa a menudo esta reacción. Reacción que expresa una fuerte aspiración a nuevas alternativas en materia de calidad del desarrollo y una aspiración no menos fuerte a nuevos marcos de participación y de movilización de masas.

Pero estas aspiraciones no pueden ser satisfechas en el marco actual, pues están confrontadas a fuerzas políticas completamente prisioneras de los métodos restrictivos de los poderes existentes. Del lado de la derecha, las cosas no van naturalmente mejor puesto que ésta no intenta ni elevar el nivel de participación, ni cambiar los modos de expresión, pero es indudablemente más peligrosa por las involuciones que puede favorecer. En ese sector, en efecto, la protesta tiene a tomar consistencia sobre nuevos proyectos de identidad. En ausencia de cualquier elemento positivo de identificación, de cualquier aspiración positiva a una transformación de la situación, la protesta tiende a resumirse en la búsqueda de enemigos. No es necesario referirse a la

ideología nacional-socialista, ni de conocerla a fondo para comprender lo que está produciéndose en los sectores de la sociedad dominados por las ideologías de derechas: la defensa exacerbada de la idea de nación corresponde, en realidad, a que está en crisis; la reivindicación de una solidaridad natural mítica y agresiva hacia los demás corresponde a la disolución de la idea misma de solidaridad. En todos los casos, las crisis de identidad y las reacciones que le siguen están ligadas a la crisis del Estado del Bienestar, a la incapacidad de los partidos para proponer un nuevo esquema de participación y de representación correspondiente a las mutaciones sociales que se están produciendo, a su incapacidad también para prolongar estas mutaciones para darles efectos positivos.

La superposición del “espacio político” a la “sociedad civil” tiene algo de falso y de artificial. El sistema de los partidos no parece ya capaz de dar una respuesta verdaderamente adecuada a los nuevos problemas que se están presentando. El sistema representativo puesto en pie por el Estado del Bienestar utilizando la mediación y el compromiso institucionalizado de los partidos –en otros términos “el Estado de los partidos”– está definitivamente acabado. Es una mercancía que ya hay que adornar para poderla vender.

3. Representación superada y nueva comunicación

La decadencia del “espacio político” y la tendencia (¡qué avanzada está!) del mercado político actual a empantanarse en las duras “necesidades” de la gestión exigen soluciones de recambio, o más exactamente de sobredeterminación, y de la simulación de la representación.

La representación ya caduca pone su salvación –y con ella, la salud del Estado representante de los partidos– en manos de la “nueva comunicación”. Si la representación política funciona en ausencia de todo fundamento sólido en la sociedad, este vacío debe ser cubierto por la hipermediatización de las luchas de fracción, por la dramatización de episodios y de manifestaciones contingentes, en suma por una verdadera sustitución de las dinámicas de la sociedad civil por un mundo ficticio. Vemos cómo se repite aquí un mecanismo bien conocido en la génesis de las sociedades democráticas: el paso de la representación democrática de masas a la producción de sus propios electores por los representantes. Lo que se obtenía en los primeros decenios del siglo pasado cuando se intentaba realizar una oposición a la representación revolucionaria y a las dinámicas de la democratización progresiva, por medio de la selección del electorado, por el censo, por el nivel cultural, se intenta obtener hoy por la manipulación mediática de la sociedad civil. Ciertamente, la nueva comunicación no es sólo manipulación; por el contrario, contiene fuertes potencialidades, capaces de evidenciar cómo se efectúa la circulación del poder en una sociedad compleja. Pero justamente las formas de aparición y de presentación de esta nueva circulación están manipuladas para conseguir, a fin de cuentas, neutralizar al máximo de gente; en ese sentido, las maniobras constitucionales Sièyes o de Constant se emparentan con las operaciones sistémicas inspiradas en los Parsons y Luhmann. El poder quiere prefigurar su base de representación: hoy, a las maniobras “espaciales” operadas sobre el cuerpo mismo de la sociedad, que habían sido practicadas hasta ahora por el

viejo liberalismo, se sustituyen las operaciones “temporales” del nuevo liberalismo, destinadas a dominar las dinámicas de la transformación, a simplificar la complejidad de lo que ocurre, asepticando la realidad social. Así, la crisis de las identidades colectivas es llevada al cénit; el individualismo es predicado como valor supremo (en una sociedad productiva que, por el contrario, desarrolla en realidad niveles de cooperación cada vez más elevados) y los antagonismos son manipulados por mecanismos de compensación, que forman parte de la represión o de la ocultación de lo que son verdaderamente los hechos reales. La sociedad debe bailar según los ritmos del poder y toda disonancia, toda cacofonía deben ser reducidas al interior de una armonía cuyas reglas se inventan en cada momento. La pasividad en el consenso se convierte en el objetivo fundamental. Está pues claro que todos los conceptos antiguos de representación política que nos ha permitido conocer la larga historia de esta práctica constitucional están ya anticuados: ya se trate de la representación de los intereses de clase, a lo Montesquieu, o de la representación popular y de su transfiguración en la voluntad general, o de la representación democrática por los partidos, en suma, todos los modelos que daban del “espacio político” la imagen de un “mercado político”.

Hoy al “espacio político” reducido se le supone capaz de producir los acontecimientos, dinámicas políticas y por supuesto, consenso. Es, al menos, lo que se quiere hacer creer.

4. Transformaciones sociales y nueva representación

Ahora bien, todos los movimientos de lucha reales surgen hoy en el exterior del “espacio político”. Tienden a romper este “espacio” y las reglas que lo constituyen, ya sea en el terreno de las obligaciones económicas y de gestión, o en el de la neutralización mediática. Para intentar alcanzar este resultado, se repliegan sobre sí mismos, elaborando nuevos ritmos y nuevos modos de expresión. Se trata esencialmente del ejercicio de la democracia directa: un ejercicio que, en las luchas, exalta las prácticas fecundas de la cooperación y los ideales de igualdad. En estas luchas es donde se prefiguran más a menudo los nuevos proyectos de sociedad, en los que la componente radical-democrática tiene por tarea reconstituir la participación. Los ritmos de estos nuevos movimientos están marcados por la percepción aguda de que la transformación social se está acelerando y es posible hacer del acontecimiento democrático un momento catastrófico para las maquinarias represiva, sistémica y neutralizadora.

Ahí está la potencia de los nuevos movimientos, así como su debilidad. Una debilidad que reside en la incapacidad de inventar nuevas formas de representación política a partir de la experiencia de democracia directa, de concebir en el ejercicio de la democracia de base la construcción de nuevos instrumentos de poder. Son estos problemas los que deben ser puestos hoy entre las prioridades del análisis político.

¿Por qué los movimientos de los países del Este, que tan eficazmente y con tanta fuerza han conseguido poner en crisis la estructura del “socialismo real”, no han conseguido inmediatamente (en esa fase revolucionaria) presentar y consolidar un nuevo modelo de democracia social y radical? ¿Por qué los movimientos

anticapitalistas en Occidente a partir de los años 70, no han conseguido forjar un nuevo modelo de democracia social y radical, que constituía sin embargo, en filigrana, el elemento esencial de la práctica de esos movimientos? ¿Es porque tanto en un caso como en el otro, el Estado capitalista ha conseguido operar una reestructuración o una restauración de su orden?

La respuesta teórica a estas interrogantes no puede evitar que ocupe un lugar importante en el orden del día el problema de la definición de un nuevo concepto de representación institucionalizada. En efecto, sólo volviendo a proponer este tema puede discutirse nuevamente el problema de la fuerza política del movimiento democrático y social, como punto esencial e inevitable.

La crisis del movimiento sindical y de los partidos políticos lleva consigo la de la vieja concepción de la representación. ¿Existe la posibilidad de aprehender en el seno de los nuevos movimientos elementos embrionarios, pero operativos para desarrollar una nueva representación? ¿Es posible extraer de esa mezcla de fuerza y debilidad que les ha caracterizado hasta ahora síntomas o rasgos que anuncien una nueva forma de representación? Es evidente que para responder a estos problemas, es necesaria la mayor prudencia; no se pueden percibir por el momento sino fragmentos de respuesta. El primero se refiere al problema de la comunicación, que hay que considerar hoy, esencial para la constitución de los sujetos colectivos de la representación; el segundo, el tema de la "presión económica" que está en la base de la representación del poder; el tercero, la temporalidad de la nueva representación.

5. Por un nuevo modelo de representación política

Cuando afrontamos el tema de la nueva representación, la verdadera dificultad es que el análisis de los movimientos nos sitúa inmediatamente ante problemas institucionales importantes. Los movimientos se caracterizan, en efecto, desde el punto de vista instituyente y constituyente, por una afirmación que ataca a las propias bases del sistema actual: ser titular de su soberanía (incluso cuando se trata de fracciones del pueblo) no puede distinguirse del ejercicio de la soberanía.

Es inútil hacer como si esta dificultad no existiera: únicamente la hipocresía y un maquiavelismo de bajo nivel pueden comportarse así. Por otra parte, los propios movimientos se reducen a la impotencia y se vuelven incapaces de plantear el problema de su representación, precisamente silenciando el contenido radicalmente innovador del que son portadores.

El concepto actual de representación se funda pues en la distinción entre el hecho de ser titular del poder y su ejercicio. Si no queremos caer en la utopía de una democracia directa, unilateral, ¿cómo se puede plantear el problema de la nueva representación como fuerza instituyente, de forma que pueda ser representación (y consiguientemente, tener una posibilidad de mediación y de creación de "espacio político") y, al mismo tiempo, instrumento de participación y de enraizamiento de masas? Elementos de respuesta a estas cuestiones existen, ya lo hemos señalado, en los movimientos. En primer lugar en lo que concierne a la comunicación. Ésta se ha convertido en un verdadero instrumento de formación de la subjetividad de los individuos. Tiene un poder y una importancia institucionales que están disimuladas por

el mito de la libertad de expresión, de la prensa y de comunicación. Un primer objetivo, implícito para los movimientos, es imponer a ese poder las reglas de la democracia formal y de la democracia de base. Mientras este problema no se resuelva, mientras la prensa y los medios de comunicación no hayan sido despojados de su monopolio sobre ese poder y sujetos a las simples reglas de la democracia formal, el tema de la nueva representación no tiene verdadero alcance. Nos encontramos aquí frente a un residuo arcaico del Estado de Derecho, a una libertad que se ha convertido en un poder sin que el Estado haga de ella un poder democrático. Los nuevos movimientos tienen que plantearse pues dos objetivos a la vez: la formalización de la libertad de expresión y actuar de forma que el pueblo sea un titular real de ese derecho.

El segundo elemento de discusión sobre la representación implícita en los movimientos sociales está constituido por la relación entre democracia representativa y la colocación de "presiones objetivas" fuera del alcance de las decisiones democráticas. Como hemos visto, este desplazamiento se ha convertido en el principal elemento de desarrollo de la rigidez de la representación de tipo antiguo y el principal elemento responsable de la falta de consistencia de los nuevos movimientos.

En el marco de una sociedad capitalista en el estadio de la madurez, la dinámica de las mutaciones sociales, la movilidad de sus componentes, gracias a la puesta bajo tutela de las masas populares, se convierte en parte de un poder fuerte. Una teoría de la nueva representación tiene que incluir una exigencia de ruptura, no de las necesidades objetivas sino de su modo de gestión, de su fetichización y de las prácticas de supresión de las alternativas que resultan de ello. La nueva representación tiene que situarse en el interior de una dinámica de evaluación de las necesidades y de reapertura permanente del problema de su compatibilidad con las necesidades y la cultura de los movimientos de masas.

Los métodos y los plazos de esta obra de destrucción de un poder exterior y hostil están también inscritos, como fragmentos, en los nuevos movimientos. El poder debe ser reducido a un procedimiento democrático, en el curso del cual la representación podrá verificar permanentemente su propio enraizamiento popular, y podrá en consecuencia renovarse permanentemente, según ritmos y métodos que no hacen ya referencia a las obligaciones y necesidades objetivas, sino a la inteligencia y a la participación de las masas de ciudadanos. Es increíble que en el momento en que los capitalistas invitan a los trabajadores a experiencias de gestión y de coparticipación en las fábricas automatizadas, el mercado político no consiga producir otra cosa que estructuras de poder cada vez más centralizadas. Pero esto puede también comprenderse, porque sólo una verticalización extrema del poder puede ser capaz de resistir a transformaciones sociales importantes.

Pero precisamente sobre estos problemas deben expresarse abiertamente los movimientos a partir de los elementos de que disponen. Sobre este terreno, un nuevo modo de representación y, en consecuencia, una nueva estructura institucional pueden comenzar a convertirse en formas de referencia democrática.

6. Hacia un nuevo espacio público

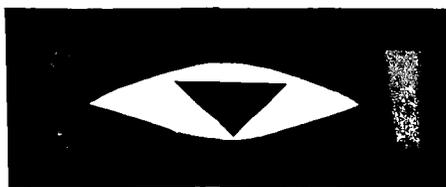
No puede haber nueva representación política si no hay puesta en cuestión del espacio político neutralizado y simultáneamente construcción de un espacio político auténticamente público, basado en intercambios múltiples, variados y en constante

evolución. Para ello hace falta que las confrontaciones políticas dejen de actuar esencialmente de forma engañosa, como en el caso de la inmigración, es decir, utilizando temores, angustias de sectores de la sociedad traumatizados por un cambio social desordenado e incontrolado. Al final de este camino, sólo puede estar la sustitución de un espacio patológico al espacio político atrofiado y neutralizado.

Por el contrario, hace falta que los intercambios políticos traten sobre actuaciones y dispositivos reales, y principalmente sobre el verdadero basamento material de la política, la organización y la circulación de los poderes en la sociedad. En otros términos, es preciso que el Estado como esfera gestonaria y político-administrativa sea obligado a hacer concesiones a los movimientos sociales: en particular, se vea obligado a consentir nuevos repartos de los poderes y a conceder nuevos espacios de debate (por ejemplo el nuclear, el desarme, las políticas urbanas, las políticas de formación, etc.). Para ir en ese sentido es preciso, evidentemente, superar el estadio del absentismo o de la deserción y utilizar abiertamente la crisis de representatividad de los partidos de izquierda influyendo en su vida interna, haciendo intervenir las reacciones de protesta en sus debates. Esto debería permitir oponer a la representación-delegación y a las máquinas electorales una idea de representación política apoyada en formas múltiples de participación y de asociación (desde comités de barrios hasta los partidos, pasando por las iniciativas de ciudadanos). Hay que arrancar permanentemente a los partidos dominantes y a la esfera político-administrativa decisiones que los desequilibren e impidan su inmovilismo o la simple gestión al servicio del capital.

FUTUR ANTERIEUR n°4/ Invierno 1990/ París

Traducción: Alberto Nadal



5 El malestar democrático

Neoliberalismo, democracia y alternativas

Jaime Pastor

La tarea de emprender una reflexión sobre las posibles alternativas a la teoría y la práctica neoliberales de la democracia obliga a partir de un breve repaso de las relaciones que sus antecesores liberales mantuvieron con las ideas democráticas en gene-

ral. Luego, podremos pasar a considerar su versión actual así como los problemas que suscite su continuidad. Dada la complejidad de estas cuestiones, me limitaré a exponer el panorama y las dificultades con que nos encontramos para esbozar respuestas que tengan cierta coherencia desde las posiciones de una izquierda alternativa.

I- Liberalismo y democracia

La relación que a lo largo de la Historia ha mantenido el liberalismo con la democracia ha atravesado muy diversas etapas: su hostilidad inicial se combinó con la defensa progresiva de una idea restringida de la democracia representativa como "protección" del "homo oeconomicus" para, luego, con John Stuart Mill, pasar a aceptar una democracia como "desarrollo" que trataba de responder a las nuevas demandas de la clase trabajadora, las mujeres o las poblaciones no blancas. No obstante, la dinámica conflictiva entre un liberalismo preocupado esencialmente por la libertad negativa ("ser es tener") y la presión popular democratizadora se mantuvo hasta bien entrado el siglo XX.

Pero más tarde, tras los avatares del período de entreguerras y la Segunda Guerra Mundial, se ha ido produciendo una reconciliación entre el liberalismo, como ideología más representativa del capitalismo, y la democracia en el marco del desarrollo de los Estados de Bienestar. Sin embargo, el precio de ese proceso ha sido la consolidación de un determinado tipo de democracia: la elitista, es decir, aquella que tiende a reducirse a un mercado político de votos en donde compiten los principales grupos de poder identificados o respetuosos del capitalismo, tal como ha podido ser teorizada desde Schumpeter hasta Anthony Downs.

Esa forma de democracia conoció cierto déficit de legitimidad durante el ciclo abierto por el 68, que se prolongó, pese a la derrota de ese movimiento, a medida que la crisis del Estado de Bienestar, el desarrollo de los partidos *catch-all* y al neocorporatismo, así como el relativo auge de valores "posmaterialistas" o posconsumistas, fueron manifestándose en los países del centro. Ese período configura lo que la Comisión Trilateral denominó la "ingobernabilidad de las democracias" y condujo a bloquear cualquier proceso transformador no sólo en Europa (Italia, Portugal), sino también en otras partes (recordemos la experiencia frustrada de la Unidad Popular chilena).

Es sobre todo a finales de los años 70 (con Reagan y Thatcher) cuando se puede determinar el momento clave del relanzamiento del neoliberalismo conservador dentro de su "onda larga" iniciada ya a mediados de los 50 (Lipset, Bell), si no antes (Hayek). Así, de la tesis de la "crisis de gobernabilidad" y la "sobrecarga" de Huntington a la vuelta al "Estado mínimo" de Nozick, hay todo un recorrido que ha acompañado sin duda importantes logros de esta ideología. El siguiente momento culminante ha sido el colapso del bloque soviético, aprovechado para emprender una nueva ofensiva ideológica (el "fin de la historia" de Fukuyama) que pretende demostrar que no existen alternativas al capitalismo.

La tríada principal de este modelo se basa en la exigencia de menos Estado social, más libre juego para un mercado controlado por las multinacionales (apoyado en una política de oferta, el monetarismo y la desregulación de la economía) y reducción definitiva de la democracia a un simple mecanismo de legitimación procedimental, bien de los gobiernos, convertidos en el "núcleo duro" que desnaturaliza la vieja divi-

sión de poderes, bien de acuerdos desiguales entre "agentes sociales" al margen del Parlamento.

No creo que haga falta resaltar mucho los efectos negativos que ha ido provocando esta "onda larga" en una economía cada vez más global: los más evidentes son los que se refieren a las tendencias a la dualización social y a la agravación de las crisis demográfica y ecológica, aumentando así los excluidos y vulnerables y disminuyendo el número de las presuntas "mayorías satisfechas" en los países del centro. En lo que a la democracia se refiere, su proceso de deterioro se ha visto afectado por la crisis de soberanía *de facto* de la gran mayoría de los Estados-nación y, por tanto, por la exclusión de la participación incluso de muchos gobiernos en las principales decisiones, adoptadas en general por las grandes potencias o los grandes organismos financieros internacionales. Esta crisis de los Estados-nación "por arriba" se ve, además, agravada cada vez más, como se ha indicado ya con insistencia, por la que sufren "por abajo", es decir, por el resurgimiento de movimientos nacionalistas, por las presiones descentralizadoras y, sobre todo en Europa, por la nueva ola inmigratoria, que cuestiona la relación tradicional entre derecho a la ciudadanía e identidad nacional-estatal y resucita así la vieja categoría de "meteco".

En ese contexto, las "promesas incumplidas" de la democracia, tal como reconoció hace tiempo Norberto Bobbio, se han revelado ya definitivamente como tales bajo el capitalismo en los aspectos que son su verdadero "talón de Aquiles" (Callinicos): la participación ciudadana fuera de los momentos electorales, el control desde abajo y la libertad de disenso se dan sólo de manera muy parcial y localizada, mientras que todo intento de generalización de experiencias positivas en esas áreas ha fracasado. Es significativo a este respecto que un pensador moderado como Robert Dahl haya terminado poniendo el acento en el hecho de que ese "talón de Aquiles" esté precisamente en las condiciones de desigualdad de recursos de la ciudadanía para poder ejercer la democracia y en el obstáculo que suponen los poderes transnacionales.

Es obligado reconocer que frente al neoliberalismo conservador han surgido alternativas procedentes de la matriz ideológica de un liberalismo clásico y "progresista". Así, la reivindicación de un liberalismo democrático o social ha sido patente en los ámbitos intelectuales o políticos influidos por las reflexiones de John Rawls o Norberto Bobbio, buscando reconstruir teorías de la justicia o de la democracia capaces de reconciliar los valores de la libertad positiva y negativa con el de la igualdad. Muchas corrientes de la socialdemocracia han intentado acercarse a esos nuevos enfoques, buscando así reformular una identidad diferente tanto del neoliberalismo conservador como del socialismo anticapitalista. Pero, en líneas generales, cuando los partidos socialdemócratas están en el Gobierno, su liberalismo tiene más bien un carácter pragmático (resumido críticamente por Pablo Ródenas en una combinación de tecnocracia, utilitarismo y ética de la responsabilidad) y subordinado a una *real politik* cuyas reglas del juego siguen estando establecidas todavía por la ola neoliberal.

También podríamos referirnos a las críticas al liberalismo procedentes de las teorías neocomunitarias "progresistas", del nuevo republicanismo cívico (Skinner), del feminismo, del ecologismo o de las minorías étnicas. Todas ellas, pese a sus diferencias, contribuyen a desvelar el falso universalismo liberal y los aspectos menos visibles del tipo de individualismo y de democracia tutelada dominantes en nuestras sociedades, replanteando así la redefinición de conceptos como ciudadanía, libertad,

igualdad, justicia, lo público, lo privado y lo doméstico.

Nos encontramos así con la paradoja de que, pese a su triunfo ideológico frente al modelo dictatorial del Este, el resultado, en líneas muy generales, de todo este panorama es la crisis de la democracia elitista. Con lo cual esa misma crisis va más lejos: es la política misma la que es puesta en cuestión y no sólo la oficial o la institucional, sino, más en general, la necesidad de preocuparse por los asuntos colectivos del conjunto de ciudadanos/as. La crisis de los partidos como instancias mediadoras entre la sociedad civil y el Estado facilita aún más el distanciamiento respecto a la política, convertida en simple gestión de los medios que evita cualquier discusión de los fines (teorizada, con su frialdad habitual, por Luhmann), produciéndose de esta forma un nuevo salto en la evolución de muchos de esos partidos, convertidos en simples agentes y beneficiarios del Estado (Katz y Meier). Se extiende así el "homo videns", simple espectador a través de los "media" de la personalización de la política y objeto de persuasión para que termine convirtiéndose en nuevo siervo voluntario (Capella).

Pero la situación es más complicada, ya que, dada la sensación de privación relativa o de deterioro de determinados bienes y valores (la "sociedad del riesgo") que amenaza con aumentar en las regiones del "posbienestar" y, con mayor razón, del "poscomunismo", se producen ciclos de paso de "lo privado" a "lo público", en los que la apatía, el cinismo y la despolitización ciudadana contrastan con momentos de repolitización que se manifiestan ante acontecimientos precipitantes de la protesta o el malestar, o incluso frente a procesos electorales que pueden significar cambios sustanciales en el Gobierno de un país.

El cualquier caso, como se refleja en esas confrontaciones electorales, el gran logro del neoliberalismo conservador, pese a sus límites actuales, ha sido haber obligado a la izquierda tradicional a aceptar que las coordenadas del debate ideológico se desplazan más a la derecha, tratando así de cerrar definitivamente la brecha que abriera en las sociedades opulentas la revuelta juvenil del 68. Esto es evidente en cuestiones como la democracia, respecto a la cual también esa izquierda se resigna a no entrar en enfoques normativos y se adapta a una política-espectáculo cuyos principales actores son los líderes carismáticos de los partidos. Pero, más en general, esto se ve confirmado en el hecho de que, tras las viejas polarizaciones, ahora parece imponerse como paradigma único el de la "modernización" y "occidentalización" del mundo.

II- ¿Hay alternativas?

En las respuestas que "desde abajo" se ha intentado propugnar frente al liberalismo, el problema de la democracia ha ocupado un lugar central. La lucha por la democracia directa como alternativa a la democracia representativa se ha inspirado en las experiencias más avanzadas en la historia de la humanidad y ha tenido sus ensayos más ejemplares en movimientos como los de la Comuna de París, los de los consejos obreros que surgieron en algunos países europeos tras el final de la Gran Guerra o la revolución de julio del 36 en nuestro país. Detrás de todos esos procesos ha estado siempre la voluntad de sustituir a la dimensión vertical de la acción política (gobernantes-gobernados) otra horizontal, entre iguales.

Pero la complejidad creciente de nuestras sociedades y de los procesos de decisión

política, la crisis misma de la “gran fábrica” en la que se fue concentrando el grueso de la clase obrera, las negativas consecuencias de la liquidación de los proyectos de democracia directa y del pluralismo por regímenes con tendencias totalitarias, entre otras razones, obligan a repensar las relaciones entre democracia directa y democracia representativa, planteándolas en términos no antagónicos.

En este sentido se han ido desarrollando aportaciones a favor de una democracia participativa que fomente al máximo la libertad positiva de la ciudadanía: el control “desde abajo”, la descentralización y la reorganización confederal de las relaciones entre pueblos y naciones, el derecho de las “minorías” a la discriminación positiva y al disenso, la práctica de iniciativas legislativas populares y del referéndum (buscando apoyarse para ello en la modificación de la “agenda” de los medios de comunicación y en los avances de las nuevas tecnologías), el impulso de formas democráticas de rotación y revocación de los representantes, la configuración de organismos económicos, ecológicos y sociales de control popular, son sólo algunos ejemplos de las propuestas que aspiran a superar los límites de una democracia elitista (Held).

Pero una alternativa al neoliberalismo no se puede limitar al uso de nuevas “técnicas” de democracia: ha de ir unida a un objetivo más ambicioso, el de emplearlas para construir espacios públicos de acción política no estatal en cuyo marco poder desafiar las decisiones de las élites políticas, elaborando programas “de alcance medio” (Riechmann) frente a los grandes y a los pequeños problemas que afectan a la ciudadanía. Así es como podrá darse nuevos y dinámicos significados a los términos de representación y participación.

No obstante, siendo todo lo anterior necesario, no es suficiente. Estamos obligados a ir más allá del debate muchas veces convencional sobre la democracia, recordando algo que a largo plazo sigue siendo imprescindible para la superación de una democracia oligárquica: el cambio radical de las condiciones materiales y culturales en que aquélla ha funcionado hasta ahora; porque la existencia de una sociedad jerarquizada, desigual y dividida impide que haya una igualdad de posiciones (y no sólo de oportunidades) en el ejercicio de la democracia y que, como resultado, vendrían a garantizar, siguiendo a Dahl, una participación efectiva, una igualdad de votos en la etapa decisoria, una comprensión esclarecida, el control del programa de acción y la inclusión en el “demos” de los residentes adultos en un país, sea cual sea su origen. En conclusión, la conquista tanto de una *libertas a coactione* como de una *libertas a miseria* continúa siendo, hoy como ayer, una premisa para la posibilidad de una democracia participativa.

En ese camino hay que reconocer también que hay un déficit importante en cualquier proyecto enfrentado al neoliberalismo en lo que se refiere al modelo socioeconómico: tras el fracaso de las economías colectivizadas del Este y su aprovechamiento demagógico por los defensores del capitalismo, la búsqueda, por ejemplo, de un desarrollo ecológicamente sustentable, democráticamente controlado, económicamente “eficiente” y éticamente capaz de satisfacer las necesidades fundamentales de toda la humanidad (incluyendo a las futuras generaciones) y de avanzar hacia una igualdad compleja y respetuosa de la diversidad (distinta, por tanto, como propone sintéticamente Isabel Santa Cruz, de identidad, uniformidad o estandarización), sigue siendo un desafío apenas retomado desde la izquierda.

Una alternativa al neoliberalismo pasa, por consiguiente, por reconstruir discursos y proyectos que, recuperando la vieja tríada de “libertad, igualdad y fraternidad”, reivindicuen frente a la noción liberal de libertad otras más amplias y pluridimensionales como

“liberación”, entendida, en su sentido antiautoritario y libertario, como lucha por la emancipación en todos los planos y frente a todos los poderes que impiden la construcción de un “nosotros” solidario. Esto supone pasar de hablar de “emancipación” en singular a hacerlo en plural, integrando los diferentes “colores” de las luchas contra la explotación y la dominación. El igualitarismo, la autonomía personal, el compromiso en la acción colectiva y el reconocimiento de la alteridad (presente en cada uno/a de nosotros/as) serían el horizonte hacia el que habría que acercarse. Por eso tiene tanta importancia el antirracismo como “test” fundamental frente a una idea-fuerza de la Unión Europea que exige el rechazo del “otro”.

Esa(s) alternativa(s) puede(n) forjarse, pues, a partir de la refundación de una izquierda que contribuya a una confluencia de “los de abajo” mediante respuestas globales (aunque no globalizadoras) e iniciativas de movilización frente al sistema dominante, apoyándose para ello en la práctica de la transversalidad y las convergencias entre corrientes en función de los conflictos latentes o manifiestos que en cada momento o lugar se presentan.

En ese proceso hay que plantearse la reconstrucción de “redes de redes” de los movimientos sociales como protagonistas del cambio, aspirando a superar los discursos y modos de organización característicos de los viejos partidos y sindicatos, y basándose en formas de organización en las que predomine lo horizontal sobre lo vertical. Su estrategia no sería tanto la de exigir derechos cuando la de crear contrapoderes sociales, tendentes a sentar los fundamentos para el ejercicio material de esos derechos y para la consolidación de nuevos instrumentos de representación y participación democráticas. Quizás la experiencia de la lucha por el derecho al aborto sea, como sugiere Pitch, uno de los ejemplos más reveladores de la distancia que hay entre ver reconocido el derecho formal a la ciudadanía y la conquista efectiva de la soberanía y de la capacidad de decidir sobre su cuerpo por parte de las mujeres. Lo mismo se podría decir del trecho existente entre una “ciudadanía social” legalizada bajo el Estado de bienestar y su ejercicio efectivo, que pasaría hoy, entre otras cosas, por la implantación de un reparto solidario del tiempo de trabajo y de vida.

La función de esas redes y contra hegemonías culturales sería la de ir modificando la “estructura de oportunidad política y social” (Kriesi) así como los “marcos interpretativos” de la realidad establecidos por la cultura política dominante. Tanto una como otra continúan excluyendo a numerosos grupos sociales, étnicos o de género-sexo de sus procesos de decisión y reglas del juego; o, más en general, se resisten al cambio de prioridades que supondría la protección de determinados bienes públicos (medio ambiente, paz) por encima del beneficio de una minoría. Para echar abajo esos muros inmateriales del ejercicio de la libertad de disenso, bajo la forma de la desobediencia civil colectiva (y aquí tenemos la experiencia de la insumisión al servicio militar obligatorio y al Ejército), se ha revelado fundamental, sin que ello suponga negar la utilidad que puede tener también la presencia institucional de una izquierda alternativa dispuesta a cuestionar el marco de consenso que preside las relaciones entre el Gobierno y la presunta oposición dentro del sistema.

Todo esto nos conduce finalmente a integrar la reflexión sobre la democracia dentro de los problemas más generales que ha de abordar la refundación de la izquierda en este nuevo ciclo histórico. Abandonados ya los complejos frente a la democracia representativa y liberados del modelo burocrático, no nos queda más que insistir en que tanto la izquierda como las organizaciones de los movimientos sociales deben ser

“profetas ejemplares”, en el sentido weberiano, es decir, demostrar que practican en su interior formas de democracia superiores a la realmente existente en el capitalismo. En esa apuesta, teniendo en cuenta que las tendencias a la convergencia y a la fragmentación en su seno coexistirán durante mucho tiempo, la experimentación de formas de democracia directa y participativa puede ser muy enriquecedora. Quizás así sea factible recuperar y recrear una visión de la libertad y la democracia que enlace con las mejores tradiciones de lucha de los oprimidos y del pensamiento crítico y facilite la labor de las generaciones siguientes.

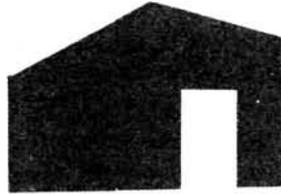
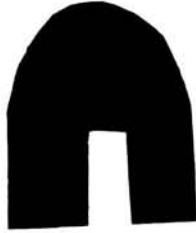
Se tratará, por tanto, de practicar la “conversación” (Ibañez) entre y dentro de los movimientos y la izquierda, reconociendo que pueden dialogar y convivir diversas identificaciones alrededor de proyectos que no repitan errores pasados. Sólo así parece que sea posible pensar en la reconstrucción de fuerzas sociales anticapitalistas y democrático-radicales dentro de un proceso largo y conflictivo, como el que caracteriza, por cierto, al mismo individuo en tanto que “sujeto múltiple en proceso” (Harding, Ibañez).

Agosto de 1993

[Este texto es una versión de la ponencia presentada por el autor en un curso de verano coordinado por Carmen de Elejabeitia e Ignacio Fernández de Castro].

Referencias bibliográficas

- Callinicos, A., “Liberalism, Marxism and Democracy: a response to David Held”, en *Theory and Society*, vol. 22, nº 2, abril, 1993.
- Capella, J. R., *Los ciudadanos siervos*, Trotta, Madrid, 1993.
- Dahl, R., *La democracia y sus críticos*, Paidós, Barcelona, 1992.
- Harding, S., “An Epistemology from/for Rainbow Coalition Politics”, en J. N. Pieterse (ed.), *Emancipations, Modern and Postmodern*, Sage, Londres, 1992.
- Held, D., *Modelos de democracia*, Alianza, Madrid, 1991.
- Ibañez, J., *El regreso del sujeto*, Amerinda, Santiago de Chile, 1991.
- Katz, R. y Mair, P., “Changing Models of Party Organization: The Emergence of the -Cartel Party”, ponencia presentada en las sesiones del *European Consortium for Political Research*, Univ. de Limerick, abril 1992.
- Kriesi, Hans P., “El contexto político de los nuevos movimientos sociales en Europa Occidental”, en J. Benedicto y F. Reinares (eds.), *Las transformaciones de lo político*, Alianza, Madrid, 1992.
- Luhmann, N., *Teoría política en el Estado de bienestar*, Alianza, Madrid, 1993.
- Pitch, T., “¿Soberanos/as o ciudadanos/as?”, en *Mientras Tanto*, nº 54, mayo-junio, 1993.
- Riechmann, J., “Necesitamos programas alternativos de alcance medio”, en *Viento Sur*, nº 2, marzo-abril, 1992.
- Ródenas, P., “Identidad de la política. Una cartografía de las filosofías políticas tardomodernistas”, en *Laguna*, nº 1, 1992.
- Santa Cruz, I., “Sobre el concepto de igualdad: algunas observaciones”, en *Isegoría*, nº 6, noviembre 1992.
- Skinner, Q., “La idea de libertad negativa: perspectivas filosóficas e históricas”, en R. Rorty y otros, *La filosofía en la historia*, Paidós, Barcelona, 1992.



Pactos por el empleo: una doble expropiación de los trabajadores

Alain Bihr

La idea de la reducción del tiempo de trabajo ha vuelto a aparecer en el discurso político y en los medios de comunicación como un medio para luchar contra el aumento inexorable del paro en todos los países de Europa. En realidad, a pesar de la objeción de principio que suele despertar, la reducción del tiempo de trabajo se practica ya a gran escala, pero en la peor de sus modalidades: el aumento del paro y de la precariedad del trabajo. Cuando una décima parte de la población activa, como ocurre en Francia, no tiene empleo, eso quiere decir que la sociedad ha reducido en una décima parte el tiempo de trabajo social necesario para su reproducción. El problema no es por lo tanto, si uno está a favor o en contra de la reducción del tiempo de trabajo, sino únicamente qué modalidad de la misma se debe aplicar.

Trabajar menos, para trabajar todos y todas

Si se quiere escapar al absurdo de una situación inhumana en la que unos se ven obligados a una inactividad forzada, sinónimo de marginación y pobreza, mientras que otros son obligados a una actividad persistente, alienante en la medida que supone una privación de tiempo libre, convendría trabajar menos para trabajar todos. Así, una política de reducción del tiempo de trabajo debería ser a la vez masiva, rápida y general:

—Masiva: El desarrollo de los nuevos sistemas productivos hace que la reducción del tiempo de trabajo sea posible y que el objetivo de trabajar todos la haga necesaria. Todos los estudios realizados concuerdan en los límites que debería tener la actividad productiva, que por término medio debería de 25 horas semanales, de mil horas anuales o incluso de 20.000 horas para toda la duración de una vida laboral.

—Rápida: Una reducción significativa del tiempo de trabajo (por ejemplo, el paso a las 35 horas semanales) debería realizarse rápidamente y ser seguida más tarde por un proceso continuo de reducciones periódicas, programadas en función de las prioridades sociales y de los avances de la productividad.

—General: La reducción se debe aplicar a la vez en todos los sectores, en todas las unidades de producción o de servicios, para que produzca todos los beneficios posibles en términos de creación de empleo, de evolución diferente de la productividad según los sectores y unidades.

Resta la delicada cuestión de cómo financiar una política de este tipo, es decir, el problema de cómo efectuar la compensación salarial: ¿es necesario o no reducir los salarios en la misma medida que el tiempo de trabajo?. Las diferencias entre la derecha y la izquierda vuelven a plantearse en relación con este problema, a pesar de que 10 años de política de derechas por parte de un Gobierno de izquierdas las ha reducido al mínimo en un país como Francia.

La solución de la derecha es conocida: descarta toda compensación salarial con el pretexto de que aumentaría los costes salariales unitarios y por lo tanto reduciría la competitividad de las empresas francesas frente a sus competidores extranjeros; o de las empresas europeas frente a sus competidores americanos y japoneses, si la política de reducción del tiempo de trabajo se aplicase a escala europea. Una vez más el discurso económico oculta intereses corporativistas, en este caso el de las rentas más altas.

¿Reducir también los salarios?

Desde este punto de vista, la reducción del tiempo de trabajo debería acompañarse de una reducción proporcional de las rentas, particularmente dolorosa e inaceptable para los salarios más bajos e incluso medianos. Se asemeja así a una socialización del paro y la pobreza: se trata de despojar a aquellos a los que todavía les queda algo, para dárselo a los que ya no tienen nada. Se comprende por qué este tipo de políticas se aplican en nombre de un renovado concepto de la caridad y son presentadas como un "reparto" (del trabajo y de las rentas) en una evocación del discurso de la moral cristiana. Ciertos acuerdos alcanzados recientemente en las empresas con dificultades para preservar, para no hablar de crear, puestos de trabajo va en este sentido. Por ejemplo, el alcanzado el otoño pasado en la Sociedad de Crédito de Burdeos, perteneciente al grupo Crédito Industrial y Comercial (CIC) que para limitar a 95 en vez de 130 el número de despidos, la dirección propuso una "contribución salarial de solidaridad por el empleo" que se tradujo en una reducción anual de 823 francos en los salarios más bajos, de 4.772 para los salarios medios, y de 120.000 para los de los ejecutivos. Este acuerdo fue alabado por el primer ministro Pierre Bérégovoy como un ejemplo a seguir en «el reparto del coste del trabajo entre salario y empleo en las empresas». Se han firmado acuerdos parecidos, bajo el chantaje del paro, en otras muchas empresas: Potain, la sociedad Montavert en el Rhône, en la fábrica SKF de Avallon, en la empresa Publicis, etc. En cada ocasión los asalariados han sido obligados a elegir entre el paro y un "reparto del trabajo" que, de acuerdo con M. Gérard Tourette, secretario general de la empresa Potain, no es más que «un reparto de la penuria», sin que existan garantías de que la aceptación de las reducciones salariales implique conservar los puestos de trabajo.

Inspirándose en la misma "filosofía", el proyecto de ley debatido en el Parlamento el otoño pasado a iniciativa del Gobierno, y votado *in extremis* el 31 de diciembre, reduce en un 50% las cotizaciones patronales a la Seguridad Social para los contratos temporales a tiempo parcial, se trate de nuevas contrataciones o de la transformación de puestos de trabajo permanentes en empleos a tiempo parcial ¹/. En esta perspectiva, no se trata tanto de crear empleo como de repartir los que ya existen...y la masa salarial correspondiente, de manera que ¡dos empleos a tiempo parcial costarán menos a la patronal que un empleo a tiempo completo!. Se comprende así que, en estas

¹/ Nota de la redacción: Cuando el autor hace alusión a las políticas sociales del Gobierno francés, se refiere a las que aplicaron los últimos gabinetes socialistas, antes de la pasada derrota electoral. Actualmente, el Gobierno Balladur está aplicando una orientación mas dura aún en estos terrenos.

condiciones, a ciertos empresarios les resulte más interesante despedir a sus trabajadores para volver a contratarlos posteriormente a tiempo parcial. Con la excusa del "reparto del trabajo" se sigue, en realidad, el proyecto neoliberal de reducción de los costes de trabajo.

Una orientación de izquierdas

Una opción de izquierdas debe, por el contrario, partir del principio de que una política de reducción del tiempo del trabajo no es aceptable para la mayor parte de los asalariados y no puede ser una medida progresista frente a la crisis más que si está acompañada de una compensación salarial efectiva. Una vez aceptado este principio, es necesario aún establecer las modalidades de su aplicación.

Se puede empezar proponiendo que la compensación salarial sea desigual según los niveles salariales. Así, por ejemplo, la compensación sería total para los salarios más bajos (hasta dos veces el salario mínimo interprofesional, lo que equivaldría a un salario medio en Francia), parcial y regresiva para los salarios medios (hasta cuatro veces el salario mínimo) y nula por encima de este umbral. De esta manera, la financiación de la política de reducción del tiempo de trabajo pasaría por una reducción sustancial de la jerarquía y del abanico salarial, particularmente grande en Francia.

Sin embargo, incluso si se reduce así la compensación a los salarios medios y altos, sería inaceptable para las empresas ya que reduciría su competitividad en relación con la competencia extranjera y su rentabilidad. La compensación no podría por lo tanto integrarse en el salario directo, que debería por el contrario disminuir en proporción a la diferencia entre la reducción del tiempo de trabajo y el aumento de la productividad.

La compensación salarial (total o parcial) debería efectuarse a través de la introducción de una nueva forma de salario indirecto, de una "renta social", producida por el Estado del Bienestar. Nos volvemos a encontrar con la idea de un "segundo cheque" imaginado por Guy Aznar y defendida también por André Gorz. Este "segundo cheque" constituiría, a la vez, una socialización de un aumento de los salarios y un paso hacia adelante en el camino de alcanzar un "salario social garantizado", cuya introducción sería imprescindible una vez que la reducción del tiempo de trabajo fuera disminuyendo y haciendo discontinua la contribución de cada individuo a la producción. El "segundo cheque" remuneraría tanto el no-trabajo como el trabajo y permitiría a todas las personas beneficiarse de los progresos de la productividad. Todos se verían de esta manera remunerados, no en función del tiempo de trabajo efectivo, que iría disminuyendo, sino de la capacidad productiva de la sociedad en su conjunto.

La financiación de este "segundo cheque" podría asegurarse combinando diversos medios. Sin tener que tocar el sistema actual de contribuciones obligatorias a la Seguridad Social ni su monto global, se podría asegurar su financiación gracias al ahorro producido por la reabsorción del paro gracias a la reducción del tiempo de trabajo. La Administración Pública francesa (Estado, municipios, organismos de Seguridad Social) ha gastado 217.000 millones de francos en 1991 en el subsidio de desempleo, la formación de los parados y la subvención para la creación de nuevos empleos (redu-

ciendo las cotizaciones de la Seguridad Social). Es decir, para 3 millones de parados efectivos ha gastado una media de 6.000 francos (140.000 pesetas) mensuales. Y si a ello se suma lo que ha dejado de ingresar la Administración a nivel fiscal y sobre todo a través de las cotizaciones a la seguridad social por culpa del paro, la cifra hay que elevarla a 350 ó 400 mil millones de francos. Incluso si la reducción del paro no aporta una cantidad similar a la Administración, dado que seguramente se trataría de puestos de trabajo con salarios bajos, supondría en cualquier caso una importante contribución a la financiación del "segundo cheque".

También se podría ampliar la base fiscal de las administraciones con un aumento de los impuestos directos y de las cotizaciones a la Seguridad Social. La impunidad con que practican la evasión y el fraude fiscal los poseedores de rentas no salariales, para no hablar de quienes disfrutan de rentas patrimoniales (en especial inmobiliarias), es un secreto a voces.

La herramienta fiscal

Si en principio parece legítimo reducir la jerarquía salarial para financiar las políticas de reducción del tiempo de trabajo es, sin embargo, necesario abordar el problema más amplio de una redistribución del conjunto de las rentas, de manera que contribuyan prioritariamente al sistema fiscal las rentas patrimoniales. Es comprensible, porque son los beneficiarios de dichas rentas, entre quienes se encuentran sobre todo las élites económicas, políticas y administrativas, los que son más reticentes a la idea de reducir el tiempo de trabajo, que sólo aceptan con la condición de que el esfuerzo de solidaridad que implica afecte únicamente a "los de abajo"... Todo ello, naturalmente, una vez más, en nombre de las sacrosantas "leyes del mercado".

Por último, la financiación del "segundo cheque" podría recurrir también a medidas fiscales originales. Guy Aznar propone la introducción de un impuesto sobre los incrementos de productividad de las empresas gracias a la aplicación de las tecnologías informáticas y a las transformaciones concomitantes en la organización del trabajo: «Cada vez que una empresa aumenta de manera significativa el tiempo de utilización de su maquinaria y equipamiento, disminuye el tiempo de trabajo, permite la utilización de un segundo equipo a tiempo parcial y compensa en parte el salario perdido, el Estado debería aportar el complemento del salario perdido, y este segundo cheque podría recibir el nombre de salario técnico». Por su parte, André Gorz cree que una presión fiscal de este tipo tendría efectos disuasivos sobre la inversión en sistemas de automatización y propone, por el contrario, la introducción de un impuesto indirecto prefijado, de manera semejante al IVA y a los impuestos sobre alcoholes, carburantes, tabacos, vehículos de motor, etc, es decir, no sobre los medios de producción, sino sobre los productos y servicios de los procesos de producción automatizados o automatizables, cuyo coste de producción y su precio en el mercado irán, en cualquier caso, disminuyendo. Se pueden imaginar otras fórmulas, como una imposición fiscal progresiva sobre el capital según sea su composición, de manera que las empresas que tengan una gran intensidad de capital paguen más impuestos que aquellas con mayor intensidad de trabajo, ya que la carga financiera de la reducción del tiempo de trabajo sería más pesada para ellas.

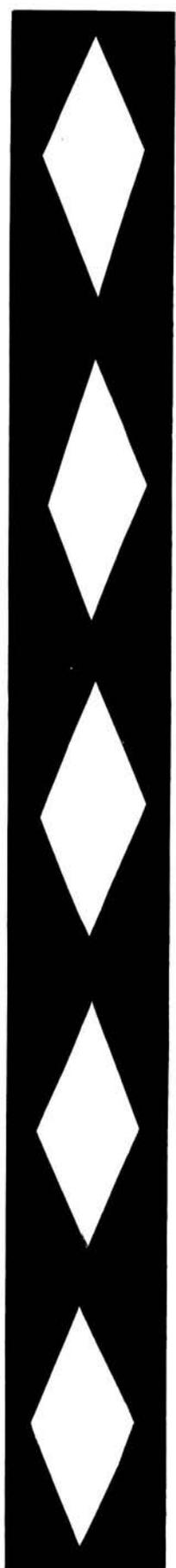
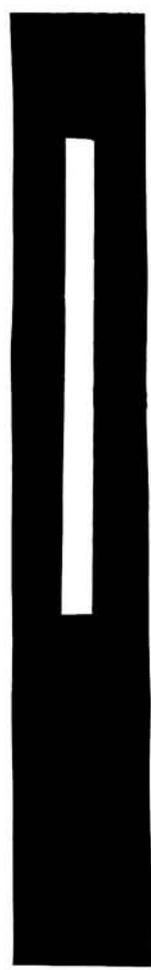
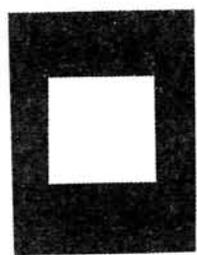
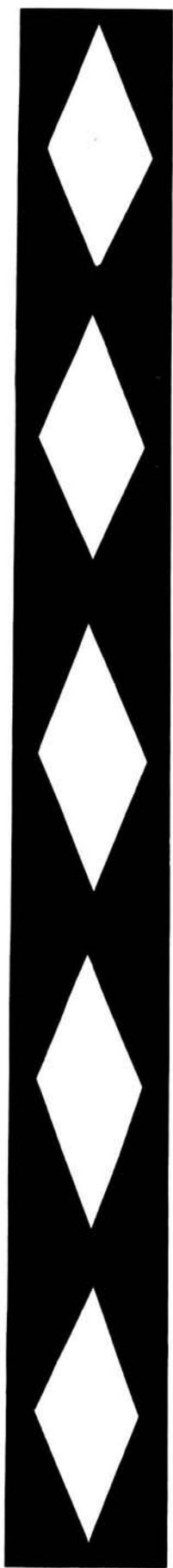
La introducción de estas medidas legislativas, destinadas a financiar una política de reducción del tiempo de trabajo compatible con las exigencias de una economía capitalista desarrollada, presupone evidentemente alcanzar un nuevo compromiso histórico entre capital y trabajo del que la política de reducción del tiempo de trabajo no sería más que un elemento. En el marco de este compromiso, los efectos nefastos que tendría sobre la valorización del capital una reducción del tiempo de trabajo podrían ser compensados indirectamente por una gestión de ese tiempo que permitiese aumentar y flexibilizar la duración de utilización de la maquinaria. A este nivel el nuevo compromiso se podría resumir en la fórmula propuesta por Dominique Taddei: «hacer trabajar más a las máquinas y menos a los hombres». Este compromiso, que tendría que formularse a escala europea, sería comparable al compromiso fordista gracias al cual el capitalismo occidental encontró en los años 30 y 40 una solución a su anterior crisis estructural, y que ha proporcionado el cuadro institucional que hizo posible “los treinta gloriosos” ¹/* . Pero el compromiso fordista fue también y sobre todo producto de duras y algunas veces sangrantes luchas sociales y políticas llevadas a cabo por un movimiento obrero todavía capaz de ofensivas de gran envergadura: fue gracias a estas luchas como se pudo establecer una correlación de fuerzas que permitió imponer reformas tan importantes como el salario mínimo, la negociación colectiva y la creación de los sistemas públicos de protección social (enfermedad, vejez, paro, etc.). Tan es así, que los intereses dominantes sólo han cedido ante estas reformas ante el miedo a la revolución.

Incluso si reduce a los términos y al marco de un nuevo compromiso entre capital y trabajo, una política de reducción del tiempo de trabajo sólo es posible si renace un movimiento social ofensivo, capaz de imponer a las élites dirigentes una orientación que no admitirán espontáneamente por que les exige sacrificios. Si no se dan esas luchas el proyecto de reducir el tiempo de trabajo se quedará en los confines de las utopías generosas o lo que puede ser peor aún, se aplicará en la forma degenerada y desastrosa de un nuevo reparto de la miseria que lo hagan abominable.

LE MONDE DIPLOMATIQUE/ Junio de 1993/ París

Traducción: G. Buster

*¹ Nota de la Redacción: Etapa de alto crecimiento económico en los países desarrollados, entre el final de los años 40 y la primera mitad de los 70.



¿Sanidad pública o mercado?

Carmen San José

En la década de los ochenta, la evolución de los sistemas sanitarios en los países de Europa occidental ha sido diversa, porque, entre otras cosas, no partían de modelos de salud similares.

Sin embargo, la mayoría de las transformaciones experimentadas por los dispositivos asistenciales ha tenido un mismo eje: *disminución de las aportaciones estatales destinadas a la sanidad.*

Las orientaciones neoliberales aplicadas por estos Gobiernos occidentales han calado en las políticas sanitarias; con estas ideas se han acometido las reformas de los sistemas de salud europeos: el resultado es el desmantelamiento progresivo de muchas de las conquistas arrancadas por las y los trabajadores, como son los sistemas de seguridad social, sistemas sanitarios públicos, servicios sociales, etc.: la propia existencia del Estado de Bienestar está hoy en entredicho.

El escenario económico diseñando la Unión Europea, y más concretamente los planes de convergencia asumidos por los Estados miembros, implica restricciones para aligerar el déficit público; pues bien, éstas recaen principalmente en los presupuestos destinados a la sanidad. Pero la reacción de la opinión pública en todos los países ha forzado a los Gobiernos a ser sibilinos en las modificaciones introducidas: así, por ejemplo, los dispositivos asistenciales públicos han comenzado a ser gestionados con criterios empresariales; los sistemas sanitarios de seguros obligatorios han reducido las cantidades que reembolsan por determinadas prestaciones y medicamentos. En esta tarea ha sido decisiva la ayuda prestada por ideólogos ultraliberales como A. Enthoven, R. Saltman o Von Otter y, en el Estado español, los que contribuyeron al informe «Evaluación de Sistema Nacional de Salud», entre ellos Abril Martorell.

A espaldas de la población

El debate sobre las reformas de los sistemas de salud se llevó al terreno meramente técnico: "mercado interno", separación entre la financiación y la provisión, gestión empresarial en servicios de salud públicos, etc. De esta forma se hurtó o se hizo más difícil la participación en el mismo de la población.

La justificación para introducir estas reformas fue el que los recursos de los países no eran ilimitados y, ante la introducción de nueva tecnología y el aumento de la esperanza de vida, si no se tomaban medidas, los gastos en sanidad crecerían de forma exponencial, no pudiendo soportar ese coste las economías de los países occidentales.

En conjunto, los cambios experimentados en los sistemas sanitarios persiguen una misma idea: el ahorro de fondos públicos. Y un mismo fin: acabar con la planificación estatal de las necesidades de salud, dejando que las fuerzas del mercado determinen el conjunto de la política sanitaria.

Los fondos públicos obtenidos a través de los impuestos es la forma de financiar los

servicios nacionales de salud; los sistemas de Seguridad Social se financian con cuotas de trabajadores y empresarios, más una aportación del Estado. Pues bien, ambas fórmulas que durante décadas fueron el exponente de solidaridad y redistribución de los recursos existentes para responder ante los problemas de salud, y mucho más la primera, están en completa revisión.

Los defensores de esta nueva orientación apuestan porque en el sector salud juegue la ley de la oferta y la demanda como en cualquier otro sector productivo de la economía. Con la particularidad de que los poderes públicos deben asegurar una asistencia sanitaria mínima o cuidados en salud básicos para aquellos que no tengan recursos (desempleados, inmigrantes, etc.). Además, el Estado debe cubrir aquellas prestaciones que puedan resultar no rentables (cuidados a la tercera edad o a los enfermos crónicos). También los procesos que requieren una gran inversión en tecnología (trasplantes de órganos) deberán ser sufragados con fondos públicos. Es como si la confianza de los partidarios del "mercado interno sanitario" no fuese completa, o quizá vean difícil extraer beneficios de algunos cuidados de salud.

Prestaciones básicas

En todos los sistemas sanitarios de los Estados miembros de la CE, la tendencia actual es la definición de unas prestaciones básicas a las que tengan acceso toda la población; éstas se financiarían con cargo a los fondos públicos en cualquiera de los modelos sanitarios que tenga el país.

A partir de lo que se defina como "prestaciones básicas", la asistencia sanitaria será costado por cada persona. De aquí las polémicas que se suscitan al conocer la opinión pública los criterios que se siguen para establecer las prestaciones básicas en materia de salud. Esto está llevando a excluir a pacientes ancianos, fumadores u obesos de las listas para una angioplastia o un *by-pass* coronario, con el criterio de que en ellos el porcentaje de éxito es menor. Claro está, la contraoferta es que los gastos de la intervención corrieran por su cuenta.

Con los mismos argumentos deducen que no se tiene por qué costear todos los medicamentos necesarios o de reconocido valor terapéutico, diferenciando entre ellos los "más esenciales" y haciendo recaer el pago de los restantes sobre los pacientes. Aunque los modelos que ha escogido cada país para transferir el gasto farmacéutico a la población es distinto el fin que se persigue es el mismo: ahorrar presupuesto público. Paradójicamente, se incrementa la publicidad de los medicamentos para que no decaiga el consumo privado o autoconsumo y la industria farmacéutica pueda seguir siendo de las que más beneficios obtienen (y de las que más contaminan).

Con la introducción del mercado interno en el sector salud nació la necesidad de identificar el o los "productos" que se obtenían y ponerles un "precio", como si de cualquier otro sector industrial se tratara. De ahí el interés de "evaluar" cada actividad sanitaria en base al coste de los recursos empleados y a los beneficios obtenidos en la salud de las personas. Es obvio deducir los límites y dificultades que tiene esa fijación de "precios" de cada actividad clínica; y mas, basar en éstos la gestión de los centros sanitarios o elaborar los presupuestos con esta orientación economicista. La promoción de la salud y la prevención de la enfermedad, el quehacer clínico y la

investigación, ejes "clásicos" sobre los que pivotaban los sistemas de salud, sobre todo en los modelos sanitarios públicos, son reemplazados ahora por "producir" para satisfacer las necesidades de los clientes, con el menor consumo de recursos posible.

Los efectos sobre los trabajadores

Con este enfoque dado a los sistemas de salud como sistemas de producción, no sólo se verán perjudicados los niveles de salud de la población, sobre todo los de los más pobres; las relaciones contractuales del personal sanitario ya se han visto afectadas. Según un informe de la OIT de finales del pasado año, la flexibilidad de este "mercado de trabajo interno" se va extendiendo en contratos a tiempo parcial cada vez más numerosos; los contratos temporales sin causa aumentan; para el Estado español, la media en contratos eventuales es del 22,4%, con grandes diferencias territoriales; la composición de los salarios muestra un incremento de las partes variables a favor de los conceptos relacionados con aumentos de la productividad, independientemente de criterios clínicos o científicos; se deja cada vez más de lado la negociación con los sindicatos y se tiende a negociaciones individualizadas. Así, la evolución de los sistemas sanitarios europeos afecta negativamente a las condiciones laborales de las trabajadoras y trabajadores. Hay que tener en cuenta, por sus graves implicaciones, que éste es un sector donde las mujeres son mayoría y las contrataciones a tiempo parcial pueden tener una buena acogida, aun en detrimento del reconocimiento profesional y de la salud laboral de estas trabajadoras.

Cuando en un sistema sanitario lo que prima es la relación coste/beneficio la calidad asistencial se deteriora, aunque las campañas de *marketing* dirigidas a los "clientes" lo oculten. La filosofía y los contenidos de control de calidad y garantía de calidad han cambiado de significado: hoy en día estos conceptos se definen e inspiran en las técnicas de gestión de la industria japonesa. Entre éstas las más usadas en los servicios de salud son las de "*Continuous Quality Improvement*" y "*Total Quality Management*", que ponen el énfasis en la "calidad" del "producto" obtenido y el gasto que ha originado. Por esto un sistema productivo que persigue ser rentable rebajará la "calidad" para obtener el "producto" a un menor "precio".

El acceso y la equidad de que gozaron en otro tiempo los servicios sanitarios europeos se han visto deteriorados, en buena medida, por las condiciones que han impuesto las transformaciones que tuvieron lugar en la pasada década. Estas reformas han sido la base de los cambios que han tenido lugar en el servicio nacional de salud en el Reino Unido, que luego otros países ensayaron (Suecia...) y más tarde se implantaron en los servicios de salud de los países del Sur de Europa. Aunque de distinta forma, porque son sistemas sanitarios de Seguros Obligatorios, los cambios también afectaron a los sistemas de Holanda, Alemania y Francia.

En un reciente informe de la OCDE sobre los sistemas sanitarios de siete países europeos (Alemania, Bélgica, España, Francia, Irlanda, Holanda y Reino Unido), acerca de los problemas de la financiación, prestación de cuidados y sobre la eficacia, se pone de manifiesto que subsisten de manera tenaz las diferencias en el acceso y cuidados de salud entre algunos grupos socio-económicos; explícitamente afirma: «Sin embargo, son menores en los sistemas públicos». Igualmente, se comenta que

los poderes públicos están llegando a la conclusión de que, a pesar del coste político de nuevos impuestos, será necesario elevarlos para la financiación de los cuidados médicos. Sin embargo, continúa el documento, hay muchas más dificultades para hacer recaer las facturas en los usuarios y se manifiesta que es preferible limitar la oferta, reforzar la posición del asegurador e imponer un control directo sobre los pagos de las prestaciones, así como sobre la capacidad de producción. Esto ha hecho que el crecimiento de los costes se contraiga en la pasada década como muestra el cuadro 1. En los países en que esto no ha sucedido, como Bélgica y Francia, ha sido por el crecimiento del sector privado. En el Estado español, los bajos porcentajes del PIB destinados a sanidad en los años 1982-1987 ha hecho que, en los últimos años de la década pasada, se incrementaron en mayor proporción.

Maastricht y la sanidad

La Unión Europea, es decir, un mercado único, sin fronteras ni trabas proteccionistas, una moneda única y un banco europeo, va a tener escasa influencia directa sobre la sanidad de cada país miembro. No se ha querido legislar para tratar de armonizar los diferentes modelos sanitarios, aunque todos sometidos a las reformas anteriormente comentadas. Sin embargo, las directrices económicas del Tratado de la Unión Europea, de marcado corte neoliberal, recogidas en los Programas de Convergencia, afectan negativamente a la sanidad por los graves recortes que implican en los presupuestos.

Otros temas han preocupado más a la CE, referentes a problemas de salud pública o de la industria del medicamento, y sobre ellos se ha tratado de converger. Buena muestra es el Título X del Tratado de Maastricht. Dentro del mismo, en su único artículo, nº129, podemos leer en el apartado 1: «La Comunidad contribuirá a la consecución de un alto nivel de protección de la salud humana fomentando la cooperación entre los Estados miembros y, si fuere necesario, apoyando la acción de los mismos. La acción de la Comunidad se encaminará a la prevención de las enfermedades, especialmente

Evolución del gasto sanitario Porcentaje del PIB destinado a sanidad

	1970	1980	1990
Alemania	5,9	8,4	8,1
Bélgica	4,1	6,7	7,5
E. español	3,7	5,6	6,6
Francia	5,8	7,6	8,8
Irlanda	5,6	9,6	7,5
Holanda	6,0	8,0	8,0
Reino Unido	4,5	5,8	6,2

de las más graves y ampliamente difundidas, incluida la toxicomanía, apoyando la investigación de su etiología y de su transmisión, así como la información y la educación sanitarias». Y en el apartado 2º, «Los Estados miembros, en colaboración con la Comisión, coordinarán entre sí sus políticas y programas respectivos en los ámbitos a que se refiere el apartado primero». En definitiva, un canto de buenas intenciones sobre las políticas de salud de los Estados miembros.

Tanto en Maastricht como en anteriores acuerdos, hay protocolos en relación a la libre circulación de los profesionales sanitarios. Si en un primer momento hizo suponer una invasión de profesionales de otros países, limitaciones como la subordinación a las condiciones exigidas para el ejercicio en los diferentes Estados se dejarán sentir. También supondrá dificultades para el ejercicio de profesionales de terceros países, así como, un incremento de acuerdos individualizados por enormes sumas de dinero para algunos profesionales de prestigio.

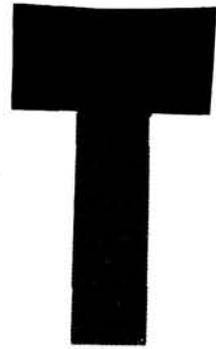
Con el Tratado de Maastricht se ha perdido, una vez más, la ocasión para abordar la libertad de colegiación de los y las profesionales que trabajan en los sistemas públicos de salud en la CE: se mantiene intacto el poder de estructuras profesionales ultraconservadoras (Colegios Médicos) en la mayoría de los países.

La investigación se trata de forma genérica en el Título XV, planteándose la necesidad de fomentar políticas de desarrollo para la investigación, favoreciendo la movilidad y formación de investigadores dentro de la CE.

Los medicamentos han tenido un extenso tratamiento desde el Acta Única hasta la actualidad por el interés que tiene un mercado único para las industrias europeas del sector. Los productos farmacéuticos, su investigación, fabricación, control de calidad, envases y etiquetados, distribución y publicidad, así como la fijación de los precios, son algunos de los temas más tratados por las diferentes legislaciones europeas.

Todo hace prever que, a pesar de las disparidades entre los modelos sanitarios europeos, la convergencia se dé profundizando algunas de las reformas que aquí se han apuntado. Esto implica el alejamiento de su naturaleza pública de los que son del tipo servicios nacionales de salud, con los problemas también apuntados de disminución de la calidad a medio plazo, acceso más costoso y difícil para ciertos colectivos más desfavorecidos y quiebra de la equidad de que estos sistemas habían gozado. Asimismo, los sistemas de seguros obligatorios harán recaer en mayor cuantía los costes de la sanidad sobre la población, con lo que también las capas más deprimidas serán los colectivos más afectados por estas medidas. En ambos casos, las prestaciones ahora cubiertas gratuitamente irán disminuyendo, conformándose un bloque de prestaciones básicas mínimas que sí estarán cubiertas por todos los sistemas europeos.

Este tipo de reformas no sólo está repercutiendo negativamente en los niveles de salud de las ciudadanas y ciudadanos, sino que no conseguirán el objetivo que persiguen de ahorro. Ya que el derivar las prestaciones sanitarias cubiertas por el sector público al sector privado hace que se eleven los costes sanitarios estatales que se abonan a los seguros privados, ya que aumentan entre otros los gastos burocráticos hasta una cuarta parte de todo el presupuesto destinado a salud; así se demuestra en Francia y Alemania que han tenido un gasto sanitario mucho más elevado que el Reino Unido o Italia, sin que ningún indicador de salud nos manifieste que en estos países tuvieran peores servicios de salud. Hay que prever que estas diferencias, entre distintos modelos sanitarios, disminuyan al ir fraguando las reformas que se pusieron y se continúan poniendo en marcha.



5 voces miradas

De un provocador

Tomás Rivero

1.

...Y si ves
que vas
o acudes
nadando
limpia el agua
de tí
y suda
esa gota
que nadie bebe.

2.

«...dando un rodeo, pasó por entre los olores de polentas y tasajos, de salmueras fuertes y abadejos en penca, para evitar las luces del café de humeantes percoladores a cuya salida lo habían arrestado...» (Alejo Carpentier).

sólo porque hay que dar rodeos
sólo por eso
porque tenemos que dar vueltas
pasar entre vueltas
finalmente
sin que se nos vea
regresar al mismo sitio por entre láminas
sobre lágrimas pasar como por un sembrado
de oníricas semillas
sin hacer el más mínimo ruido
so pena de delación
o ser descubierto
sólo porque hay que dar rodeos
intentar no ser descubierto
jamás

nunca
los renuncios te acusarán implacables
incansables
inagotables
sólo por eso tenemos que dar rodeos
justificar los círculos concéntricos
evitaremos pasar por delante de garitas
de ventanucos de claraboyas
de mirillas o miradas
prismáticos o catalejos
sólo por eso porque hay que dar un rodeo
hoy
mañana también
y ni tú ni yo recordamos el nombre.

3.

Y aunque sueño que me rompo
en tu acantilado
prenda mía
náufrago reincidente
siempre pregunto a las rocas
tu nombre que me olvida.

4.

Sube el mar por la carne
casi hasta cubrir la boca
y flota el oleaje junto al paladar
Alfonsina lo comprendió
en esta sonora playa
de gaviotas y grumos vírgenes
donde el respaldo de la noche sirve
para hacer del insomnio
un acto de pureza
o un logro de vinos traspasados
donde descomponer el cuerpo en figurilla
genial ala o letal almizcle
puede significar la herida mortal
en la garganta dulce
para taponar con plumas
como siempre
ausencias descontentas
o fuerzas disconformes.

6.

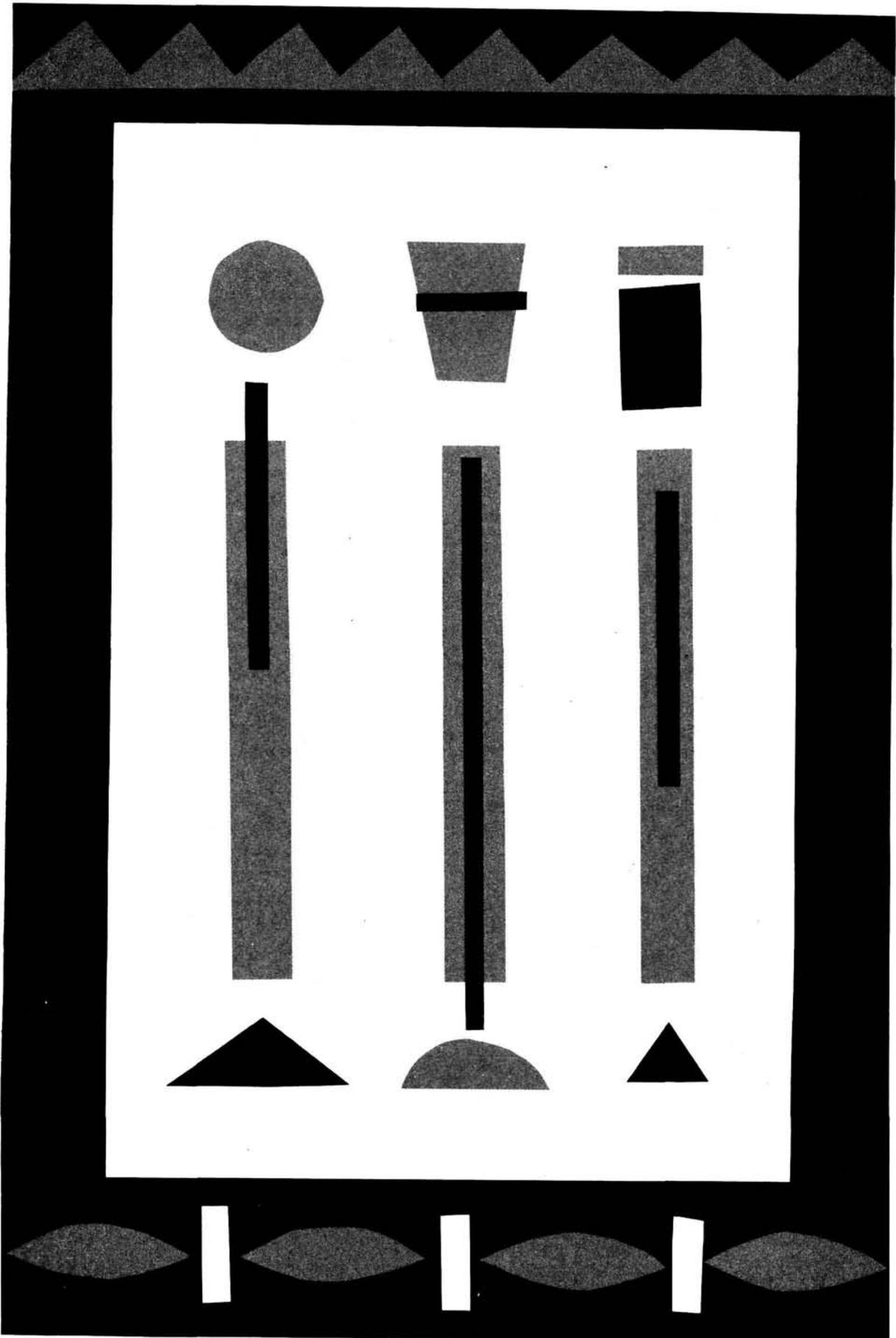
ando con mi literatura
al borde de mis nervios
y sudo un acantilado
de sueldos y salarios

5.

...esos que acuden a destiempo
a socorrer leves arañazos
o finas tibias de ayer en sombra
péndulo que acicala la raíz del mar
los arroyos graves que nutren de vida
la historia y sin embargo
nada fluye entre nosotros
como la palabra
y sin embargo es duro
no encontrar al hombre humano
que te abraza o acaricia
y deja de ser para siempre
un arma peligrosa

7.

abre la espita de tu corazón
y fumiga las avispas de tu sangre
ventila por fin estos labios
de enormes enemigos
que deja besos de muerte en cada sueño.



6 subrayados subrayados

In memoriam E.P. Thompson

[E.P. Thompson murió el pasado 28 de agosto, después de una larga enfermedad y de una fecunda vida, en Upper Wick, Worcester. Este «lobo solitario de la izquierda» como le define E.J. Hobsbawm, «que cuidaba su jardín cuando no militaba», fue un elemento decisivo en la reconstrucción de un pensamiento de izquierdas alternativo y socialista desde mediados de los sesenta. Fue una de sus figuras más conocidas y respetadas en los años ochenta.

Hemos traducido la nota de despedida que ha publicado en el periódico londinense The Independent su amigo el historiador E. J. Hobsbawm.]

Un lobo solitario de la izquierda

E.P. Thompson, que fue socialista, poeta, militante, orador, escritor, en su momento, de la prosa polémica más brillante de este siglo, hubiera deseado probablemente que se le recordara como historiador. Así será, porque cuando se hayan olvidado las distintas causas en las que militó, se seguirán leyendo con admiración y pasión

La formación de la clase obrera inglesa y sus otros escritos.

Tanto como historiador como en su vida pública, Edward Thompson se elevó como un cohete. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, publicada en 1963 y escrita por un profesor de educación para adultos virtualmente desconocido fuera de los estrechos círculos intelectuales de la vieja y la nueva izquierda, mereció inmediatamente el reconocimiento como un clásico y se convirtió sin ninguna duda en el libro de historia más influyente en el mundo radical anglosajón de los sesenta y setenta. Y no sólo entre la izquierda radical. En la década de los ochenta, Thompson fue el historiador del siglo XX más citado del mundo, de acuerdo con el Índice de Citas de Artes y Humanidades, y uno de los 250 autores más citados de todos los tiempos. Cuando se dedicó por completo a la Campaña por el Desarme Nuclear en los años ochenta, de nuevo destacó hasta ocupar un papel parecido al que había desempeñado Bertrand Russell en una primera fase de ese movimiento.

La intuición de un poeta. Si no hubiera sido por el aislamiento de la pequeña izquierda marxista, se hubiera

reconocido antes y mas ampliamente la capacidad de Thompson para destacar. En 1956 fue (junto a John Saville) el primer dirigente de la oposición pública antiestalinista dentro del Partido Comunista Británico, del que había sido un militante entregado durante muchos años.

Las estrellas le habían sido propicias en el momento de su nacimiento –si se puede emplear una metáfora de este tipo para un niño nacido en el seno de una concienzuda familia de misioneros metodistas anglo-americanos, liberales y anti-imperialistas de toda la vida– y le habían conferido muchos dones: un poderoso intelecto unido a la intuición de un poeta, elocuencia, ternura, encanto, presencia, una voz maravillosa, un atractivo dramático que adquirió con el tiempo una patina rugosa y un carisma, o si se quiere, un saber ser la estrella, a raudales.

Lo único que le negaron fue capacidad para seleccionar sobre que escribir – siempre escribió mas que lo que le hubiera gustado– y para planear la obra de su vida (con la excepción de su matrimonio con su compañera y colega Dorothy, cuando aún era muy joven).

Siempre siguió los impulsos de su intuición, dejándose llevar por los vientos y las corrientes de la experiencia privada y pública, o por una mezcla de ambas. Así, la obra histórica de Thompson fue interrumpida por su sensación de aislamiento, como hombre de izquierdas, de las diferentes “nuevas izquierdas” de los años sesenta y setenta y de nuevo durante sus años de militante antinuclear.

Una y otra vez parecía romper el curso de una prometedor vía de investigación para seguir otras aventuras intelectuales. Sus trabajos sobre historia social de la Inglaterra preindustrial, cuya percepción contribuyó a cambiar en los años setenta con varias monografías de gran profundidad, mas tarde se reunirían en el libro *Customs and Common* (1991), publicado en edición de bolsillo por Penguin en las últimas semanas de su vida. Su libro sobre William Blake (a quien

consideraba, junto a Vico, Marx y William Morris, su precursor) será publicado en un futuro inmediato.

Tradicición y lealtad. A medida que envejeció, las fronteras entre la historia general y su propia autobiografía se fueron haciendo mas tenues, hasta el punto de aplazar momentáneamente sus investigaciones tentado de averiguar algún aspecto de la propia historia de la familia Thompson. Se sabía profundamente influido por sus orígenes. En especial por su relación con su hermano mayor Frank, mientras vivió y después de su muerte, a quién siempre consideró mas brillante y mejor dotado intelectualmente que él y que le precedió en las filas del Partido Comunista, para caer asesinado a la edad de 21 años mientras trabajaba para el Servicio de Operaciones Especiales británico (SOE) en Bulgaria, país que le concedió el modesto reconocimiento de héroe del pueblo búlgaro. Tradición y lealtad, dentro y fuera de la familia, eran valores importantes para Edward Thompson.

Cada vez mas escribió sobre historia o sobre cualquier otra cosa como lo haría un caballero tradicional rural inglés (no británico) de la izquierda radical. Este papel, aunque poco convincente, iba bien con sus profundas inmersiones en la historia de su pueblo, de su constitución y a la pasión que le unía a los hombres y mujeres del pasado, por los que hizo tanto, según sus propias palabras, para «rescatarlos de la enorme condescendencia de la posteridad».

El primer gran trabajo de Thompson fue su biografía de William Morris (1955, revisada en 1977). Sus publicaciones históricas mas importantes después de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, publicadas en su mayor parte en los años setenta, tratan del siglo XVIII. Su influencia internacional creció después de 1969, cuando entró a formar parte del consejo editorial de la revista *Past and Present*, y comenzó a participar en seminarios internacionales sobre historia

social, organizados (en gran medida alrededor de él) con el patrocinio de la Maison des Sciences de l'Homme de París.

Su principal obra teórica, *La pobreza de la teoría*, aparecida en 1978, recogía sus crítica a la obra última de Louis Althusser (muy influyente por aquel entonces) y algunas tesis de Anderson y Nairn publicadas en la *New Left Review*.

Otra escala. La obra de Thompson supo combinar la pasión y la inteligencia, las dotes del poeta, el narrador y el analista. Ha sido el único historiador que he conocido en el que se combinaban no solamente talento, brillantez, erudición y pluma, sino además la capacidad para producir algo cualitativamente diferente del resto, que obliga a juzgarlo con otra escala. Llamémosle simplemente genialidad, en el sentido tradicional de la palabra. Ninguna de sus obras de madurez hubiera podido ser escrita por nadie mas que él. Sus admiradores le perdonaban por ello muchas cosas, incluyendo sus cambios de humor, sus ambiguas relaciones con las organizaciones y con las personas que les daban vida, y una capacidad ocasional para golpear y esconder la mano en las incursiones de su poderoso e imaginativo intelecto por los vericuetos de la teoría. Sus amigos, simplemente, se lo perdonaban todo.

Después de romper con el Partido Comunista en 1956 siguió siendo en lo fundamental un lobo solitario de la izquierda, alguien a quien le consolaba no tener que llevar las distinciones del orden establecido, que en algunos casos le fueron injustamente negadas. Enseño por poco tiempo en una universidad británica, pero vivió la mayor parte de su vida como un académico independiente, que enseñaba ocasionalmente en universidades del extranjero, mientras escribía sobre historia, teoría, política, además de poesía y al menos una novela de ciencia ficción, *The Sykaos Papers* (1988), y cuando no militaba, cuidaba su jardín en Worcestershire. Murió tras una larga

enfermedad. Tan inolvidable como escritor como en su vida privada y pública, deja una huella imborrable en todos los que le conocieron y en la mayor parte de sus lectores. Su muerte les deja sin consuelo. La pérdida que supone para la vida intelectual, la historia y la izquierda británica tardará en poder apreciarse.

E. J. Hobsbawn

Bibliografía

-*Miseria de la teoría.*

Editorial Crítica, S. A., Barcelona, 1981.

-*Opción cero.*

Editorial Crítica, S. A., Barcelona, 1983.

-*Protesta y sobrevive.*

Editorial Hermann Blume, Madrid, 1983.

-*La guerra de las galaxias.*

Editorial Crítica, S. A., Barcelona, 1986.

-*Nuestras libertades y nuestras vidas.*

Editorial Crítica, S. A., Barcelona, 1987.

-*William Morris. De romántico a revolucionario.*

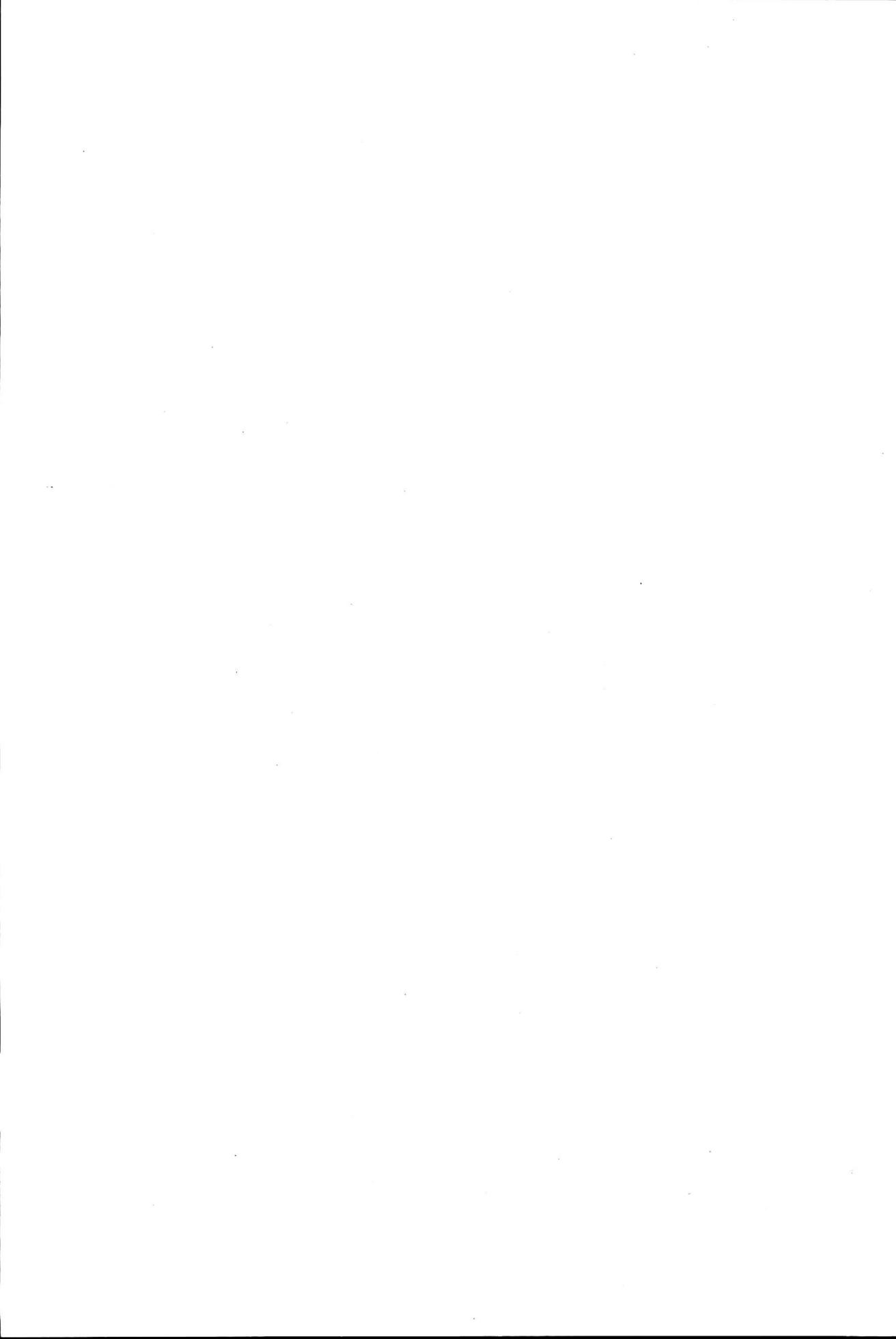
Editorial Alfons el Magnanim, València, 1988.

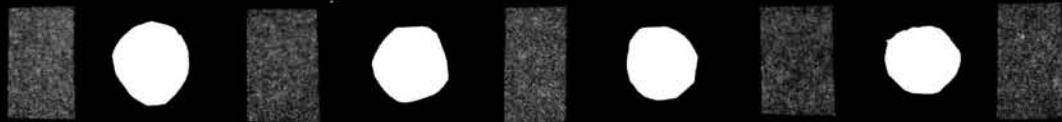
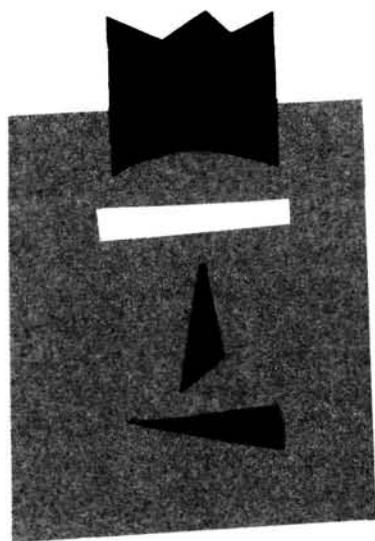
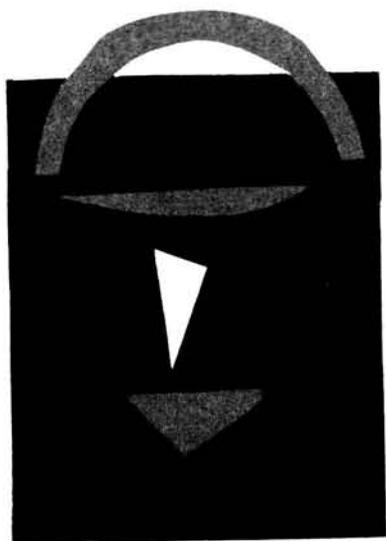
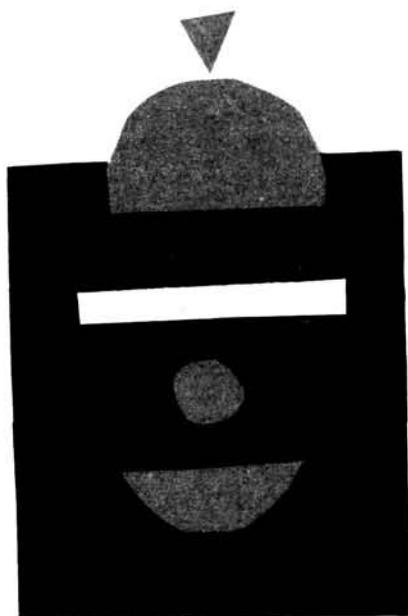
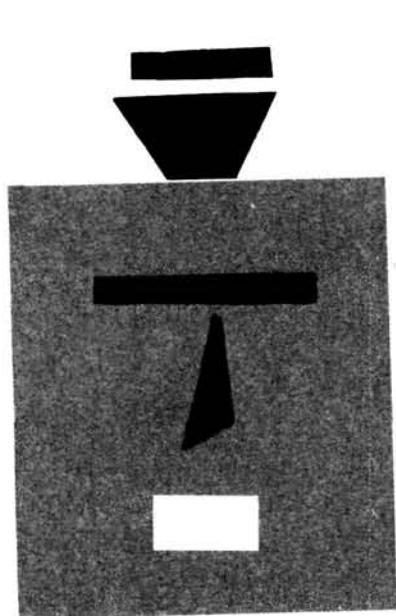
-*Tradicón, revuelta y consciencia de clase.*

Editorial Crítica, S. A., Barcelona, 1989.

-*La formación de la clase obrera en Inglaterra.* (Dos tomos).

Editorial Crítica, S. A., Barcelona, 1989.





DOMICILIACION BANCARIA - AUTORIZACION DE PAGO

Apellidos Nombre
Calle..... N°..... Piso..... Puerta
Localidad Prov..... D.P.

ENTIDAD

OFICINA

CONTROL

Nº CUENTA

--	--	--	--	--

--	--	--	--	--

--	--

--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--

Fecha:.....

Firma:

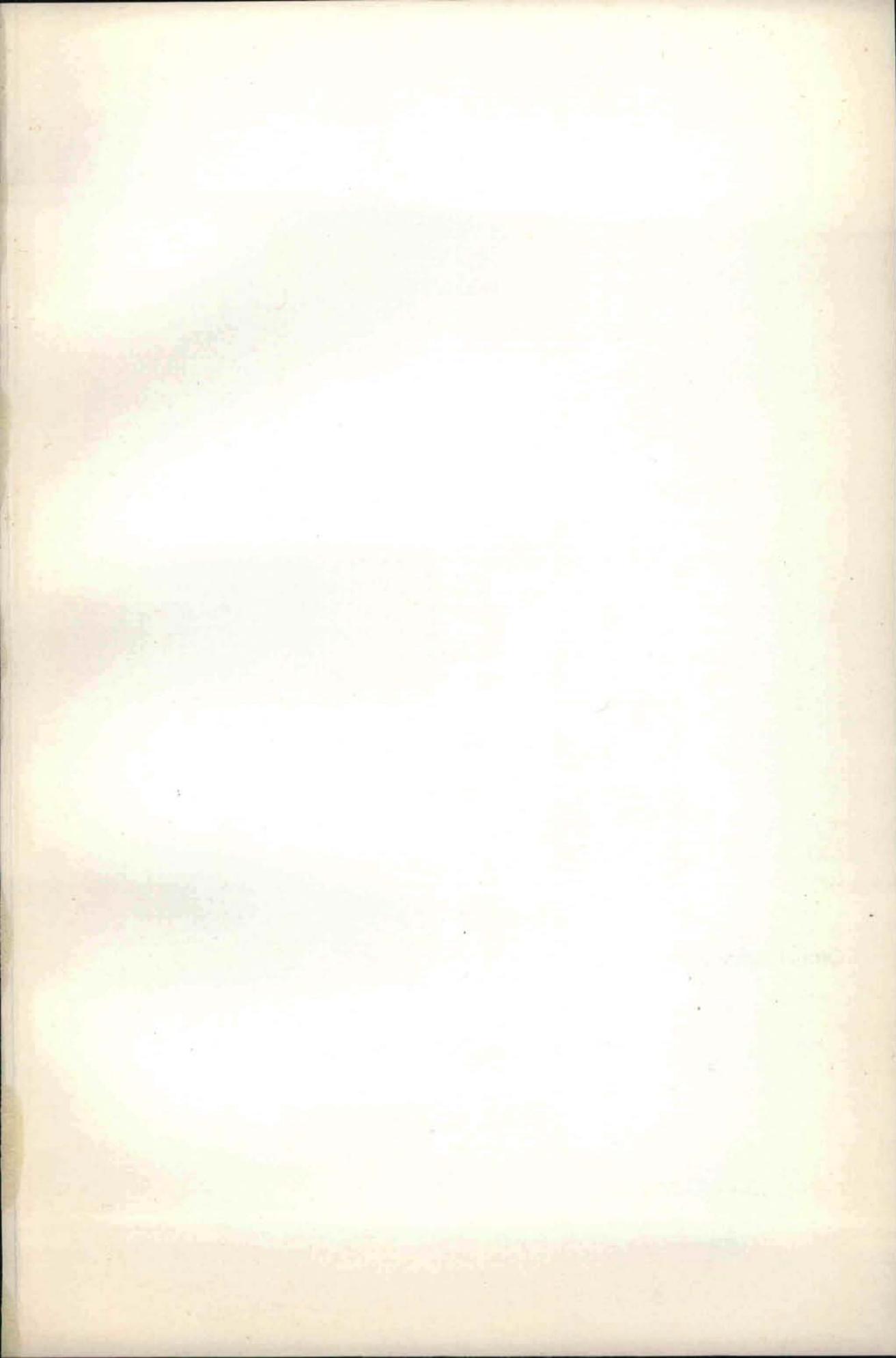
BOLETIN DE SUSCRIPCION

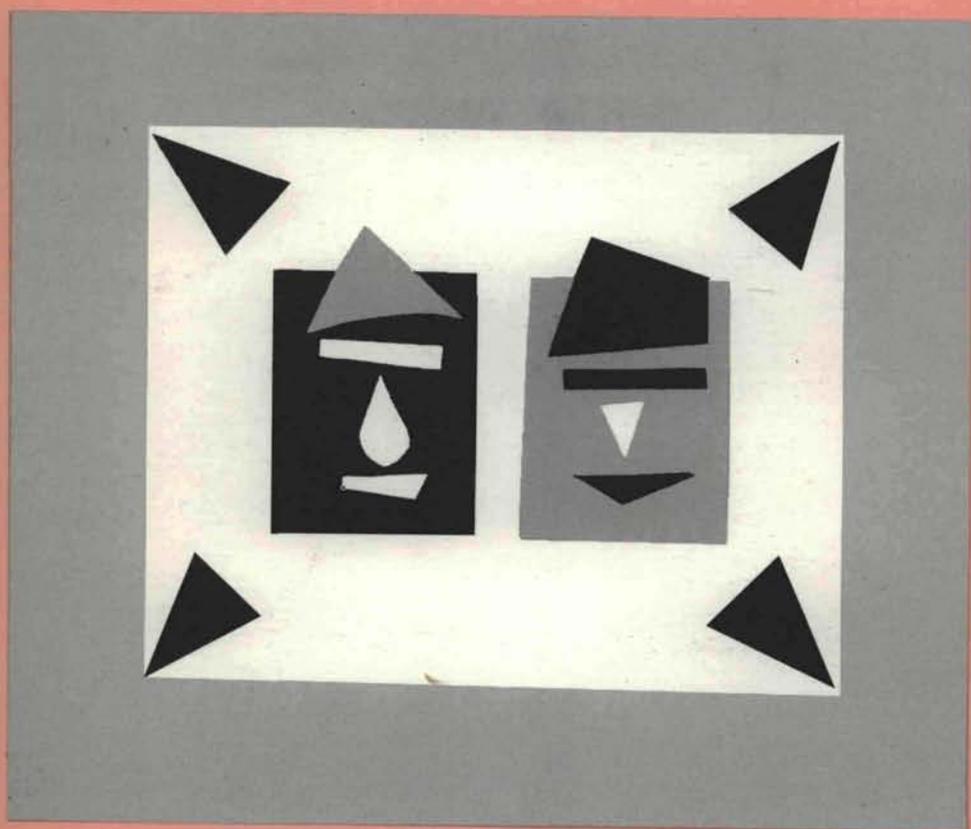
VIENTO SUR

Nombre
Calle N°
Escalera piso puerta
Localidad Prov.....
D.P.....
Otras indicaciones

MODALIDAD DE SUSCRIPCION

	ENVIO COMO IMPRESO	ENVIO COMO CARTA
ANUAL Revista Bimestral (6 núms)	2.000 <input type="checkbox"/>	2.700 <input type="checkbox"/>
ANUAL Rev.Bimestral Extran. (6 núms)	2.700 <input type="checkbox"/>	4.500 <input type="checkbox"/>





*“... un viento sur que lleva
colmillos, girasoles, alfabetos
y una pila de Volta con avispas ahogadas.”*

Federico García Lorca Poeta en Nueva York